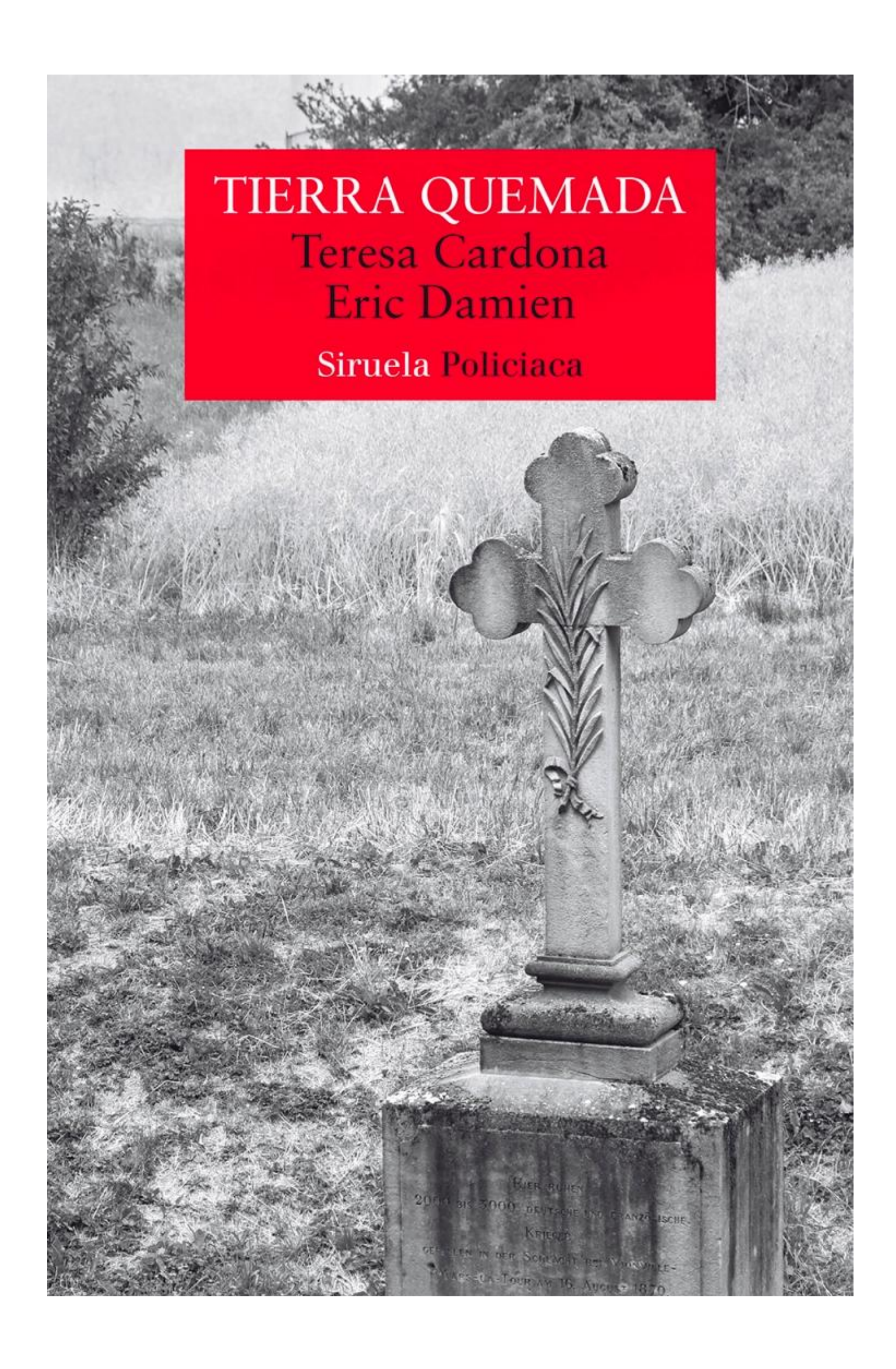

TIERRA QUEMADA
Teresa Cardona
Eric Damien
Siruela Policiaca

Teresa Cardona y Eric Damien

TIERRA QUEMADA

Traducción del francés de
Teresa Cardona y Pedro Martín-Caro



Nuevos Tiempos Policiaca

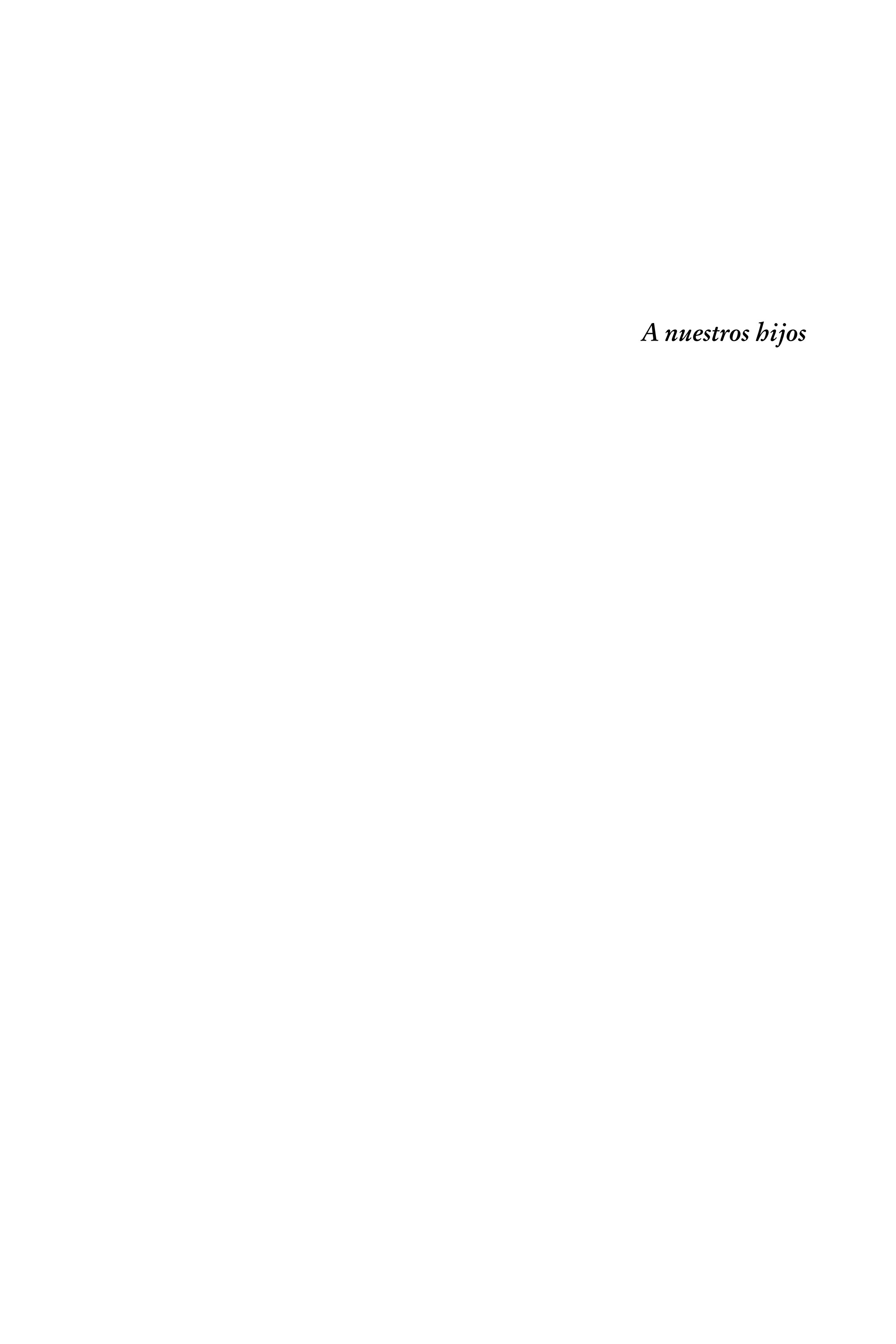
Edición en formato digital: marzo de 2024

Título original: Terres brûlées
En cubierta: Monumento conmemorativo, Museo de la Guerra de 1870
y de la Anexión, Gravelotte, Mosella (Francia) © Hemis / Alamy Stock Photo

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-64-3

Conversión a formato digital: María Belloso



A nuestros hijos

—¡Suéltala!

—¿Qué?

—Suelta la espada —repitió el otro—, has perdido.

Una vez más, era su adversario el que mordía el polvo y no él, pero no importaba. Podía ser el más listo, el más astuto, incluso el más rápido, pero siempre acababa igual. Vencido, dejó caer el arma.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro del niño que se levantaba.

—Ves, empiezas a enterarte. Ya ni siquiera protestas.

Los otros niños se acercaron formando un círculo amenazador a su alrededor.

—Parece que no se te ha repetido suficientes veces. No se te ha perdido nada aquí. ¿No has prestado atención en clase? Y eso que el maestro lo dejó bien claro: no eres de los nuestros. ¿A que sí, muchachos? —preguntó al grupo.

El aludido hundió la cabeza entre los hombros.

—Pero vamos a tener que explicárselo de nuevo, a ver si por fin le entra en la mollera, ¿no creéis?

La pandilla se lanzó sobre él. No intentó defenderse.

Sangrando por la nariz, con el labio partido y los pómulos entumecidos por el dolor, se secó las lágrimas con el puño de la camisa, se limpió el barro de los zapatos e intentó colocarse la ropa lo mejor que pudo hasta encontrar el valor para empujar la puerta de la granja.

—¡Ya era hora! ¿Pero dónde demonios estabas? ¡Y en qué estado vuelves! ¿Pero tú te has visto? —estalló el abuelo acercándose amenazador.

—No es culpa mía…

—No es culpa tuya… no es culpa tuya… ¡Nunca lo es! ¿Es mía, acaso? ¡Esto lo vamos a arreglar! —gritó el abuelo desabrochándose la hebilla del cinturón.

La cena se desarrolló en un silencio lúgubre sólo interrumpido por los ruidos que hacía el tío al sorber la sopa.

El anciano dejó caer la cuchara de madera con un golpe sobre la mesa. Todos se sobresaltaron.

—Qué pasa, mujer, ¿no había un poco más de grasa para el caldo? —gruñó.

—Nadie me ha querido vender. Han dicho que…

—¿Qué? ¿Qué han dicho? —masculló entre dientes.

—Que… no tenía más que ir a comprar a otro sitio.

El abuelo se levantó de golpe y los platos cayeron al suelo.

—¡Malditos cabrones! —gritó dejando caer el puño sobre la mesa —. Me las pagarán, esos mierdas. Sí, un día tendrán que pagar…

1

Nancy, noviembre de 2016

El cielo encapotado y el termómetro, que apenas ascendía a los diez grados, acabaron por hundirle la moral. Durante el trayecto el taxista intentó entablar conversación, pero Andreani le disuadió manteniendo la vista fija en el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Hizo que le dejase en la esquina de la Haut-Bourgeois con la Grand-Rue. Nada más bajar, el frío y la humedad se le metieron en el cuerpo. Rebuscó en los bolsillos las llaves, metió la más grande de ellas en la cerradura y atravesó el umbral de su apartamento. El crujir del parqué le tranquilizó. Dejó la maleta en el suelo, entreabrió la ventana para eliminar el olor a cerrado y subió los termostatos de los radiadores. Muy a su pesar iba a tener que sacar la ropa de invierno. Después de andar dos semanas descalzo por la playa, había notado una desagradable sensación de opresión al atarse los cordones de los zapatos. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a ellos otra vez. Sentado en el borde de la ventana, mientras se dedicaba a observar a la gente que apresuraba el paso sobre los brillantes adoquines del casco antiguo, sacó el teléfono y tecleó un número. Respondieron a la primera.

—¿Sí?

—¿Tu padre nunca te ha enseñado a contestar el teléfono?

—Mi padre es poli, no telefonista. ¿Ya has vuelto?

—Sí, desgraciadamente, hace un momento. ¿Cenamos juntos?

—¿Cuándo?

—Esta noche. En El Serio a las ocho, ¿te va?

Lisa asintió y colgó sin más. Le daba igual que sus conversaciones fuesen escuetas, sin florituras. Eso no era lo esencial,

aunque su hija fuese un enigma para él. Tenía la impresión de que estaba quemando etapas, de que tenía una mirada desengañada, demasiado amarga y oscura sobre el mundo que la rodeaba. Too soon, too sad, como cantaba Sarah Vaughan. Hastiada antes de tiempo. Parte de la culpa debía de ser suya y no podía evitar reprochárselo.

Había empezado a lloviznar e hizo una mueca. Se acercó a la cocina con la intención de hacerse un café, pero se detuvo en la mitad del pasillo y se lo pensó mejor. Se puso el abrigo, buscó sin éxito un paraguas y salió a la calle. Bajo la lluvia, el corto paseo hasta el bar le pareció eterno. Empujó la puerta de cristal, se zambulló dentro y el calor del interior del local le reconfortó.

Pierre Timonier presidía tras la barra, los brazos cruzados sobre un vientre prominente, con un delantal verde que protegía una camisa blanca inmaculada, el cráneo liso brillante y unas finas gafas de montura de metal sobre la nariz, inamovible cual capitán al timón de su nave. El hombre y el lugar habían acabado por fundirse en una identidad única e indisoluble. Tras la fachada de sencillez del Serio, como le llamaban los clientes habituales debido a unas venas literarias, estruendosas y repentinas, se escondía una personalidad excepcional, adornada de latines, poesía y letras.

—¡Señor comisario! ¡Gaudeamus igitur! —exclamó el patrón.

—Buenos días, Pierre. ¿Cómo está usted?

—Bien, muy bien, gracias. ¿Y usted? Puedo afirmar que le hemos echado de menos.

—¿Pluralis maiestatis? ¿Utiliza ahora el plural para hablar de sí mismo?

—Le felicito por sus progresos en latín, querido amigo. Es un poco pronto para un curso de epistemología, pero le aclararé que ese «nosotros» se refiere a la señorita Rossini y a mí mismo. Bueno, Francesca, ya que me ha concedido el insigne honor de permitirme llamarla por su nombre. Nuestra amiga común ha pasado a ser lo que se llama «un cliente habitual».

Sin que supiese por qué, Philippe Andreani se sorprendió. Se imaginó a la psicóloga y al dueño del bar absortos en una discusión

ante una copa, y tuvo que sonreír. La Bella y la Bestia, se dijo.

—Sin azúcar e hirviendo, señor comisario.

—Pierre, creo que habíamos quedado en que…

—Lo sé, lo sé… pero ya sabe, magna est vis consuetudinis…

—Voy a tener que comprarme un descodificador un día de estos…

—¿Un descodificador? ¡Consulte el diccionario de Gaffiot! Quiere decir: «Grande es la fuerza de la costumbre». Soy un dinosaurio, soy consciente, pero si observo a mi alrededor, no encuentro nada que me empuje a darle la razón a Darwin. Pero dejémoslo. ¿Ha leído mi Platón?

—Algunos capítulos, no más… —admitió el policía—. La filosofía y yo… Pero Maquiavelo me pareció magnífico. Ya hablaremos. No quiero ser maleducado, pero sólo pasaba a saludarle y a preguntar si tiene una mesa para esta noche. He invitado a cenar a mi hija.

—¿Esta noche? Desgraciadamente no; tengo el restaurante lleno. Una fiesta de cumpleaños, han cerrado todo el local. Lo siento.

—Vaya… no se preocupe —respondió Andreani decepcionado.

—Si me permite… podría usted prepararle algo, ¿no cree? Se me ocurre algo fácil y suculento. ¡Hamburguesas!

—¿Hamburguesas? ¿Usted?

—Alto ahí. Hablo de la «especial Serio». Fácil de preparar y sabrosa. Estoy convencido de que a Lisa le van a encantar. Coja un bolígrafo y apunte: medio kilo de carne picada de ternera no demasiado magra, un huevo completo y una yema, un pedazo de pan empapado en leche caliente, un diente de ajo, una cebolla picada y pochada, un chorrito de aceite de oliva, perejil, sal, dos vueltas de pimienta. Mezcle usted todos los ingredientes y al final añada el chorrito de aceite por encima. Forme unas pelotas de tenis aplanadas y márquelas en la sartén para dejarlas reposar en el horno a cien grados durante un cuarto de hora. Dos minutos antes de sacarlas las remata con una loncha de cheddar extrafuerte. Encima de todo, coloque unas hojas de ensalada, un tomate en rodajas y un poco de salsa rosa. ¿Cree que podrá?

—Pues no sé… No estoy seguro, pero… No sé cómo darle las gracias, Pierre.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué? Si disfruta usted, me considero bien pagado.

Andreani sonrió. Se llevó el café a los labios, echó un vistazo sobre el periódico que estaba en la barra, pero renunció al instante a leer los titulares, sabiendo de antemano lo que se iba a encontrar. Un murmullo le sacó de sus pensamientos.

—¿Qué farfulla usted, Pierre?

—¿Farfullar? ¿Yo? No sea usted impertinente, joven. En este caso, ese verbo está fuera de lugar. No expreso mi disgusto, sino mi admiración. ¡Es Byron! Y Byron no se farfulla.

—¿Byron?

—Se dice Lord Byron, señor. Lo he descubierto hace poco, lo reconozco, pero ¡por Dios!, saboreo sus versos y me sumerjo en su biografía. Tenía unas costumbres censurables, se lo concedo. Un rebelde, un indomable. Un tipo de los que ya no existen. Creo que le gustaría a usted.

Andreani no pudo reprimir una sonrisa. Una cosa estaba clara: la fiebre literaria del Serio prometía ser dantesca.

2

De Málaga a… se había olvidado del final de la expresión. El granizo en el que se había convertido la lluvia le azotó la cara. Recordó que tenía la nevera vacía. Pensó en la climatización de los supermercados, la iluminación artificial, las colas delante de las cajas, las sonrisas exhaustas de las cajeras, los carritos y maleteros a cargar, descargar, cargar, descargar… Sísifos modernos. Bis repetita ad vitam aeternam, como diría Timonier. Malagón. Se acababa de acordar. De Málaga a Malagón.

Desde que se había mudado al apartamento del casco viejo de Nancy, Andreani hacía la compra en Casa Rodrigo, un colmado español. La tienda era un poco más cara que las grandes superficies que poblaban las afueras de Nancy, pero las frutas y hortalizas tenían sabor; los quesos que ofrecía no estaban envasados en bandejas de plástico y el jamón que cortaba bajo la atenta mirada de sus clientes provenía de unos cerdos pata negra, cebados con bellotas. Él mismo seleccionaba los vinos que ofrecía (con una marcada tendencia por los tintos de su región natal) y, como colofón, tostaba él mismo los granos de arábica o robusta, combinándolos en equilibradas mezclas que bautizaba con nombres cada cual más poético.

Rodrigo, el propietario, era un tipo parco en palabras. A pesar de todo, el negocio iba bien, siendo su público una clientela pretenciosa que encontraba en ese mutismo la máxima expresión de la elegancia. Andreani, por su parte, se lo tomaba con calma, con la esperanza de que la tienda de la calle Craffe pasase pronto de moda.

Sus ojos se toparon con una botella de aceite de forma alargada.

—Es aceite catalán.[1] De Cataluña, que, aunque no sé si es todavía España, tiene un aceite estupendo —comentó Rodrigo,

antes de recomendarle unos extraños tomates aplanados y con unos profundos surcos en la piel—. Son «feos de Tudela», me ha llegado una caja esta mañana. A los clientes no les gustan, les parecen feos. ¡Pero no se le pide ser hermoso, al tomate! Tiene que ser bueno, tener sabor. Ya verá como este es delicioso.[2]

Andreani envió un mensaje a Lisa informándola del cambio de planes y se dirigió a la heladería Amorino para comprar el postre. De caramelo salado y de pistacho, los sabores preferidos de su hija. Ya de vuelta en casa, dejó la compra en la cocina y se dirigió al salón, donde su maleta seguía sin deshacer. La levantó y percibió el olor a eucalipto y a olivo que emanaba de ella. Unos granos de arena cayeron al suelo. Los observó un instante y, sin saber por qué, dejó la maleta en el mismo sitio para acercarse a la cadena de música. Recorrió con el dedo la hilera de vinilos que llenaba la estantería y cogió uno al azar. Charles Bradley. Las primeras notas de Confusion llenaron la habitación.

Se duchó, y al afeitarse observó la imagen reflejada en el espejo. No se reconoció. Las ojeras que subrayaban sus ojos verdes le parecieron menos profundas, sus rasgos menos marcados, los ojos menos hundidos que antes de su partida. Los huesos de la mandíbula menos sobresalientes. Se dio cuenta de que había cogido color. Buscó ropa limpia sin preguntarse lo que se iba a poner. Sin tener en cuenta la estación, la única variación cromática que se permitía era la de sus jerséis, de gris claro a gris oscuro. Excepto estos, su atuendo era tan predecible como la fecha de Navidad. Laurent Couturier, su compañero, no perdía ocasión para bromear sobre el detalle. «Philippe, ¿sabes lo que tienen en común el Ford T y tus camisas? Que el cliente puede elegir el color que quiera, siempre y cuando sea negro».

Había citado a Lisa hacia las seis. Eso le dejaba tiempo suficiente para poner la mesa y preparar la receta de Timonier. Abrió una de las botellas de vino recomendadas por el tendero, llenó una copa, aspiró el aroma y dejó vagar sus pensamientos. Sabía que no estaba preparado para volver y que tendría que fingir. La cuestión era cuánto tiempo aguantaría.

El olor de la cebolla pochada en el aceite inundaba la cocina. A las seis en punto, el sonido del telefonillo le interrumpió. Se limpió las manos en el delantal, bajó el volumen de la música y abrió la puerta principal mientras los pasos de Lisa resonaban al subir la escalera.

—¡Debes de tener hambre!

—La puntualidad es la cortesía de los reyes, decía…

—Sí. ¡Adelante, majestad!

Algo había cambiado en ella. Era el pelo. Todavía era de un negro profundo, pero se lo había afeitado a la altura de la nuca. Un nuevo piercing adornaba su oreja izquierda. Anudadas en la muñeca, una docena de pulseras permitían recordar los festivales tecno del verano.

—Cuando hayas acabado de escanearme, papá…

Avergonzado, la hizo pasar a la cocina. Sin decir nada, le sirvió una copa de vino. Brindaron en silencio. Lisa bebió un sorbo, se levantó y arremangándose se puso a amasar la carne. Andreani pudo ver el tatuaje que su hija se había hecho en el antebrazo derecho, una mano rodeada por una serpiente, pero se abstuvo de preguntar por el sentido del dibujo.

Timonier tenía razón. Lisa se zampó dos hamburguesas y acabó con la mitad que él dejó en el plato.

—¿Es el amor lo que te abre así el apetito?

—Más bien lo contrario… Pero bueno, de vez en cuando, es agradable estar sola.

Se mordió el labio, pero juzgó preferible no hacer ningún comentario y esperar a que le contase ella, si quería.

—No te preocupes, estoy bien —le aseguró—. Tampoco era el amor de mi vida. Además, se pasaba el día delante de la consola, y qué quieres, llega un momento en que cansa… ¿Y Francesca? ¿Qué tal va?

La pregunta le dejó asombrado. Lisa le interrogaba rara vez sobre su vida privada. Pasado el primer momento de sorpresa, comprendió que su hija acababa de entreabrir una puerta y no podía dejar pasar la ocasión.

—La verdad es que no sé, acabo de volver. Intento no adelantar acontecimientos, así que tampoco he intentado quedar…

—Eso no lo dudaba. Para conseguir sacarte a ti… Lo que quiero decir es, ¿qué vais a hacer?

—Tienes unas preguntas…

—¡Papá, anda, para! Ya no tienes veinte años, y qué quieres que te diga, me preocupo por ti. Vas a acabar hecho una momia. ¿Pero tú te has visto? Casi se diría que eres un cura o un tipo de una funeraria. Muévete, te vas a quedar para el museo, vas a acumular polvo como tus discos de jazz y tus vinos. —Se interrumpió, pero era demasiado tarde. A los ojos de su hija, una vez alcanzada la edad canónica de treinta años se entraba en la categoría de momia—. Bueno, lo que quería decir es que parece simpática. La podrías invitar, yo qué sé…

—Ya veré —zanjó, finalizando una conversación que le hacía sentirse incómodo.

Acabada la cena, Lisa emitió un veto: no tenía pensado volver directamente a casa y era innecesario que la acompañase. Andreani cedió y se abstuvo de insistir. La abrazó, la besó y se quedó mirándola mientras bajaba las escaleras. En el último momento no pudo contenerse y le pidió que le enviase un mensaje cuando llegase.

—No te preocupes, papá; ya sabes, ¡si no hay noticias, es que son buenas! —gritó Lisa entre risas.

Lanzó un gruñido y se quedó un momento en el umbral de su piso a la espera de oír el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. La luz de la escalera se apagó. Detrás de él, la lámpara del pasillo proyectaba su contorno alargado en la pared. Parecía una de las sombras de Nosferatu. Observó a su doble un momento. Los lúgubres pensamientos que hasta el momento había conseguido reprimir volvieron a aparecer y decidió irse a la cama dejando todo como estaba.

El domingo, el despertador sonó a las seis como cualquier otro día, pero la pereza le venció y se dedicó a saborear el placer de no

tener que ir a la brigada. Se preguntó qué hacer con el día que empezaba, una cuestión que en Córcega nunca se planteaba. Había dormido mal, y aunque el dolor de espalda comenzaba a remitir, sentía unos calambres en el estómago. Decidió ir a la piscina: una hora contando los azulejos del fondo le pondrían en forma. Salió de la cama y echó un vistazo por la ventana. Se preguntó si también habría llovido tanto los años anteriores, pero no se conseguía acordar.

Tiró la toalla tras quince largos. Los calambres no desaparecían y no servía de nada intentar forzarse.

Hacia las once, pensó que podría llamar a Lisa sin despertarla. Sí, estaba bien, le aseguró al otro lado de la línea. Con un gruñido le preguntó cómo se le ocurría llamar al alba.

Volvió a pensar en los reproches que le había hecho su hija el día anterior y tuvo que reconocer que tenía razón. Era cierto que se enterraba, solo, con sus libros y sus discos. Podría empezar a salir, ir al cine, por ejemplo. El Caméo, el último cine independiente de la ciudad, tenía Gran Torino en cartelera. Si sus compañeros de la Brigada se enterasen de la admiración que sentía por Clint Eastwood, el cachondeo no se haría esperar. Pensó en llamar a Francesca y pedirle que le acompañase, pero rechazó la idea. Después de todo, tenía todavía un Curtis Mayfield que había descubierto en la tienda de discos de la esquina y una pila de libros que esperaban a ser leídos en la estantería. Miró el salón. Sabía que, si se sentaba en el sillón de Eames, el último vestigio de los muebles comprados con Sylvie, su exmujer, no conseguiría levantarse otra vez. Por un momento dudó, lanzó una mirada por la ventana y, dándose por vencido, se dejó caer en el sillón.



[1] *En español en el original. (Todas las notas son de los traductores).*

[2] *En español en el original.*

3

Nadie hubiese podido decir qué había sacado a Berthaud de sus casillas. Aunque el jefe de la Brigada Criminal de Nancy no era un obseso de las formas, raramente se le oía maldecir. En ese sentido, tenía unos principios muy arraigados. Por eso, cuando el juramento resonó desde su oficina, la Brigada entera dedujo que la cosa debía de ser grave. La puerta se abrió y la figura solitaria del comisario Berthaud se dibujó en el marco.

—¡Todo el mundo a la sala de reuniones! ¡Inmediatamente! —rugió.

La cara de mala leche y el tono castrense no auguraban nada bueno. No habían pasado más que unos instantes y la veintena de policías que constituían la Brigada Criminal de Nancy ya se había agolpado en una sala demasiado pequeña para todos. Empujaron las sillas y las mesas contra las paredes y abrieron las ventanas para intentar expulsar el calor húmedo acumulado.

En ese momento, Andreani, por primera vez tras su ausencia, atravesó el umbral de la brigada sin entusiasmo y subió las escaleras que llevaban hasta su oficina. Al que se le había ocurrido poner una moqueta (gris claro, encima) en el edificio, no había puesto los pies en una comisaría en la vida. ¿Creía acaso que los polis tenían tiempo de limpiarse cuidadosamente los zapatos antes de entrar? ¿Que el borracho de camino al calabozo esperaba a llegar al baño para vomitar? ¿Que aquel que entraba a poner una denuncia con la nariz destrozada sangraba tinta invisible? Pero lo peor era el olor: un olor a perro mojado, a tabaco y a la grasa fría de la comida basura que acababa por impregnar toda la ropa.

Se encontró las oficinas desiertas. No había nadie deambulando por los pasillos, ningún fumador en la jaula del humo, la máquina

de café estaba silenciosa y las pantallas de los ordenadores huérfanas. Se dirigió a su oficina, pero al pasar junto a la sala de reuniones en la que había conocido meses antes a Francesca Rossini, la psicóloga, distinguió una voz de oso que le resultó familiar. Apoyó la mano en el picaporte, inspiró profundamente, contuvo la respiración y entró sin llamar.

Todas las cabezas presentes se volvieron hacia él.

—¡Hombre, mira quién es! La vuelta del hijo pródigo... ¿No le han enseñado que se llama a las puertas antes de entrar? No, claro que no —dijo Berthaud—. Entre y siéntese, así podré seguir.

El ambiente era lúgubre. El comisario se había guardado en la manga todo el tiempo posible la noticia de la inspección interna a la Brigada. Al fin y al cabo, sus hombres tenían ya suficientes cosas que hacer. Por otro lado, el comisario Berthaud no tenía nada que reprocharse; su equipo tenía resultados superiores a los de la media nacional, pero, como en todas partes, también tenían algún caso sin resolver. Casos de los que conocían su existencia, casos de los que hubiesen preferido no saber nada y, sobre todo, casos que habían sido enterrados con la esperanza de que jamás volviesen a salir a la luz. La sobrecarga de trabajo imponía, en aras de la eficacia, tomarse ciertas libertades con algunos procedimientos burocráticos oficiales, pero era archiconocido que la Inspección General de la Policía Nacional francesa era rigurosamente ortodoxa en la materia.

—Quiero un zafarrancho de limpieza lo antes posible. Y cuando digo limpieza, me refiero a que no quiero una sola mota de polvo en un cajón. ¿Me he explicado bien?

Nadie respondió. Todos eran conscientes de la carga suplementaria de trabajo que implicaba la inspección de marras. Habría que ordenar los expedientes de los últimos dos años, comprobar cada informe, cada prueba y retomar todas y cada una de las actas. Tendrían que presentar, como si no tuviesen ya suficiente papeleo, un informe detallado de los procesos en curso. Y mantenerse en todo momento a disposición de los tipos del ministerio, para responder «con celo y fidelidad», como precisó Berthaud, a todas y cada una de las preguntas que se les pasasen por

la cabeza a los auditores.

—Hay que reconocer que te gustan las entradas dramáticas —le espetó Couturier a su compañero cuando se encontraron en su despacho—. ¿Qué tal andas?

—Tengo que reubicarme… Pero a juzgar por las caras, el ambiente es cojonudo, ¿no?

—Ya sabes lo que implica una auditoría interna, Philippe… —dijo Couturier antes de caer en un silencio cargado de significado.

Tenían suficientes casos espeluznantes ocurridos los últimos años, casos que nadie quería volver a abrir. Algunos de ellos estaban cerrados, y en otros, las investigaciones estaban en punto muerto. Dejando todos ellos tras de sí la sangre y las lágrimas, el dolor y la tristeza, y unas imágenes tóxicas que los miembros de la Brigada intentaban enterrar en las profundidades de su mente.

—¿Algo nuevo, aparte de la inspección?

—En el caso Ledoux estamos en pañales. El ataque de arma blanca del mes pasado ha resultado ser una reyerta entre camellos. Un clásico, vamos… Ah, sí, Berthaud ha trasladado a Moret. Nadie ha sentido la pérdida.

—¿Un sustituto?

—Todavía no, como te puedes imaginar. Así que nos hemos tenido que repartir su trabajo. Sus expedientes son un completo desastre.

Andreani no hizo ningún comentario. Siempre se había llevado mal con Moret, al que consideraba un incompetente. Pero para qué romperse la cabeza ahora que se había ido.

—Me han caído algunos de sus casos —continuó Couturier—. Además, estoy cerrando la intervención de un alijo de heroína en Maxéville. Lo descubrieron los de Aduanas, pero sin ningún mérito, fue un soplo. Y parece que la identidad del chivato se filtró, porque nos lo encontramos la semana pasada en un estado lamentable, atado a una silla en su casa, con la nariz y la boca cosidos.

—¿Cosidos?

—Sí —confirmó Couturier con un suspiro—. Pero antes de remendarlo, le embutieron un saco de hierba en la boca. Para que el

mensaje llegase alto y claro, vamos. Se asfixió. —Andreani se tambaleó—. ¿Te encuentras bien?

—Más o menos… Pero dime, ¿te has quedado también con el curro de Bardel?

Couturier se aclaró la garganta y evitó responder.

El comandante Bardel era el jefe de la sección de estupefacientes. Un poli expeditivo, de métodos extremos, imprevisible. Y, sobre todo, con la capacidad de intervención de un portaaviones nuclear. Andreani lo había sufrido personalmente tras la escabechina de la calle Saint-Nic que había llevado a su suspensión. Era un hombre solitario, sin ninguna empatía, un tipo indescifrable al que nada ni nadie parecían conmover.

Fue él quien, antes de encerrarse en su despacho para pegarse un tiro en la boca, entró en su dormitorio para tapar con una almohada la cabeza de su mujer y apretar el gatillo. Repitió, acto seguido, la operación en el cuarto de su hija.

Asustados por los tiros, los vecinos llamaron a la policía.

Bardel no había dejado ninguna explicación, aunque no era necesario. Una mujer depresiva, una hija gravemente discapacitada y una hipoteca aplastante por un piso de mierda en un barrio de mierda. El expediente administrativo que acababan de abrirle le hizo tambalearse. Era sospechoso de frecuentar compañías poco recomendables y de estar metido en el ajo de algunos negocios turbios. La Inspección General había recibido un soplo y se le había echado encima, la gota de agua que colmó el vaso. Bardel puso así fin a sus días, a sus noches y a sus pesadillas.

Para un policía, morir o ser herido en acto de servicio era parte del oficio. Siempre era difícil, para unos más que para otros, y algunos no lo superaban jamás. Eran conscientes de que el riesgo formaba parte de su trabajo y, mal que peor, lo aceptaban. Pero cuando uno de ellos se suicidaba, la incomprensión se añadía al dolor y un sentimiento de culpabilidad los invadía. ¿Por qué no lo habían visto venir? La desaparición del jefe de Estupefacientes había sacudido el «Titanic» —como llamaban al imponente edificio de la Brigada que se extendía por el bulevar Lobau— haciéndolo

zozobrar de una manera desconocida hasta ahora y provocando la visita anticipada de la Inspección General.

«Por el momento tendrá que arreglarse con los medios disponibles; reestructúrese internamente. Intentaremos cubrir los puestos lo más rápido posible». Eso es lo que habían contestado a Berthaud. Puestos. Eso es lo que eran a los ojos de aquellos que se suponía debían apoyarlos. Un funcionario acababa con su vida, se reemplazaba y punto. Aunque más bien no; no se le reemplazaba, simplemente se le olvidaba. Borrón y cuenta nueva. Y nadie protestaba, pues sabían que no serviría de nada. En cuanto a lo de arreglarse con los medios disponibles, no sabían si reír o llorar.

Andreani ni siquiera se lo planteó. Pero una cosa estaba clara, había vuelto a la cruda realidad.

—¿Me necesitas? —le preguntó a Couturier sin hacer ningún comentario.

—No, está bien. Lo tengo todo casi controlado. Pero has oído a Berthaud… A lo mejor deberías ponerte a ordenar tu caos.

Bajito y orondo, vestido con una chaqueta deportiva azul y un pantalón de pana marrón, a Laurent Couturier le importaba un comino su aspecto. El flequillo le comía la mitad de la cara y le daba una expresión plácida que no lo abandonaba jamás. A primera vista, daba la impresión de vivir en otro mundo. Todo eso llevaba a que no se le tomase en serio y a que se dudase, cuando sacaba su tarjeta de visita, de su profesión de policía. Pero si suele ser un error fiarse de las apariencias, lo era más en su caso, pues Laurent Couturier era un sabueso de caza excepcional.

Couturier era siempre la voz de la razón. Andreani era consciente de la suerte que tenía de poder contar con él como compañero. ¿Cuántas veces le había enviado a paseo cuando le intentaba hacer entrar en razón? Y, salvo en contadas excepciones, Couturier había soportado sus derrapes sin una sola palabra de reproche. En el caso Lourdier había sido de una ayuda incalculable. Sin él, aún estaría preguntándose la dirección en la que debía dirigir la investigación.

Iba a salir cuando su colega, los labios fruncidos en una mueca burlona, le detuvo.

—Ah, se me olvidaba. Hay una novedad entre nosotros. Te la deberías cruzar en cualquier momento.

Andreani guardó la información en una esquina de su cerebro y ya la había olvidado antes de salir de su oficina para dirigirse a la suya. Al llegar, abrió la puerta y se paró en el umbral. Una capa de polvo cubría las superficies, la papelera estaba llena y un vaso de plástico rodaba por el suelo. ¿No habían entrado a limpiar en todo ese tiempo? ¿Para eso tampoco había recursos? El contestador de su teléfono parpadeaba. Decidió ignorarlo, los problemas ya acudirían por si solos. Berthaud no le había confiado todavía ningún caso, pero eso no se prolongaría mucho tiempo. Se quitó el abrigo y lo enganchó en el perchero que colgaba, flojo, de la pared. Un poco de yeso cayó sobre el cuello. Si no lo arreglaba nadie, no tardaría en ceder. Se sentó en su silla, permaneció unos segundos con la mirada perdida en el vacío y, por fin, se decidió a encender el ordenador. El símbolo de la Brigada se iluminó y dio paso al icono de la mensajería. Esperó un instante, suspiró y apretó el ratón. Sólo tenía unos pocos mensajes, notas de servicio, mensajes administrativos, copias de expedientes cerrados, pero nada que le afectase directamente. Se sintió aliviado, pero no pudo dejar de pensar, con cierta amargura, que claramente no era indispensable. La maquinaria funcionaba, con o sin él. Tampoco era una mala noticia. Nadie es irremplazable, y, al fin y al cabo, él no era más que un policía, un policía como todos los demás. Se levantó y se acercó al armario de metal en el que se guardaban los casos no resueltos de los últimos años, razón por la que no habían sido enviados a los archivos. La puerta se abrió con un estruendoso chirrido revelando la magnitud del desastre. Andreani tuvo que enfrentarse con la realidad: iba a necesitar ayuda. Descolgó el teléfono y marcó el número de las «urgencias».

4

Couturier entró sin llamar. Intentó apartarse (sin éxito) el flequillo que le cubría los ojos y observó la pila amorfa de carpetas reventadas y amontonadas las unas sobre las otras en un equilibrio que parecía a punto de desmoronarse.

—¿Conoces la etimología de la palabra caos, Philippe? —preguntó sin pizca de ironía—. No sé cómo puedes encontrar nada…

—¿No hay esperanza, doctor? —bromeó Andreani.

—Si los de la inspección meten la cabeza en este armario te destinan inmediatamente a tráfico. Y eso, sólo si te consideran apto para controlar los semáforos, que no apostaría por ello. Estoy dispuesto a echarte una mano, pero quid pro quo —le advirtió Couturier mientras se apartaba el flequillo con un gesto nervioso.

—Corrupción de funcionarios, teniente Couturier. Artículo 432-11 del Código Penal. Diez años de prisión y multa de 500 000 €. ¿Estás seguro de que vale la pena?

—Por una vez serás tú quien me salve el culo, que ya va siendo hora.

Andreani levantó la vista asombrado. El tono de su colega había cambiado. Había una nota de apremio, incluso de angustia en su voz. Y no parecía una de sus pullas habituales.

—Dime.

—Me ha llegado la citación.

—¿La citación? ¿Qué citación?

—¿Eres gilipollas o qué, Philippe? El reconocimiento médico.

—¿Y?

—¿Y qué? ¿No llevas las gafas puestas? ¿Me has visto? Nunca lo pasaré. Les he echado un vistazo a las pruebas. ¡Y en mi caso son

como intentar subir el Everest! El Everest sin oxígeno, para que nos entendamos bien. Ya en su día, cuando entré, lo pasé por los pelos, así que hoy…

—¿Y qué quieres que haga yo? Soy poli, no preparador olímpico. Además, hay que reconocer que…

La única medalla que había ganado su compañero era la de los casos sin remedio. Desde la cuna había sido un agnóstico de los deportes. Nunca había estado en un equipo de fútbol o de baloncesto, por no hablar del judo o del tenis. Lo suyo era la informática, en la que se inició en los años ochenta con un Macintosh 512K que guardaba con mimo convertido en pecera. A pesar de su idoneidad en esa materia, se negó a convertirse en el experto informático de la Brigada y prefirió concentrarse en desarrollar y mejorar su propio programa de búsqueda, al que apodaba «la trituradora». Con él se había ganado, hacía unos años, el reconocimiento de la Interpol. Desde entonces, daba conferencias sobre el tema ante la sorpresa generalizada de sus compañeros, que le consideraban más bien un poli a la antigua usanza. Por lo demás, Couturier no había sido tan exigente consigo mismo, y aunque no fuese de los que devoraban bolsas de patatas fritas delante de la tele, tenía una marcada inclinación por los quesos de leche cruda y la cerveza trapista artesana. Como colofón a este abandono de su cuerpo, se fumaba un paquete diario y tenía alergia a todas las corrientes de modas que, según él, con el pretexto de hacer a la gente más guapa, joven o feliz, las uniformaba y las envilecía. La consecuencia era su estado actual, demasiado llamativo incluso para el comisario Berthaud, que, a la vista de sus resultados, le había cubierto hasta ahora.

—Gracias, Philippe, gracias. Es reconfortante tener amigos como tú.

—Te estoy tomando el pelo, Laurent. No sé cómo ayudarte.

—Sólo necesito un certificado… tampoco es tanto —titubeó Couturier.

—Tampoco es tanto, ¿qué? —explotó Andreani.

—¡Pues eso! Sólo me hace falta un médico comprensivo. Y con

tus contactos, había pensado que…

—¿Mis contactos?

—Hombre, le podrías preguntar a Legast, ¿no? —murmuró Couturier.

¡Legast! Andreani no pudo disimular su asombro. A su compañero no se le había ocurrido, para emitir su certificado de aptitud física, nadie mejor que un médico forense. Couturier era desde luego un caso fuera de lo común.

Eran las tres de la mañana cuando interrumpieron el trabajo y contemplaron cómo había quedado el despacho.

—Bueno, supongo que puede pasar. Ya vale por hoy —dijo Couturier—. Estoy muerto. Me voy a casa.

Andreani se quedó mirando salir a su compañero mientras este se despedía levantando la mano sin volverse. Se dejó caer en la silla. Estaba demasiado cansado para volver a casa. Sacó un camastro de camping que guardaba detrás del armario metálico, lo desplegó, deshizo el nudo de sus zapatos, se quitó el jersey y se tumbó. Sin darse cuenta de que la luz estaba todavía encendida se durmió.

5

—¡Las horas extra no autorizadas no están remuneradas, teniente! Y por Dios, ventile esta habitación.

Andreani entreabrió los ojos.

—En diez minutos en mi despacho. Y, si no le importa, calzado.

Se levantó con la boca pastosa, el cerebro abotargado y las vértebras destrozadas. Se arrastró hasta el baño y metió la cabeza bajo el grifo de agua fría. Metió dos monedas en la máquina de café, que se quedó con el cambio, y se dirigió sin más demora al despacho del comisario.

Llamó a la puerta e interpretó el ladrido del jefe de la división como una invitación a entrar. La tenue luz dibujaba una silueta de morsa ante la ventana.

—Ah, es usted. Bien —dijo Berthaud volviéndose y señalando una silla.

—¿En forma otra vez? —le preguntó sin rodeos.

—Todo bien.

—Estupendo. Como ya sabe, los sucesos que han ocurrido han acelerado el curso de los acontecimientos. Es inútil decirle que no tenemos ninguna alternativa y ante esta disyuntiva el elegido ha sido usted. No se ande por las ramas y proceda a ponerme al día —soltó antes de dejarse caer en su sillón.

Era inútil intentar esconderle algo al comisario Berthaud. Aunque su puesto le obligaba a guardar las formas, en cuestiones de fondo más valía ir al grano. Un tío legal y sincero era la descripción que más se ajustaba a su persona. Andreani era consciente de la presión a la que estaba sometido el jefe de la división, que debía tragar a diario sapos y culebras. No obstante, como buen fajador,

encajaba cada golpe sin echar nunca la culpa a su equipo, con la que él mismo cargaba cuando uno de sus hombres la jodía. Pero, acto seguido, mantenía una reunión mano a mano con el metepatas de turno de la que rara vez este salía de una pieza. La mejor arma con él era pues la franqueza.

—Todo claro y cristalino, como agua de manantial.

El comisario golpeteó el borde de la mesa con los dedos.

—¿Es su estancia en Córcega lo que le ha despertado esa vena poética? Ante el anuncio de la inspección me esperaba una especie de desembarco en Normandía, pero, por lo que parece, no tendremos más que un invitado. Aunque cuidado, no uno cualquiera: nos han colocado a Detravers. Y no se le ocurra hacer un juego de palabras con su nombre; el tipo no es solamente susceptible, sino quisquilloso hasta el extremo. Ya dejó hace unos años un recuerdo imborrable en la Brigada de Metz.

—Mire, jefe, no he tenido tiempo de repasar todo, pero en cuanto a los informes calientes estoy al día. Puede que alguna corrección en alguna de las denuncias, pero por lo demás…

La respuesta no pareció tranquilizar demasiado a Berthaud, pero se tuvo que contentar. Andreani nunca había vivido una auditoría interna, pero si su jefe se lo ponía tan negro, es que esta no iba a ser ni mucho menos un viaje de placer.

—Una pregunta, jefe.

—Dígame.

—Excepto lo de ordenar mi puesto de trabajo no tengo ahora mismo ningún caso entre manos, y…

—Parece que se le ha olvidado una cosa, Andreani.

—¿Una cosa?

—La doctora Rossini autorizó a que se le diese cancha en el caso Lourdier, pero le recuerdo que, oficialmente, está todavía suspendido. Necesito su informe para poder reintegrarle, y rápido. Y por cierto, un repasito con la plancha no le vendría nada mal…

La doctora Rossini. Francesca era la psicóloga que le había impuesto

el comisario Berthaud cual sombra tras el patinazo de la calle Saint-Nic el pasado septiembre. Tenía que reconocer que le había sacado del agujero. Le había obligado, en contra de su voluntad, a replantearse sus posturas, su actitud ante la vida y a abrirse a los demás. Sin presionarle ni oponerse frontalmente a él, había conseguido que se soltase un poco. No eran más que amigos, aunque la noche antes de su partida a Córcega hubiesen quedado en volver a verse. Se había dejado llevar y ahora se arrepentía.

Hasta ese momento siempre había intentado retrasar sus citas con ella. Sin embargo, ahora, estaba dividido entre unas ganas enormes de verla y una aprensión que no se conseguía explicar. Llevaba ya un rato con el teléfono en la mano cuando por fin se decidió a marcar su número.

—¿Philippe? ¿Qué tal está usted?

—¿Y usted?

—Ya veo que no ha perdido las malas costumbres, teniente. No responder jamás a lo que le preguntan… Bueno, unas vacaciones tampoco me habrían venido mal; pero he aprovechado estas semanas. Le contaré, si le apetece.

—Podríamos cenar juntos, ¿qué le parece?

—¿Cenar? Buena idea, sí. ¿Esta noche, hacia las ocho, le va bien? —propuso ella.

Asintió. Estaba de más preguntar dónde se encontrarían. Ella colgó sin decir más. No sabía si era una buena idea. Después de dos semanas de ausencia, era muy posible que el hilo que los unía se hubiese aflojado. Posó la mirada en el armario metálico. A pesar de las horas invertidas, quedaban aún carpetas en desorden. Por la tarde, mientras peleaba con un cajón que se obstinaba en permanecer cerrado, sonó el teléfono.

—¿Philippe? Mueve el culo —ordenó Couturier sin dar más explicaciones.

Pasó, antes de subir, por la máquina de café y metió un euro, pulsó en la tecla del café con leche, pero evitó las opciones extra de leche y extra de azúcar. Cuando entró en su despacho se encontró a Couturier sentado en el suelo, rodeado de carpetas de cartón.

—El cóctel favorito de mi señor, a domicilio —soltó Andreani, irónico, dejándole el vaso de plástico sobre la mesa.

—Como los problemas de su majestad —contestó su compañero alargándole una carpeta gris.

—¿Algún lío en perspectiva?

—Se puede llamar así, sí. Yo diría que de nivel seis o siete en la escala Richter. Un expediente fuera de juego —respondió Couturier haciendo una mueca—. ¿Qué coño es este brebaje?

—Por algo se empieza, ¿no? —replicó, echándole un vistazo a la carpeta que le tendía Couturier—. ¿Quién es este Fournier? No me suena.

—Claro, no era un caso nuestro. Es del legado de Moret; la caja de cartón que estaba debajo de tu mesa... Tú también has tenido tu parte. Y los que me han tocado a mí parecían un queso Gruyère, o Emmental, como prefieras... Da igual. Un incendio en una casa de Laxou, de hace seis meses. Falta el informe del perito.

—¿Se ha perdido?

—No, lo he comprobado. Sólo que no está trasladado al expediente.

—Bueno... ¿sólo eso?

—Pues no. Si no, no te hubiese llamado.

Andreani se sobresaltó.

—¿Un cadáver?

—El dueño, sí.

—¿Y el expediente se ha quedado así desde hace seis meses? ¿Cómo es posible?

—Eso es exactamente lo que nos va a preguntar el auditor si lo encuentra.

Andreani examinó el expediente preliminar de Moret, que incluía el informe de los bomberos, pero no encontró nada alarmante. No hubo robo, los interrogatorios entre los vecinos no revelaron nada especial. La víctima era un tipo corriente, educado y discreto; y no se encontró nada sospechoso en el inmueble. Aunque la muerte parecía accidental, se envió el cuerpo al forense como exigía el reglamento.

—En un principio, no parece nada grave. ¿Tienes el nombre del perito del seguro?

—Un tal… Ravalet, del despacho de Paillard.

—¿Y el informe del forense?

—No lo he encontrado.

—Pero ¿qué coño hacía Moret todo el día?

—Eso me pregunto yo también.

—Bueno, me ocuparé —concluyó, lacónico.

—¿Has hablado con Legast?

—¿Con Legast? ¿Por la autopsia?

—¡Philippe!

—Mierda. De eso también me ocupo —prometió dándose cuenta de que se le había olvidado por completo.

Convencer a Legast no sería muy difícil. El forense comprendería de inmediato el problema y por lo menos con él no tendría necesidad de fingir. Couturier, por su parte, parecía convencido de ello. Aunque el facultativo estuviese de sobra capacitado para hacerle pasar las pruebas, el hecho de dirigirse a un forense para un reconocimiento físico de aptitud llamaría, cuando menos, la atención. Teniendo en cuenta la dudosa reputación que Legast arrastraba tras de sí, no podía dejar de pensar que la historia comenzaba mal.

—Bien, empezaremos por el perito. ¿Tienes su número? Le llamamos y nos pasamos a verle.

Couturier marcó un número y se quedó a la escucha.

—Este número no está atribuido… —recitó, imitando la voz del mensaje grabado—. Voy a mirar en internet.

Recorrió los resultados que aparecieron en la pantalla sin dar con lo que buscaba. El despacho de Paillard parecía haber cerrado.

—Empezamos bien…

—Espera, aquí hay un Ravalet, experto en seguros, pero no en el despacho de Paillard. En el de Leroi.

—Si es el único que encuentras…

Couturier volvió a descolgar y tecleó el número que aparecía en su pantalla. Respondió un contestador, dejó un mensaje y colgó.

—Cerramos —decidió Andreani.

Volvió a su casa a paso rápido acompañado de una lluvia que parecía no haberse detenido en todo el día. El buzón estaba vacío y no tenía ningún mensaje en el contestador. Su primer movimiento fue encender el amplificador y poner un disco con el cuarteto de Gerry Mulligan y Paul Desmond, únicamente por su interpretación de Body and Soul, un clásico grabado en los años cincuenta que había escuchado mil veces. No todo fue mejor en el pasado, pero, para Andreani, el jazz murió a principios de los setenta. Todavía soñaba con encontrar un músico que le demostrase lo contrario. Le llegó un mensaje justo cuando iba a entrar en el baño. Era Francesca, que le avisaba de que iba a retrasarse un poco. Consultó el reloj y decidió que tenía tiempo. Por primera vez desde hacía siglos cambió su rutina y llenó una bañera humeante.

6

La campana de bronce tintineó. El Serio estaba rodeado de su corte.

—«Esos viejos, los exhaustos, / esos pobres sepulcros blanqueados / tambaleándose en su coraza. / Los vimos y fue ayer, / descendiendo, jóvenes y orgullosos, / por el bulevar del tiempo que corre». Muchas gracias.

Al terminar, los clientes le aplaudieron y el dueño se inclinó, ceremonioso.

—El texto es de Brassens, ¿no? —preguntó Andreani acercándose.

—Es usted un experto —confirmó el otro sorprendido—. No es su texto más conocido. Sin ánimo de ofenderle, me sorprende usted, Philippe.

—No hay ningún mérito por mi parte. Se lo debo a mi padre, eso es todo.

—¿Su padre? Brel también, si recuerdo bien. Se pueden tener peores compa…

El Serio se detuvo, dirigió su mirada al rostro del policía y comprendió que era tarde para rectificar.

—Philippe, lo…

—No pasa nada, Pierre.

—Lo siento mucho. Le presento mis disculpas.

—Pierre, dejémoslo ahí. Le aseguro que no hay ningún problema.

Francesca apareció por la puerta interrumpiendo la violencia de la situación. Delgada y elegante, en la mitad de los cuarenta. Pelo negro muy corto sembrado de canas plateadas, unos grandes ojos marrones. Sin joyas ni maquillaje. Llevaba puesto un abrigo de lana negro sobre una camisa blanca, una falda que le marcaba discretamente la cintura y unos zapatos de tacón también negros. Se

acercó y le tendió la mano. Andreani sintió al instante que la magia seguía ahí.

El Serio la abrazó sin reparos y se alejó para volver un momento más tarde con dos copas de champán. Brindaron en silencio y bebieron sin apartar los ojos el uno del otro. Francesca comprendió que iba a tener que hacer el primer movimiento.

—¿Y bien? ¿Qué tal por Córcega? ¿Encontró usted lo que buscaba?

—¿Lo que buscaba? Si lo supiese yo mismo… Ni siquiera sé si buscaba algo. Calma sí he encontrado, en ese sentido…

Le habló de sus excursiones a Santa Cristina, una capilla románica cuyos cimientos se remontaban al siglo XII. No era religioso, pero esos muros austeros y desprovistos de ornamentos, esos arcos puros y simples, los contrafuertes que ningún adorno intentaba embellecer le aportaron la serenidad que había ido a buscar a la Isla de la Belleza. «Peregrinajes místicos», bromeó Francesca. Andreani le contó la historia del trader suizo que perdió el norte para encontrar el sur, le describió hasta el último detalle a los ancianos, sentados a la sombra, inmóviles e impasibles, cuya sola presencia le tranquilizaba. Los reflejos del mar, el aire fresco que descendía al caer la tarde de la montaña y el olor a eucalipto que días después aún emanaba de su equipaje.

—Queridos amigos, me permito interrumpirles. Tengo un magnífico estofado de buey en el menú. Con este tiempo, de lo más indicado.

—Tengo que decir que no me importaría comerme un buey —bromeó Andreani.

—¿Comerse un buey? —repitió Francesca.

—Es un chiste. Malo, lo siento. En la jerga policial, nos referimos a los miembros de la Inspección General como los «bueyes». Nuestros encantadores colegas tienen el arte de cocerte a fuego lento, como un estofado, de ahí el juego de palabras.

—Además de eso, tengo unas almejas excepcionales, sabrosas y tiernas —propuso el Serio.

Se consultaron con la mirada y asintieron a la vez.

—Muy bien, entonces dos de almejas. Para acompañarlas, les traeré un moscatel del valle del Loira que subrayará de maravilla el sabor del mar. Por cierto, Philippe, a las bebidas invita la casa.

—No, Pierre, si es por lo de hace un momento…

Pero el Serio ya les había dado la espalda, fingiendo no haber oído.

—¿Hace un momento? —preguntó Francesca.

—No, no ha sido nada. Brassens, mi padre. Olvídelo, es complicado.

Ella no insistió.

—¿Sabe que me encontré a Lisa la semana pasada en el centro? Le propuse tomar algo juntas y, para mi asombro, aceptó. Tiene usted una hija encantadora, Philippe.

—Supongo que tuvo la ocasión de admirar su antebrazo.

—Sí. Fue un poco indiscreto por mi parte, pero el tatuaje asomaba un poco bajo la manga y le pregunté si quería enseñármelo. ¿Le preocupa?

—Hombre, tampoco diría eso, pero…

—Philippe, no sea usted tan carca. Es su decisión. Y si quiere mi opinión, es bastante decente.

Andreani no estaba del todo convencido. Era su elección, sí. Por lo menos, y para su alivio, Lisa había sido original alejándose de las runas celtas, motivos maoríes o máximas japonesas (con faltas de ortografía incluidas) que adornaban nucas, hombros o pantorrillas por doquier, priorizando casi siempre más las apariencias que el sentido original. Claro que tampoco era sorprendente, cuando un monovolumen familiar llevaba el nombre de Picasso y el quechua se había convertido en una marca deportiva.

Francesca pareció acordarse de algo, abrió su bolso y sacó un rectángulo de plástico.

—No se lo he envuelto… —se disculpó.

Andreani dudó un momento antes de coger el CD que le tendía.

—No es muy conocido. Lo encontré en París.

—¿Thomas Demenga? Es verdad, no le conozco. Las suites de Bach, sí, claro… Pero no se habrá ido hasta París para buscar esta

grabación, espero.

Una sonrisa cohibida apareció en su rostro.

—No, no fui a eso. Estuve en París, para… Bueno, no sé si este es el momento, pero, de todas maneras, va a acabar por enterarse. Estoy trabajando para la Brigada Criminal.

Necesitó un momento para digerir la noticia. Así que era ella la novedad de la que le había hablado Couturier. Clavó una mirada incrédula en sus ojos.

—Bueno, trabajar es ir demasiado lejos —precisó ella—. He aceptado una suplencia de tres meses. La psicóloga adscrita a la Brigada está embarazada, y con lo que ha pasado con el comandante Bardel, el comisario Berthaud pensó que…

Andreani asintió lentamente mientras giraba su copa, la mirada perdida en el vacío. La noticia se le había quedado atragantada.

—Comprendo. Hay dinero para reemplazar a una psicóloga, pero no para un poli que falta al recuento… Supongo que Berthaud sabe lo que se hace —continuó con amargura.

—Ya sé que no es una solución; una psicóloga no reemplaza a un policía; pero creo que para los que están aquí podría ser de alguna ayuda.

Andreani posó sobre ella una mirada apagada.

—No se preocupe, Philippe, soy una experta en separar mi vida privada de la profesional. Es el alfa y omega de mi profesión; si no, me encontraría rápidamente en el lugar de mis pacientes.

—No es eso, pero… No sabe dónde se mete. No se va a encontrar con sus directivos deprimidos, sino con tipos que, sin buscarlo, han tenido que ir mucho más lejos de lo que querrían. De algunos casos no se sale entero.

—Exactamente. Para eso estoy, para ayudar a esos tipos, como usted dice. Para ayudarlos a poner palabras a lo innombrable.

Sus primeras citas con Francesca volvieron a su mente. Poner palabras a lo innombrable… ¿Servía para algo? ¿Era necesario ponerle un nombre a los horrores con los que convivían día a día? ¿Lo haría eso más soportable? ¿Podrían las palabras mitigar el dolor de las familias, los sufrimientos que habían soportado las víctimas?

¿Conseguiría un policía sentirse más entero tras haber compartido su tristeza, sus angustias, incluso su miedo? Lo que podía funcionar con otras profesiones no era aplicable a ellos ni a su universo. Pensó en todos esos tratados de coaching (una vez más, un jodido anglicismo): escúchese a sí mismo, respire profundamente, apague el teléfono, el trabajo no lo es todo, disfrute de su vida privada. Eso era, a lo mejor, aplicable a los directivos de grandes empresas, incluso a muchas otras profesiones. Pero ¿a ellos? ¿Cómo podían prever, evitar o ignorar un cadáver que flota en el Meurthe? Era con la sangre, la violencia y la muerte con lo que se enfrentaban día tras día. Francesca pensaba que el abrirse camino en las profundidades del abismo iba a ayudarlos a sobrellevar el fardo que arrastraban consigo. Se equivocaba. Las palabras eran impotentes y era inútil sacarlas a la luz, pensó. Y menos ante ella.

El Serio se acercó con el sacacorchos en la mano.

—Aquí tienen el moscatel, amigos míos. Las almejas están de camino.

Continuaron la conversación hasta el café, conscientes de que un muro se había levantado entre ellos.

Andreani removía su taza cuando ella posó su mano sobre la suya. No movió un solo músculo.

—Le preocupa algo, ¿no es así?

—Con usted tengo siempre la impresión de ser transparente como el cristal.

—Si fuese por mí…

—No, no es eso. Bueno, sí, pero no es sólo eso. Tengo la impresión de volver hacia atrás. De no conseguir mantenerme a distancia.

—Al final, mi presencia en la Brigada podría servir para algo…

—No estoy deprimido —objetó inmediatamente, como si se hubiese dado cuenta de que acababa de abrirle una puerta a la psicóloga—. Digamos, simplemente, que a veces, tengo la impresión de que el sentido de mi trabajo se me escapa.

—¿Ve usted?, parece que no la ha perdido del todo.

—¿Perdone?

—Si busca usted todavía el sentido de sus actos, es que no ha perdido toda ilusión.

—Es usted de una lógica implacable, Francesca.

—¿El teniente Andreani reconoce su derrota? En ese caso, le dejo invitarme —anunció levantándose para depositar un beso en su mejilla.

Se ajustó el cuello de la camisa, se puso el abrigo y se dirigió a la salida del local. Antes de atravesar la puerta, se giró, le dirigió una sonrisa, hizo un leve gesto con la mano y se perdió en la noche.

Tenía razón. Puede que no hubiese perdido todas sus ilusiones.

En ese momento, el Serio se acercó con una copa en la mano arrancándole de sus divagaciones.

—¿Me permite?

—Claro, Pierre. Está usted en su casa.

—¡Qué mujer! —dijo Timonier sentándose.

—Sí, tiene usted razón.

—Sabe lo que quiere.

—No tengo ninguna duda. Y acaba de anunciarme que trabajamos juntos en la Brigada.

El Serio se colocó las gafas en la cabeza con un gesto lento y clavó su mirada en Andreani.

De vuelta a casa, y a pesar de la hora, decidió escuchar el compacto que le había regalado Francesca. Respecto a Bach, era fiel al piano de Gould en la grabación de 1955, pero su referencia absoluta en violonchelo era Pau Casals. Su ejecución estaba lejos de ser perfecta, pero una alquimia particular sublimaba la interpretación del violonchelista. La mayoría de los que habían venido después no le llegaban a la suela de los zapatos. Pero escuchando las suites de Bach ejecutadas por Thomas Demenga, se había dado cuenta de la amplitud del seísmo. Grabada en una sola toma, sin interrupciones, la partitura, de la que creía conocer hasta la última nota, apareció bajo una nueva luz. La mayoría de las veces los intérpretes de Bach

tendían a diseccionar las partituras, siguiendo cada nota en un absurdo afán de restituirlas de la manera más fiel, más exacta, más precisa posible. En la grabación de Demenga, lo que llamaba la atención desde el primer golpe de arco era la pureza de la interpretación, la humildad de su aproximación. El intérprete no buscaba demostrarle al mundo la perfección de su técnica. Sólo intentaba eclipsarse, desaparecer ante la música. Una línea clara y tensa brotaba desde el alma del instrumento, convirtiendo la composición en un todo luminoso, denso y solar. Disfrutar de esa maravilla le mejoró el humor. Decidió abrir una de las botellas que le había recomendado Rodrigo; a más de veinte euros el vino, más valía no haberse equivocado.

El aroma que aspiró de la copa le corroboró la elección.

Se instaló en el sofá con la intención de continuar la escucha, pero se dio cuenta de que había perdido el hilo. Sabía la razón, claro. Francesca. No funcionaría jamás, estaba convencido. Pero no era sólo eso. La noticia de la desaparición de Bardel lo había trasladado a recuerdos más oscuros. Hacía un año, Andreani había tenido una cita cara a cara con su Sig Sauer que le había demostrado lo sencillas que podían ser las cosas. Volver el cañón hacia sí mismo, metérselo en la boca y apretar el gatillo. Telón. El hastío, una finalidad que no acababa de encontrar, el camino a seguir cada vez más tortuoso. A veces llegaba a pensar que dormirse y no volver a despertar sería una liberación. Poder descansar, alcanzar por fin el silencio, parar de pensar. Acallar todas esas voces que gritaban, que exigían venganza. Hacer desvanecerse las sombras que se cernían sobre él cada vez que conseguía conciliar el sueño. Pero estaba Lisa. Por esa razón sabía que, aunque tocase fondo, nunca podría salirse por la tangente de ese modo. Con el humor de nuevo ensombrecido, se sirvió una piscina olímpica del Rioja que acababa de abrir, lo tomó de un trago y acto seguido se fue a dormir.

7

—Señores, buenos días. Les agradezco mucho que me concedan algo de su valioso tiempo. Como les ha informado el comisario Berthaud, permaneceré con ustedes durante dos semanas para realizar una auditoría. Me puedo figurar la imagen que deben de tener del Cuerpo de Inspección General de las Fuerzas Policiales, pero no estoy aquí para vigilar a los vigilantes de la ley, si me permiten la redundancia, sino para hacer un estudio transversal sobre la organización y eficacia de esta Brigada con el fin de mejorar el funcionamiento del conjunto de servicios y, con ello, la imagen de nuestro cuerpo entre la ciudadanía.

El mutismo era total. Los asistentes escuchaban el discurso, entonado con la voz nasal de Detravers, en silencio. Aunque intentasen apartar la mirada, algo los obligaba a volverla al inspector. ¿Bizqueaba o simplemente sus ojos estaban tan juntos que lo parecía? Su cráneo, seco y sembrado de costras rojizas, estaba interrumpido por un lacio mechón, peinado cuidadosamente en contradirección con la vana esperanza de ocultar una calvicie avanzada. Un bigotito de adolescente acentuaba unos labios bezudos. Su vestimenta no mejoraba la primera impresión: llevaba anudada una pajarita de un color indefinido sobre un traje que debía de usar desde su primera comunión y unos zapatos de cuero trenzado que chirriaban a cada paso. Parecía imposible tomarse la figura en serio, pero, asombrosamente, imponía a todo el personal. No se oía el vuelo de una mosca.

—En su misión de vigilancia del personal, la Inspección General de la Policía Nacional supervisa, particularmente, el acatamiento de las leyes, del reglamento y del código ético de nuestro cuerpo. Les pido que presten toda su atención a este punto, lo considero

fundamental. Mi regla de oro, por así decirlo —insistió.

Mensaje recibido, alto y claro. Cada uno de los presentes rezaba por que al inspector general no se le ocurriese cambiar de idea. La identidad del chivo expiatorio era un secreto a voces y a nadie le había sorprendido que, dada su forma de trabajar, le hubiese tocado a Andreani.

¿Dónde estaban esos dos? Se preguntó Berthaud furioso. Los habían buscado por todo el edificio, los había llamado personalmente a sus móviles sin recibir respuesta y nadie parecía saber dónde se habían metido.

Andreani y Couturier habían ido al garaje, habían rellenado el impreso de préstamo de uno de los coches de servicio y les habían concedido un flamante Peugeot recién salido de fábrica.

—¿Nos ha tocado la lotería? —se asombró Couturier.

—¿Intentas motivarte? No nos ha tocado ni el reintegro —le había respondido el responsable del parque móvil—. Sólo tenemos dos nuevos por unidad, así que un arañazo y te arranco la cabeza.

Reglas cada vez más estrictas y recursos que hacían morirse de risa a las bandas de barrio. ¿Cómo los iban a tomar en serio? Iban siempre dos pasos por detrás. Tenían que mantener la fachada impecable, pero cada vez que se discutía sobre presupuestos, sobre las horas extra acumuladas, los insultos que les llovían y las amenazas que les llegaban, a veces, de chavales que sabían que no les podían hacer nada, los policías que vivían la calle se encontraban solos. Nadie escuchaba, nadie ayudaba, nadie respondía a sus preguntas. Para poder sobrevivir el jodido día a día tenían que conseguir distanciarse y poseer la capacidad de burlarse de uno mismo. Los que lo olvidaban, pagaban el precio. La indiferencia y la frialdad de algunos agentes, que se ocupaban por igual de la muerte de un jubilado que del robo de un vehículo, eran la consecuencia de ello. Eran las víctimas las que sufrían esa insensibilidad, esa falta de empatía. Pero siempre era fácil echarles la culpa a los últimos eslabones de la cadena y Detravers no tenía en

cuenta esas consideraciones. La máquina tenía que funcionar, costase lo que costase.

—Aparcamos aquí —dijo Couturier, acabando la maniobra—. El despacho para el que trabaja ahora Ravalet está en esa torre.

Habían tardado más de diez minutos en encontrar un sitio. Se bajaron del coche y Couturier se cercioró dos veces de que lo había cerrado bien. Una niebla helada los hizo tiritar y Andreani se levantó el cuello del abrigo. La calle estaba desierta salvo por un empleado municipal vestido con un mono verde que, encaramado a un andamio, enganchaba las primeras luces de navidad en una farola.

Consultaron el mosaico de nombres que cubría el portero automático de la fachada de la torre Thiers. Construida en los años setenta, el edificio se erguía, incongruente, al lado de la estación. Con la intención megalómana de asemejar el centro de Nancy al de un downtown estadounidense, el ayuntamiento había erigido ese apéndice frente a los edificios modernistas, a dos pasos de la plaza Stanislas, con la esperanza de despertar nuevos impulsos en una ciudad que, hasta el momento, dormía sobre sus laureles. A pesar de las protestas que se levantaron desde los primeros esbozos, los concejales de urbanismo no dieron su brazo a torcer y continuaron con el proyecto de la construcción. El día de la inauguración ninguno de los locales tenía inquilino e incluso hoy, y a pesar de unos alquileres muy modestos, el edificio seguía medio vacío.

—Despacho de peritos y aseguradores Leroi, piso octavo.

—Si el ascensor está estropeado, dimito —masculló Couturier.

—Las escaleras son un buen ejercicio de preparación, lo sabes, ¿no? —bromeó Andreani con la mirada sobre el botón de la camisa de su colega que, tenso sobre su vientre, parecía a punto de estallar.

—En vez de soltar gilipolleces podrías decirme si Legast está de acuerdo…

—¿Legast? ¿De acuerdo con qué?

—¡Mierda, Philippe! ¿Pero tú lo haces aposta o qué? —rugió Couturier antes de encerrarse en un silencio lleno de reproches.

Sus pasos resonaron sobre el mármol barato, de un color

amarillento verdoso. Ya en el ascensor, Andreani se rindió.

—No te cabrees. Me ocupo hoy mismo, te lo prometo.

—Ya. Tú y tus promesas… Local 8C, es por ahí.

Las paredes tenían cercos de humedad y el papel, amarillento por el tiempo, se despegaba por las esquinas. Tocaron el timbre y una recepcionista muy maquillada acudió a recibirlos.

—Buenos días, señores. ¿Cómo puedo ayudarles? —preguntó nerviosa.

—Teniente Couturier, teniente Andreani, de la Brigada Criminal. Le dejamos un mensaje ayer. Nos gustaría hablar con el señor Ravalet.

—Ah, son ustedes de la policía.

—Pues sí, somos de la policía… si pudiese comunicar al señor Ravalet nuestra presencia…

Sin percibir la ironía, marcó un número en su teléfono para informar a su jefe. Les indicó una puerta de vidrio esmerilado al fondo del pasillo.

—Les espera.

El perito los aguardaba, la mano extendida y una sonrisa forzada ante su puerta. Embutido en un traje barato, el hombre era de una obesidad impresionante. Al fin y al cabo, Couturier todavía tenía margen. Los ojos amarillentos y las venas dilatadas que le cubrían las mejillas y la nariz achaparrada delataban una marcada tendencia a la bebida.

—Pasen, señores, pasen. Siéntense. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó sin conseguir ocultar su nerviosismo—. ¿Tomarán un café?

Andreani, decidido a ir al grano, declinó la oferta. Sacó su cuaderno y comenzó a leer en voz alta.

—A principios de mayo de este año los bomberos fueron alertados por unos vecinos que habían observado que salía humo de la vivienda de su vecino, Rémi Fournier. El edificio resultó dañado por el fuego y su propietario fue encontrado muerto en el interior. ¿Se acuerda?

—¿El incendio del inmueble de la calle de los Cartujos de

Laxou? Claro que me acuerdo. En mi profesión no se encuentra uno con un cadáver todos los días.

—¿Fue usted el perito contratado para la investigación?

—Efectivamente, fui yo.

—Intentamos contactarle a través del despacho de seguros Paillard, pero parece que este ya no existe. El problema es que no aparece su informe, a pesar de que hace ya más de seis meses del siniestro.

—No me extraña —replicó Ravalet encogiéndose de hombros.

—¿Podría aclararnos a lo que se refiere? —intervino Couturier, irritado.

—Desde luego. Yo fui el encargado del peritaje. Redacté mi informe en su momento y, como de costumbre, se lo envié inmediatamente al señor Paillard. Creo que es a él a quien deberían dirigirse ustedes…

—Supongo que estará al corriente de los pequeños problemas que ha tenido su antiguo jefe, ¿no?

—Efectivamente. El despacho del señor Paillard ha tenido que cerrar debido a ciertos problemas procesales en los que los protocolos no fueron, según parece, seguidos según las reglas en vigor.

—La Brigada Financiera no tiene un espíritu tan poético como el suyo. Estafas confirmadas —precisó Couturier—. Dígame, ¿dónde está su informe?

—Pues ni idea, la verdad. Como le acabo de decir, yo lo redacté y se lo mandé al señor Paillard. Claro que, como a la semana recibimos la visita de sus colegas de la Financiera… A mí me auditaron varias veces, pero salí blanco como la nieve. No tengo nada que reprocharme. Y ese informe, pues sí, la verdad es que se me fue de la cabeza. Tenía otras cosas que hacer, sobre todo encontrar trabajo, y como tampoco nadie lo reclamó… —explicó el experto a la vez que levantaba las manos con un gesto de impotencia.

Los policías intercambiaron una mirada.

—Sí, sí, señor Ravalet, lo comprendemos. Pero ¿dónde está ese informe ahora?

—Pues no sabría decirles. Probablemente con los expedientes requisados por la policía del despacho del señor Paillard.

—Lo comprobaremos con la Financiera, pero ¿no tendrá usted una copia por casualidad?

—En mi ordenador portátil, claro, pero este pertenecía al despacho y…

—Claro. ¿Por casualidad se acuerda usted de sus conclusiones? —interrumpió Andreani, que no quería esperar.

—Desde luego. Tengo una forma de trabajar muy rigurosa, y además las compañías aseguradoras tienen, en los casos de defunción, unos protocolos muy estrictos.

—Señor Ravalet, no tenemos todo el día —le cortó Couturier mientras consultaba su teléfono, que acababa de vibrar.

—Sí, sí… Creo recordar que se trataba de un incendio de tipo A, que se declaró cerca de…

—¿Tipo A? ¿Nos lo puede explicar en cristiano?

—Los incendios se dividen, según la sustancia que los provoca, en cinco categorías. Por lo general, los incendios domésticos son de la categoría A. En el caso que nos ocupa, parece que el fuego comenzó alrededor de la cocina, el aceite se inflamó. El siniestro entra por ello en la categoría A.

—Ocurre a menudo, supongo.

—Sí, no es inusual —dijo Ravalet encogiéndose de hombros—. Muy probablemente un accidente.

—¿Muy probablemente? ¿No está usted seguro?

—¿Sabe usted? En mi profesión, como en la suya, supongo, no se puede excluir ninguna posibilidad. Sólo las pruebas y conclusiones del lugar del siniestro validan nuestras hipótesis. O no. A falta de otros elementos, el accidente doméstico me pareció lo más probable en el caso Fournier.

—Pero no está usted seguro, ¿es eso lo que nos está dando a entender?

El experto se apoyó en el respaldo de su silla, que emitió un crujido alarmante. Tragó saliva con ruido y comenzó a explicar. El fuego se desató en la cocina, donde se encontró el cuerpo

parcialmente carbonizado. Al entrar en la casa, los bomberos sospecharon la presencia de productos inflamables y redoblaron las precauciones. Tras apagar el fuego, redactaron un informe que venía a confirmar las conclusiones del perito. El fuego se había propagado de la placa de cocción a la campana extractora. Una sartén carbonizada apoyaba la hipótesis del incendio doméstico. El aceite que contenía debía haberse sobrecalentado e inflamado.

—Entonces, está todo claro, ¿no? —preguntó Couturier.

—Intente comprenderme, señor... perdone, se me ha ido su nombre.

El policía, harto, deletreó su nombre entre dientes.

—Mire, a mí no se me piden mis impresiones, sino mi peritaje. En un informe, lo único que tiene cabida son las constataciones puramente técnicas. No es mi función emitir conclusiones que se salgan de mis competencias.

—¿A dónde quiere ir a parar, señor Ravalet?

El perito se secó la frente con un pañuelo. Agarró la botella de agua y se sirvió un vaso.

—Tenía una duda —admitió.

—¿Una duda?

—Sí. Hoy diría noventa diez.

—¿Noventa diez?

—Noventa por ciento de posibilidades de que fuese un accidente. No pude excluir de manera concluyente un delito, pero no es mi función... De ahí ese diez por ciento... de inseguridad, diría...

—Vaya al grano, por favor se lo pido, señor Ravalet.

—Escuche, inspector...

—Teniente. Colombo murió hace ya tiempo, ¿sabe?

—Lo siento, insp... teniente. El cuerpo del señor Fournier estaba... ¿cómo diría yo? Dañado, bastante dañado, sí. Lo primero que intenté comprender fue por qué no se movió. Debía de estar inconsciente cuando la sartén se incendió, probablemente tuvo un infarto, no lo sé, pero es una posibilidad. Por eso me decanté por la tesis del accidente, era lo más probable. Me es imposible decirles más sin haber visto los resultados de la autopsia. Mi función era una

investigación del entorno del siniestro, y eso fue lo que recogí en mis conclusiones. El policía que acudió dijo que, en lo que a mí respectaba, tenía todo.

—¿El teniente Moret?

—Puede ser, no me acuerdo de su nombre.

—Entonces, ¿en qué basa su diez por ciento de duda?

—¿Saben ustedes? Me he encontrado cosas bien extrañas durante mi carrera. Probablemente, Fournier tuvo un infarto o algún problema que le hizo soltar la sartén, lo que provocó la inflamación del aceite. Es lo más probable, sí. Pero, a pesar de todo, algo no cuadraba.

—¿Y tendría usted la amabilidad de compartirlo con nosotros?

—Es que… no tenía ninguna prueba, ninguna seguridad. Como hoy, sigo sin ellas. Seguí el protocolo habitual y las conclusiones parecían claras… —repitió el perito, agarrándose a los brazos de su silla.

Los policías cambiaron una mirada.

—¿Va usted a decirnos de una vez qué es lo que le impide afirmar que fue un accidente, señor Ravalet?

—Mi intuición… Tuve la intuición de que algo no iba bien, eso es todo. No encontré nada que apoyase esa impresión, pero algo parecía no encajar. Será una tontería, pero cuando vi el cuerpo… No debería decirlo, porque mi profesión se basa en eso, en lo racional, en lo exacto, ¿entienden lo que quiero decir? Pero a veces es como si sintiese algo. Y me fío de mi instinto. Por ejemplo, en los fraudes a las aseguradoras, tengo un olfato incr…

—¿Y qué le dijo su instinto, señor Ravalet? ¿Qué fue lo que le dijo? —repitió exasperado Couturier.

—Me dijo… , me dijo que las cosas podían muy bien no ser lo que parecían —dijo el asegurador bañado en sudor.

Estaban mareando la perdiz, no había nada más que sacar. Andreani miró a Couturier y haciéndole una seña le indicó que era el momento de irse. Se despidieron del perito, que no consiguió levantarse de su silla, y salieron sin decir más.

—¿Qué te parece lo del presentimiento? —preguntó Couturier

mientras esperaban la llegada del ascensor.

Andreani cerró los ojos, se masajeó las sienes y suspiró:

—¿Te has fijado en el tipo? Había que sacarle las cosas con sacacorchos… Me encantaría quedarme con su noventa por ciento, pero más vale que no dejemos ningún cable suelto. Esperemos que la autopsia confirme la hipótesis más probable.

—Ya veremos… —respondió Couturier, escéptico—. ¿Has mirado tu móvil? Cinco llamadas perdidas de Berthaud… Te suelto en el hospital de Gentilly, vas a por la autopsia y yo vuelvo a llevarme la bronca del jefe. Y de paso, le echo un vistazo al tablón de personal para ver con quién te va a tocar currar.

—Laurent…

—Santo Tomás, Philippe. Si no lo veo, no lo creo, ¿te suena? Mientras tanto, llamo a los de la Financiera para que desentierren el informe del perito y, si todo va bien, mandamos inmediatamente el expediente a los archivos.

—Inmediatamente, sí —repitió Andreani mientras observaba las nubes negras que cubrían el cielo.

8

Mosela, 1940

Jacob Silberman observó con el rostro afligido sus tierras. La cosecha se anunciaba mala; ya estaban a mediados de junio y las espigas apenas habían despuntado. El tiempo parecía haberse vuelto loco ese año y, a pesar de todos sus esfuerzos, la floración llevaba ya varias semanas de retraso. En enero las temperaturas habían caído hasta los veinticinco bajo cero. Según los ancianos, no se había visto nada igual desde el invierno de 1883. En marzo una tormenta había barrido la región con la fuerza de un huracán, arrancando de raíz la mayoría de los frutales. Para colmo, en abril, unas tormentas de granizo se desataron por todo el noreste del país. Las temperaturas subieron, y con ellas la esperanza, que acabó anegada en unas lluvias torrenciales que pudrieron las semillas en los surcos inundados. Algunas patatas agrietadas y unos nabos raquíticos sobrevivieron al diluvio, pero, tras la evacuación de los fronterizos y la movilización de los reservistas, no había mano de obra suficiente para recogerlos. Por una cruel ironía del destino, una ola de calor había agravado la situación, provocando que la mitad de la cosecha se secase en el suelo y sirviese de alimento a los cuervos, cuyo lúgubre crespón auguraba la llegada de tiempos sombríos.

La granja se extendía por más de doscientas hectáreas de tierra fértil y mineral; unas tierras que eran su razón de vivir. Su bisabuelo había conseguido adquirirlas, a pesar del llamado «decreto infame» impuesto por el emperador a todos los judíos del este del país, en 1808. Las había trabajado con abnegación, recolectando sus primeros frutos tras temporadas de arduo trabajo.

Una angustia indefinida le atenazó. ¿Y si la historia se repetía

como en diciembre de 1914? ¿Y si la locura de los hombres volvía a convertir las tierras fecundas en cementerios, en los que no germinaban más que las esquirlas de los obuses y las osamentas humanas? El trabajo de toda una vida se desvaneció en apenas unas semanas, en las que la sangre de treinta mil soldados anegó los campos. Incluida la de su padre, Aarón. Los miles de obuses que llovieron de los dos lados convirtieron las verdes colinas en un paisaje lunar sembrado de cráteres. Habían tenido que empezar desde cero hasta la extenuación. Una noche, al volver de los campos, en plena siega, el abuelo se derrumbó en el umbral de la casa como un árbol que cede bajo los golpes de hacha de un leñador. Su abuelo, al que habían llamado, como una premonición, «Talmi», (mi surco), como prueba del arraigo definitivo de la familia a esas tierras.

La idea de separarse de la tierra de sus antepasados le resultaba inconcebible, pero no tenía otra opción. ¿Qué podía hacer? ¿Vender por una miseria? ¿Dejarse expropiar como un vencido? El tiempo apremiaba, lo sabía. Se había negado a aceptar la realidad, obsesionado con salvar lo poco que pudiese. Al principio, eran sólo rumores que llegaban del otro lado, confusos e imprecisos. Parecía que, se decía que… Hasta que se promulgaron las leyes y los más clarividentes, o los más temerosos, vinieron a refugiarse a este lado de la frontera, después de que les fuese negado el derecho a vivir sobre el suelo que los había visto nacer y por el que incluso algunos habían combatido en la Gran Guerra. Hacía ya dos años, en 1938, que las sinagogas habían ardido, que los comercios habían sido destrozados y desvalijados, empujando al exilio a miles de hijos de Israel. No, no se podía dudar. Pero él se había empeñado. ¿Debería haber escuchado a su hermano, que se había ido a París con su mujer y la pequeña Sarah con la intención de refugiarse en el anonimato de la ciudad? Aunque ahora que los alemanes acababan de entrar en la capital, su hermano tampoco estaba en mejor situación que él. ¿Estaba ahí más seguro que si se hubiese quedado aquí? No había podido decidirse a seguirle, no había encontrado la fuerza. Hubiese sido traicionar la memoria de sus antepasados. Eran sus tierras y no iba a abandonarlas. Las cicatrices de la última

guerra todavía no se habían cerrado, no podía creer que todo volviese a empezar. Pero, en el fondo, sabía que Dios haría oídos sordos a sus súplicas y que la historia volvía a balbucear.

Pero todavía era dueño de su destino. Le quedaba una baza que jugar. La única solución que se le ocurría.

9

Nancy, noviembre de 2016

Un bólido gris metalizado resaltaba entre los monovolúmenes familiares del aparcamiento del instituto médico legal. Andreani sonrió.

—Ha cambiado de bando, si no me equivoco —soltó Andreani al entrar en el despacho.

El forense levantó la cabeza de la carpeta y le miró extrañado.

—Le ha sido infiel a Porsche. El Aston Martin es suyo, ¿no?

—Ah, eso… Pues sí, he caído… ¿Le gusta? Fue una ganga, un dentista que quería deshacerse de él. Vivir para ver, un dentista en Aston… Menos de seis mil kilómetros. Una Vanquish S motor V12, 5.9, 573 caballos y…

—No se canse, Legast, ya sabe que los coches y yo…

El forense era un ejemplar nostálgico de épocas pasadas. De una elegancia atemporal, iba afeitado a la perfección, con las uñas de una manicura impecable y dejando un rastro de perfume de Caron tras de sí. Su fuerte personalidad no dejaba de irritar a algunos policías, que disfrutaron lo indecible al oír que le habían cogido en una infracción con sustancias ilegales. Para el asombro del forense, Andreani le había sacado las castañas del fuego limpiando su piso y evitándole así una condena por delito de estupefacientes. Legast nunca se había explicado el gesto del teniente.

—Es verdad, me olvidaba de sus gustos populares, teniente. ¿Ha perdido a su sombra?

—¿Perdón?

—Su acólito. ¿No lo trae con usted?

—¿Laurent? Ah… hace bien en recordármelo… antes de que se

me olvide, tengo un pequeño favor que pedirle…

—¿Un favor? ¿Tengo que preocuparme?

—Sí y no. Laurent necesita un certificado de aptitud física.

—Un certificado de aptitud física… para Laurent Couturier… ¿No sería mejor buscar los servicios de un chamán? Veré lo que puedo hacer, pero no le prometo nada. Pero supongo que no ha venido sólo a pedirme eso, ¿no?

—No se le puede ocultar a usted nada.

—Ya ve, teniente. Además de gusto, tengo una intuición infalible. Venga y suéltelo ya, que tengo clientes que me esperan. No es que tengan prisa, pero…

Andreani sacó su cuaderno y buscó entre las páginas para consultar sus notas.

—A la última, la policía francesa —bromeó Legast.

—Rémi Fournier. Nacido el 9 de junio de 1952 en París. ¿Le suena?

—¿Fournier? Así de golpe, no.

—Un incendio en Laxou. El cuerpo debe estar bastante mal, supongo. Quemado.

—Un momento, que se lo busco.

El forense tecleó en el ordenador.

—Aquí lo tengo. Rémi Fournier. Vaya, no está lo que se dice fresco, su cliente.

—Ya lo sé. Ahórreme sus comentarios y suélteme sus conclusiones, que tendría que estar ya en la brigada…

—¿Mis conclusiones?

—Las conclusiones de la autopsia, me refiero.

—No hay ni conclusiones ni autopsia. Su tipo lleva durmiendo en mis cajones desde que me lo trajeron. Todavía estoy esperando a que me pidan que me dedique a él.

—¿Cómo es posible?

—¿Y eso me lo pregunta usted a mí? ¿Y yo qué sé? Tengo unos cuantos de ese tipo en mis armarios. Me los traen y parece que después se olvidan de ellos. Veamos, ¿quién llevaba el caso? Ah, ya veo. Un buen amigo suyo. Moret… No se desanime…

¡Ese cabrón de Moret! Andreani se iba a llevar una bronca del fiscal, sin contar con la de Detravers. Podría echarle la culpa a Moret, pero eso no iba a cambiar las cosas.

—¿Podría usted… dedicarse a él?

Legast no ocultó un suspiro.

—Y supongo que es urgente, ¿verdad? Bien, veré lo que puedo hacer.

Al llegar a la brigada, el comisario lo pilló desprevenido.

—¡Maldita sea! ¿Dónde demonios estaba? ¿Conoce usted el teléfono, Andreani?

Berthaud hervía de ira. Couturier se habría llevado la primera tanda, pero no había sido suficiente para suavizar el ambiente. Pensó en excusarse, pero, sabiendo que era inútil, calló.

—Ya hablaremos, tenemos cosas más urgentes que atender. Detravers está en la sala de reuniones y le espera. ¡De inmediato! Ni una gilipollez, Andreani, con guantes de seda y el ego entre paréntesis. ¿Ha quedado claro?

Asintió con la cabeza. En lo que respectaba al incendio de Laxou, sólo tenían que esperar el informe del peritaje y la autopsia. Y rezar por que el inspector no se mostrase demasiado curioso. Tocó a la puerta.

—¡Pase! —ordenó una voz autoritaria.

Detravers mantuvo la mirada fija en unos expedientes que reposaban sobre la mesa. No levantó los ojos al entrar Andreani.

—Le esperaba… He estudiado atentamente su historial. Interesante, tengo que reconocer. Buenos resultados, pero unos procesos poco ortodoxos. En aras del servicio tendremos que evitar lo segundo sin disminuir su tasa de éxito.

—Siempre me atengo a las reglas, señor. Salvo cuando no me queda otra opción.

—¿Otras opciones? No existen interpretaciones de los procesos a seguir. O se siguen o no se siguen. Y explayarse ante la prensa como lo ha hecho usted últimamente daña en gran manera nuestra

imagen. ¿Qué mensaje le damos a la población si nosotros mismos no seguimos las reglas y nos valemos de argucias para conseguir nuestros fines? Pero siéntese, siéntese. Soy todo oídos.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a su caso actual.

—Acabo de llegar de vacaciones y estoy todavía suspendido. Por eso no llevo ningún caso de momento.

Detravers frunció las cejas.

—¿No lleva ningún caso? Entonces, ¿dónde estaba esta mañana?

—Investigaba un informe sobre un incendio de origen desconocido.

—¿Qué había que investigar?

—Falta un informe pericial que no nos ha llegado y quería saber por qué.

—Un informe pericial… ¿Algo más?

—La defunción del dueño. Muy probablemente accidental, pero no hemos acabado de excluir todas las posibilidades.

Detravers guardó silencio y esperó una pregunta que no llegó. Continuó.

—Estamos a la espera del resultado de la autopsia: el cuerpo está en la mesa del forense.

—¿Y a cuándo remonta ese caso?

—Seis meses, aproximadamente.

—Seis meses —repitió Detravers contrayendo la cara—. ¿Y todavía se asombran ustedes de mi presencia entre estas paredes?

—Nuestra prioridad ha sido cerrar todas las puertas posibles y por eso nos hemos ausentado esta mañana —precisó Andreani.

—Las puertas abiertas provocan, la mayoría de las veces, incómodas corrientes de aire, teniente. Espero su informe el lunes que viene a las nueve, así como una explicación del retraso inaceptable en la investigación de este caso. Gracias.

Andreani asintió, aunque sabía que Detravers no le daba otra opción, y salió de la sala. Couturier remoloneaba tras la puerta y se hizo el encontradizo.

—¿Y?

—Nada que no te puedas esperar de un tipo así. En menos de dos minutos tenía el dedo puesto en la llaga. Quiere un informe sobre el incendio de Laxou para el lunes que viene.

—Ya nos lo esperábamos... Mejor ir con la verdad por delante, ¿no?

—Pues sí, le ponemos los hechos sobre la mesa y que decida él lo que tenemos que hacer. Pero, de todas maneras, tenemos un pequeño problema.

—¿Un pequeño problema? ¿Por qué me asusto cuando oigo esa palabra salir de tu boca, Philippe?

No iban a poder ocultar que el expediente Fournier se les había escapado entre los dedos sin que nadie se diese cuenta.

—No veo más que una solución —continuó Couturier.

—¿Cuál?

—¿Juegas al ajedrez? Anticipar varias jugadas y avanzar casillas. Tener las respuestas antes de que nos pueda volver a preguntar nada. Respuestas exactas, sin margen de porcentajes o error.

Sacarle ventaja a Detravers. Demostrarle que, aunque en un principio había podido haber negligencia, habían retomado las riendas y eran capaces de enderezar el asunto. Valía la pena intentarlo. «Quien cree que nuevas recompensas hacen olvidar a los grandes hombres las viejas injusticias de que han sido víctimas se engaña». Maquiavelo podía tener razón, pero no era el momento de perderse en filosofía política. Salió de su despacho saltando los escalones de dos en dos cuando le falló la rodilla. Se agarró al pasamanos en el último segundo para no despeñarse, dejando caer la carpeta del informe de Fournier. Las hojas que contenía y una bolsa de plástico con las llaves de la casa de Rémi Fournier aterrizaron en el piso de abajo. Se incorporó como pudo, contempló las hojas desperdigadas y soltó un taco.

Todavía estaba preguntándose qué le había pasado cuando la salida de incendios de la escalera se cerró tras Detravers, que permaneció mudo y cruzado de brazos observando la escena. Mientras Andreani intentaba recuperar las hojas esparcidas por los escalones, el inspector sacó un cuaderno del bolsillo y garabateó unas

palabras. Le miró y recitó de memoria:

—Artículo 127 del Código de Procesos Administrativos, párrafo 3, punto b: con tal de evitar pérdidas accidentales, todo informe dactilografiado, así como cualquier documento adscrito al expediente judicial será grapado o perforado, evitando el cuerpo del texto. ¿Y se asombra usted de que le falte una parte del expediente, Andreani? —dijo secamente antes de salir otra vez.

«Todo sistema tiene sus reglas que deben ser seguidas rigurosamente para garantizar su buen funcionamiento». Como representante de la autoridad, sabía que el artículo que abría el manual de derecho que tuvo que tragarse cuando se presentaba a la oposición era sagrado. Pero una vez sobre el terreno, cualquier policía se daba cuenta de que en el día a día era imposible aplicar el reglamento al pie de la letra. Detravers había decidido ser el guardián del Templo, resumiéndolo todo a párrafos y puntos de los que no cabía interpretación posible.

Recuperó las hojas, recogió las llaves, se colocó la camisa y terminó de bajar cojeando.

10

Otra vez había dormido mal. Se levantó y se estiró, pero los espasmos del estómago seguían ahí. No había ninguna razón para preocuparse, se repitió, probablemente debería controlar la bebida y tener cuidado con lo que comía. Ni siquiera era un dolor, era sólo una sensación desagradable. Rebuscó en los armarios de la cocina y encontró una infusión que había olvidado.

—Verbena menta… ¡Mierda! —exclamó desesperado.

Couturier había sugerido avanzar casillas. Le llamó para avisarle de que llegaría tarde, se metió bajo la ducha caliente y, tras capitular delante de un café bien fuerte, cogió su abrigo, comprobó que llevaba las llaves de la casa de Fournier y se dirigió al garaje.

El cuentakilómetros marcaba más de doscientos mil, pero le tenía cariño. No se resignaba a separarse de él, aunque tuviese evidentes signos de vejez y el encargado de la inspección le hubiese asegurado que era la última vez que cruzaba el foso. Negando sus achaques, el Volvo marrón que había heredado de su madre arrancó a la primera. Metió la segunda con un chirrido que le hizo acordarse de la profecía del de la ITV y subió por la calle del Moro que Sopla.

Hacía unos años, en una exaltación de civismo, unas almas indignadas se habían agrupado para protestar contra lo que ellos llamaban «denominaciones discriminatorias», creando una asociación encargada de cambiar algunos de los nombres de las calles de Nancy.

«¡O tempora! ¡O mores! Audiard tenía razón —había despotricado el Serio—. Los cretinos se atreven a todo. ¡Quieren rebautizar la calle del Moro que Sopla! Ahí tiene a dónde nos lleva el ser políticamente correcto. ¿Y qué hago con el arroz negro? ¿Lo retiro de la carta porque podría ofender a los negros?».

El nombre de la calle de los Cartujos, una callejuela con pequeñas casas bordeada por el bosque a la salida de Laxou, no había levantado ninguna protesta. La puerta no estaba precintada; si la habían sellado, el cierre había desaparecido. La investigación no se había llevado bien. ¿Qué buscaba, o qué esperaba? Pasado tanto tiempo, no iba a encontrar nada que valiese la pena, pero ni el informe preliminar de Moret ni las pocas fotos que existían del siniestro habían conseguido convencerle. Y, además, quedaba ese maldito diez por ciento de Ravalet… Era inútil romperse la cabeza sin examinar el lugar de autos.

La casa era la viva imagen de sus pesadillas. Una construcción de los años sesenta sin ninguna imaginación, una fachada deslucida, contraventanas de plástico y una puerta acristalada que daba a un pequeño jardín, que en su día estaría meticulosamente cuidado y que ahora estaba invadido por las malas hierbas. El musgo había recubierto las losas que llevaban a la entrada. Metió la llave en la cerradura y le asaltó un olor a moho y orines. El hollín cubría los muros por encima de las manchas de humedad, que había comenzado a levantar el papel de las paredes. El enlucido de las paredes del salón había sobrevivido, pero el lacado que lo recubría se había fundido en parte, dejando unos ronchones amarillentos. En la cocina sólo quedaba el esqueleto de un horno y de una nevera. Los restos de una encimera carbonizada daban una idea de la violencia del incendio. La ventana, estallada por efecto del calor, no había sido cerrada. Pasó de habitación en habitación, encontrándolas vacías. En la pared de lo que debía de haber sido el dormitorio colgaba un crucifijo que probablemente nadie se había atrevido a retirar. Había ido para nada, la casa estaba vacía y abierta a los cuatro vientos desde hacía meses. Sacó la foto que tenía de Rémi Fournier e intentó imaginárselo en su casa. Una existencia gris que había acabado de una manera menos gris. Levantarse, ducharse, desayunar y salir al trabajo. Leer, ver la televisión a lo mejor. El fin de semana, cortar el césped e ir a la iglesia. Lo que se dice una vida. Salió cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí y se acercó a la casa vecina. Un cartel en la verja de «cuidado con el perro» avisaba

del peligro de adentrarse en la propiedad. Atravesó una cancela recién pintada y tocó el timbre. Una melodía de carillón antiguo resonó en la casa, pero no se oyó ningún ladrido. La puerta se abrió, sujeta por una cadena.

—¿Qué quiere? —preguntó un hombre mayor de aspecto frágil.

El policía se presentó y explicó la razón de su visita.

—Pero si ya le dije todo a su compañero cuando vino hace unos meses.

—Sí, lo sé, lo sé. Sólo quería preguntar si a lo mejor se ha acordado usted de algún detalle más, de algo que se le ocurriese después.

—Pues así, de repente, no… Pero pase, pase, que tampoco es que tenga visitas todos los días… ¿Tomará usted un cafetito?

Andreani se limpió cuidadosamente los zapatos en el felpudo y le siguió por una entrada recubierta de fotos enmarcadas.

—Mi mujer. Con Dólar, el perro. Hay que ver lo que quería a ese bicho… Ella está muerta. Bueno, él también… Póngase unas zapatillas, por favor. Es por el parqué, ¿sabe?

—Sí, sí, claro. Dígame, ¿conocía usted bien al señor Fournier?

—Bueno… como se conoce a los vecinos. No hay gran cosa que contar de él. Educado y reservado, sí. Era notario. Un buen trabajo. Vamos, no era de los que arman líos. Nos decíamos buenos días, buenas tardes, a lo mejor un gesto mientras cortaba el césped, pero nada más. ¿Azúcar? ¿Leche? —Andreani negó con la mano—. Cada mañana, a las siete y cuarenta, pasaba por debajo de mi ventana al irse a trabajar. Bueno, mientras trabajaba, claro, porque no hace mucho tiempo que se jubiló. Los domingos, a las diez menos cuarto en punto, salía hacia la iglesia. Nunca he visto a nadie tan puntual. Un reloj del Franco-Condado, el Fournier. Y siempre el mismo abrigo, siempre el mismo sombrero. No es que me pasase la vida espiándole, pero a fuerza de… bueno, también desde que murió mi mujer…

—¿Tenía familia?

—No, era hijo único. El ojito derecho de sus padres. ¡Anda que no estaban orgullosos cuando aprobó la oposición! Creo que le

querían proteger, aunque si me pregunta, casi un poco demasiado, ¿sabe?

—¿Estaba casado? ¿Tenía hijos?

—No. Estuvo a punto de casarse una vez, pero no sé por qué, al final no salió. Se llamaba Christine, una chica estupenda. Pero de la noche a la mañana, se separaron.

—¿No tenía visitas?

—Pues no. Vamos, creo que no. Pero como su entrada está un poco apartada de las otras, tampoco lo veía bien, pero creo que no.

—¿Hace cuánto tiempo que vivía aquí?

—¿Desde cuándo? —preguntó el anciano rascándose la cabeza—. Pues… desde siempre. Se quedó después de la muerte de sus padres. Gente como Dios manda. Nosotros construimos poco después que ellos, y eso fue en el 69. Hablábamos bastante, pero tras la muerte del Jacques, las mujeres quedaban entre ellas. Y mis hijos eran más pequeños, así que no andaban con el pequeño Rémi. Bueno, digo pequeño, pero era mayor, ya iba a la universidad. Un chico serio, todo el día con la cabeza entre los libros. Su madre se pasaba la vida diciendo, mi pobre Rémi se va a dejar los ojos… Como le dije, cuando murieron se quedó en la casa…

—¿Y eso cuándo fue?

—¿Qué cuándo murieron? Pues… ya no me acuerdo… Ah, sí, el Jacques, su padre, murió en el 76. Un cáncer de pulmón. Trabajaba para El Este Republicano, creo que corregía las faltas de ortografía de los periodistas. Y ni siquiera fumaba… anda que no es eso una faena ni nada… Sí, fue el 76, el año de la lotería. ¿Usted juega?

Andreani negó con la cabeza, sonriente.

—Yo tampoco. Y lo más gracioso es que me trago cada semana la retransmisión en la televisión… Vamos, que fue el año del primer sorteo… Pocas semanas después, murió. Su mujer, dos o tres años más tarde, pero no sé de qué.

—¿Ella trabajaba también?

—No. Vamos, no que yo sepa. Sus labores, como suele decirse.

—¿Se acuerda usted del día del incendio?

—Pues no. Ese día estaba en casa de mi hermana. Vive en

Auxerre. Y cuando volví, ya hacía varios días que se había quemado.

—¿Sabe usted quién vino tras el incendio?

—¿Quién? Pues no, y ese es el problema…

—¿Por qué?

—¿Pero ha visto usted el estado? Está todo abierto de par en par. Van a entrar los bichos, incluso puede que los drogadictos. Hay que hacer algo, eso no puede quedarse así. Al principio llamé varias veces a sus colegas. Y cada vez me respondían que se iban a ocupar, pero hasta hoy…

Andreani prometió encargarse, sin saber muy bien quién se ocuparía. Como Rémi Fournier no tenía herederos, el Estado había guardado en depósito sus pertenencias y se quedaría con la sucesión. Esos procesos duraban años, hasta el punto de que los bienes se deterioraban y acababan perdiendo todo su valor.

Se disponía a volver a la brigada cuando se acordó de las palabras del vecino: todos los domingos, sin excepción, Rémi Fournier iba a misa.

Se dijo que había olvidado preguntar el nombre de su parroquia.

Sacó un viejo callejero de Nancy de la guantera del coche y buscó la lista de las iglesias: el Sagrado Corazón estaba sólo a unos pasos. El Volvo arrancó con una tos de fumador. Aparcó delante de una construcción de principios del xx. Unas torres orientales ofendían la simplicidad de los arcos neorrománicos. Bajo ellos, un incongruente pórtico gótico representando el juicio final coronaba la fachada. Se acordó de Santa Cristina, de la sensación de paz que había vivido en la capilla, y se sorprendió al evocarla con nostalgia. Se dirigió hacia el lado izquierdo del edificio, empujó el picaporte, tuvo que inclinar la cabeza para entrar y pensó que probablemente era el efecto buscado.

La nave estaba en penumbra y la única luz del lugar entraba por las vidrieras coloreadas. Una anciana se ocupaba de cambiar los cirios ante al altar. Le preguntó si sabía dónde encontrar al sacerdote. No le respondió, pero apoyándose en un bastón se alejó renqueante hacia la sacristía, donde desapareció. Se dedicó a

observar inmóvil las partículas de polvo bailar en los rayos de luz que atravesaban la nave de lado a lado. Una voz le sacó de la contemplación.

—Buenos días, hijo mío. Soy el padre Bruno. ¿Qué puedo hacer por usted?

Tuvo dificultades para ordenar sus ideas. ¿Era por el olor de las velas, del incienso o del papel de Armenia? ¿O era el frío que sentía bajo esa luz espectral? ¿A lo mejor la voz aterciopelada del sacerdote? Se presentó y le explicó la razón de su visita.

—Conocía al señor Fournier, sí, claro que sí. Aunque no puedo decirle mucho más aparte de que era de una asiduidad al culto rara en nuestros días. Me enteré del incendio cuando llevaba dos semanas sin acudir a misa. Estaba preocupado y fui a su casa. Su vecino me contó el terrible accidente. Descanse en paz.

El sacerdote no tenía más que añadir. Le dio las gracias y se dirigió a la salida cuando las notas de un órgano resonaron en la nave. Reconoció los primeros acordes de la Fuga de Bach. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con la mirada exorbitada de un demonio aplastado bajo el pie de un ángel vengador esculpido en un capitel. Sobreponiéndose al sentimiento de opresión que sentía desde que entró a la iglesia, se obligó a volver sobre sus pasos. No podía irse así; no había sacado nada en limpio de la casa, del vecino. Y no podía explicarse qué podía haber llevado a Rémi Fournier a sentarse cada domingo bajo la mirada de un Satanás amenazador. ¿Era eso la fe? Alcanzó al sacerdote cuando entraba en la sacristía.

—Perdone, pero tengo una pregunta más. ¿Qué sabe usted de la situación familiar del señor Fournier?

—¿Su situación familiar? No sé a qué se refiere.

—A sus padres, por ejemplo.

—No sé mucho, la verdad. El señor Fournier era una persona muy reservada y discreta. Sólo sé que sus padres murieron y… Bueno, era una familia que estaba muy unida. Fue una gran ayuda para ellos, sobre todo para su madre, cuando su padre fue llamado por nuestro Señor.

—¿No estaba casado?

—No.

—¿No? —insistió Andreani.

—Mire, mi trabajo es ocuparme del alma de mis feligreses. Y lo que me cuentan se encuentra bajo secreto de confesión. Así que, si no tiene ninguna pregunta más…

Andreani negó con la cabeza.

—Entonces me perdonará. El alma de nuestro hermano Rémi ha encontrado la paz. Ojalá la encuentre usted también, hijo mío.

Se precipitó hacia la salida a la búsqueda de aire y de luz. Franqueó la puerta y se topó con el cielo gris y la niebla de la calle. Tiritó. Miró la hora, pasaban unos minutos de las doce. Sentía un frío que no tenía nada que ver con el tiempo. A lo mejor eran esas vidas grises, la casa vacía, el vecino solitario angustiado por el parqué, la iglesia y el cura con su «hijo mío», el tiempo o incluso la mala noche que había pasado.

Conocía un buen remedio para ese estado de ánimo. Se montó en el coche y se dirigió a la calle Raugraff.

11

Laxou, junio de 1973

El 4L amarillo de correos se paró en la calle de los Cartujos. El cartero se apeó, se acercó a la entrada y dejó caer las cartas en el buzón, que se cerró con un ruido metálico.

Rémi se levantó, se puso la bata, abrió la puerta principal y sintió el aire fresco de la mañana de verano entrar en la casa. Salió y cogió el correo; unas revistas publicitarias, un periódico de anuncios por palabras y unas cartas. Sintió un escalofrío, el aire era más frío de lo que parecía. Dejó el correo encima de la mesa y se dirigió al cuarto de baño.

Cuando salió, su madre estaba sentada a la mesa de la cocina.

—Buenos días, mamá —dijo inclinándose para besarla.

—Buenos días, tesoro —respondió su madre con una voz entrecortada.

—¿Estás bien? —La mujer no contestó—. Dime, ¿hay algo que va mal?

—Siéntate —le respondió.

Nunca, hasta hoy, habían encontrado la fuerza o el valor. Pero había llegado el momento en el que ya no podían callar. El día que su marido y ella habían temido durante años.

Sin decir una palabra, la mujer le alargó una carta. Sus ojos fueron de su madre al sobre y aun antes de leer su contenido supo que se trataba de algo malo. ¿Podían ser los resultados de los análisis que le habían hecho a su padre la semana pasada? No, el sobre no estaba abierto. ¿Entonces qué? Examinó el rectángulo blanco con atención.

—Pero mamá, si es sólo una carta de la Agencia Tributaria, no es

nada.

—Nosotros… no deberíamos haber… jamás…

—Mamá, para —dijo rasgando el sobre—. Sólo es un aviso por un pago retrasado. Te has olvidado de pagar algo, pero no es nada… Y la cantidad es ridícula.

—La carta es para ti, Rémi.

—¡Pero si estoy todavía en la universidad y no tengo nada a mi nombre! Se han equivocado, eso es todo. No hagas una tormenta en un vaso de agua, mamá. Mira, voy a llamar para regularizarlo lo más rápido posible.

—No, Rémi, no se han equivocado —contestó, los ojos llenos de lágrimas.

—Pero mamá, ¿qué te pasa?

Nunca había dudado de su amor, pero, a pesar de ello, supo que era la última vez que la llamaría mamá. No se lo perdonaría jamás. Después de veintiún años se convertirían en Jacques y Micheline Fournier.

Miró bien la carta y la leyó con atención.

—Pero ¿qué es esta historia de impuestos sobre bienes inmuebles? ¿Desde cuándo tenemos una segunda residencia? ¿Hemos heredado algo?

Su madre levantó los ojos, enrojecidos por el llanto.

—Nosotros no. Tú, Rémi.

12

Nancy, 2016

El bar, normalmente tranquilo, estaba lleno a rebosar.

—Está usted al completo —saludó Andreani al dueño, acercándose a la barra.

—No me hable, ¡esto es un desastre! En serio… Desde que publicaron la reseña recomendándonos en Le Figaro, no tengo un minuto de paz. Supongo que otros se alegrarán, pero yo no. ¡Mire a su alrededor, mire!

Observó a la clientela y comprendió lo que le molestaba al Serio. Un tipo gritaba al teléfono sin importarle si le oían o no. Tenía el baño atascado y el cabrón del fontanero no había llegado. Al fondo de la sala, una pareja fotografiaba por separado los platos que acababan de servirles para publicarlos en sus teléfonos. Recostado sobre uno de los bancos de cuero, un crío jugaba en su aparato. Y detrás de él, un hombre con auriculares embutidos en las orejas engullía su plato a toda velocidad.

—El precio del éxito —dijo amargamente el policía.

—Créame, no voy a aguantar esto mucho tiempo. No estamos en el tiempo de los godos. A partir de mañana voy a prohibir esas cochinadas en mi local, les guste o no. ¡Abusus non tollit usum! —explotó Timonier alejándose para cobrar a un cliente que levantaba tímidamente la mano para llamar su atención.

Apoyado en la barra observando el local, no la oyó llegar. Vestida con unos vaqueros negros y un jersey de cuello vuelto del mismo color, se acercó a él. Se arrancó una bufanda gris con un gesto seco y le preguntó con tono irritado:

—¿Está ya en el café o espera una mesa?

Giró el taburete hacia ella sin decir nada.

—Mire, se ha quedado una mesa libre. ¿Me acompaña?

Andreani no estaba seguro de querer sentarse con ella ni con nadie, pero no quiso ofenderla. Inmediatamente se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Le pasa algo?

Francesca no disimuló su sorpresa. Notar ese tipo de detalles no era habitual en el teniente.

—¿Qué le hace pensar eso, Philippe?

—Perdone, no quería…

—No, no es indiscreción por su parte. Sólo que… ¿se nota tanto?

Andreani la observó detenidamente.

—Por una vez, es usted como un libro abierto.

Y sí, tenía necesidad de hablar. Empezó a contar, sincerándose por primera vez con él. Andreani intentó disimular su asombro. Se había pasado la mañana deambulando por los pasillos de la brigada, preguntando a los policías si habían recibido su mensaje, repitiéndoles que su oficina estaba siempre abierta, que no dudasen… En vano. La habían rechazado, ignorado. Nadie tenía tiempo para esas gilipolleces, como le había soltado uno de los policías de turno sin ni siquiera mirarla. Y ella que había pensado que tras el suicidio de Bardel los policías sentirían la necesidad de hablar.

Era justo lo que le había querido ahorrar.

—Lo de Bardel fue un asunto privado, Francesca. Perdió el control, eso es todo. Y era cosa suya. No va a encontrar a nadie en la comisaría que lo quiera comentar con usted.

—¡Pero esa es justo la razón de mi presencia aquí! Entender por qué algunos de sus compañeros pierden el control, como lo llama usted. Y no acabo de comprender ese mutismo sistemático, ese silencio… ¡Me ignoran! Tengo la impresión de ser completamente inútil, es más, la sensación de ser transparente.

—Al final, va a ser usted la que va a necesitar un psicólogo… —bromeó Andreani.

Francesca rio y se excusó, avergonzada de haber estallado así.

—Sí, tenía usted razón. No es tan fácil como pensaba. ¿Y usted? —dijo cambiando de conversación—, ¿el aterrizaje ha ido bien?

Con turbulencias, tuvo que reconocer. Le contó su paso por la iglesia, la atmósfera oprimente del lugar, la voz turbadora del sacerdote y los demonios de piedra que seguían a los visitantes con la mirada.

—¿Usted, en una iglesia? Se está convirtiendo en una costumbre… ¿A la búsqueda de la inspiración divina?

—Francesca, la sotana y yo… No, es por un caso que nos acaba de caer entre las manos. Un notario muerto en su casa; he pasado por allí para hacerme una idea.

—¿Hacerse una idea de qué?

—La verdad es que ni yo lo sé… Y, además, la casa estaba vacía.

—¿Los herederos?

—El Estado. Si no hay sucesores, el Estado se convierte automáticamente en beneficiario y los bienes se acumulan en el guardamuebles. Tengo que pasar por ahí esta tarde… —Una idea le atravesó el cerebro—. ¿Está usted libre después de comer?

Francesca sacó su agenda y la consultó.

—La verdad es que no hacen cola ante mi puerta. —Comprobó consternada—. No tengo ninguna cita, así que estoy libre el resto del día…

—Muy bien. Puede que incluso tenga un cliente para usted. Déjenos comer y después vamos a decirle hola a Marcel.

13

—¿Por fin llega el relevo? ¿No han encontrado a nadie mejor que a ti, Andreani? Bueno, no es que me extrañe, con lo que se cuenta por ahí…

—No sueñes, Marcel. Para ti no hay relevo que valga, estás a perpetua, te recuerdo. Francesca, le presento a Marcel.

El funcionario desnudó a la psicóloga con los ojos.

—Cierra la boca, Marcel, que se te va a caer la baba.

—¡Vete a la mierda, Andreani! —ladró el otro—. ¿Qué coños quieres?

—Rémi Fournier. El inventario de la casa de Laxou.

—¿Te han tocado a ti los expedientes de Moret? Pues llegas bien, ese gilipollas me ha dejado toda su mierda tirada y no sé qué hacer con ella. ¿Qué hago? ¿La devuelvo, la tiro o la quemo?

El guardamuebles hacía honor a su nombre. Todos los elementos de algún valor, ya fuesen joyas, aparatos electrónicos, dinero o incluso drogas, se guardaban en un armario blindado y vigilado continuamente por cámaras de vídeo. El nombre venía por las jaulas y los pasillos del hangar, atestados de muebles y de los elementos más variopintos, que hacían del lugar un trapero de Emaús.

—Está en vías de ser archivado —le aseguró Andreani—. Los sucesores no tardarán en hacerse cargo de los bienes. ¿Tienes la mano?

—Sí, claro, los sucesores… Encima te crees que soy gilipollas.

—Creo que eres gilipollas, Marcel. Venga, suelta la mano —insistió.

—Al fondo a la derecha —señaló Marcel entregándole la lista de los bienes recuperados según la terminología oficial: «bajo mano de la justicia».

Saltó por encima de una alfombra enrollada que cortaba el paso, evitó un aparador y abrió la jaula 2c. Como indicaba la referencia enganchada en la puerta, se trataba de los enseres de Rémi Fournier. Una televisión de tubo catódico, un sillón reclinable de pana marrón gastado en los reposabrazos, un perchero de madera al que le faltaba un brazo, torres de libros, una mesa de comedor de patas gruesas, figuritas de porcelana, jarrones decorados con motivos florales, un reloj de cerámica de Lunéville. «Yo, que soñaba con poesía, con trenes nocturnos y arena caliente…». Para la poesía, habría que esperar.

Sobre un sofá habían colocado dos cajas de mudanzas. Una de ellas había reventado, dejando caer su contenido al suelo. Bolígrafos, un par de gafas de lectura, una agenda, una grapadora. Carpetas repletas de facturas, algunos discos de música clásica (unas grabaciones sin interés, juzgó Andreani, echándoles un rápido vistazo). Abrió la segunda caja: casetes, unos cascos de los años setenta y una estatua de la Virgen de plástico procedente de Lourdes made in China. Todo de una banalidad que confirmaba la impresión que había tenido en la vivienda de Laxou. ¿Quién había sido Rémi Fournier? ¿Podía su vida resumirse en ese montón de trastos? ¿En el expediente mal llevado que todos parecían ansiosos por archivar?

Perdido en sus pensamientos, empezó a jugar con las patillas de sus gafas. Archivar el caso, sí. Acabar con el trabajo de Moret, pero de una manera limpia. Por lo menos eso se lo debían a ese tipo.

—¿Objetos de valor? —preguntó en el mostrador de la entrada.

El guardián lanzó un suspiro, dejó la revista que estaba leyendo en la mesa y se acercó a las estanterías que cubrían la pared. Murmurando unas palabras incomprensibles, volvió con un cajón de metal que colocó sobre el mostrador.

—Aquí tienes la morralla… —le soltó antes de volver a concentrarse en su crucigrama.

Se apartaron del mostrador y abrieron la caja. Empaquetados en bolsas de plástico encontraron un anillo de pedida adornado por un pequeño diamante y un nombre —Christine— grabado en su

interior, un servilletero plateado, un reloj chapado en oro que se había detenido justo a las once, un rosario nacarado y una cajita lacada en rojo decorada en marquetería con un ave que levantaba el vuelo.

Francesca cogió la caja y la abrió. En su interior reposaba un cilindro plateado sobre una almohadilla de terciopelo burdeos. Lo acercó a la luz; estaba grabado con motivos que reconoció sin dificultad.

—Philippe —susurró.

Andreani se giró y se inclinó sobre el objeto que le tendía la psicóloga. ¿Cómo podía haber llegado un objeto así a las manos de Rémi Fournier? No era el tipo de cosa que se recibía como regalo ni que se compraba en un rastro o anticuario.

Francesca depositó el cilindro en su mano. Andreani le echó una mirada rápida a Marcel, que seguía inclinado sobre su revista, y se lo guardó en el bolsillo.

El resto del registro no ofreció sorpresas, cerraron el cajón y lo depositaron encima del mostrador.

—¿Habéis acabado? Entonces, ¿qué hago con todo esto?

Andreani evitó la respuesta y prometió que volvería en cuanto cerrase el expediente. Acostumbrado a escuchar promesas vacías, el funcionario masculló unas palabras malhumoradas y volvió a su crucigrama.

—Antes de iros, un sinónimo de duda, seis letras. Empieza por la s. Llevo atascado ahí desde esta mañana…

Unas finas arrugas aparecieron en la frente de Andreani. Francesca sonrió.

—Sombra —dijo—. La sombra de la duda.

14

Lagny, enero de 1942

Los antiguos muros de piedra rezumaban humedad. Un estrecho ventanuco dejaba entrar un débil rayo de sol de invierno. La cabeza inclinada, las manos cubriéndole la cara y los codos apoyados en una mesa de roble, la abadesa del convento de las clarisas de Lagny reflexionaba. Tras unos largos minutos se decidió a romper el silencio.

—Comprendo su problema, pero es del todo imposible. Si alguien descubriese la presencia de su hija entre estos muros, pondríamos a toda la congregación en peligro, y no puedo correr ese riesgo.

Isaac Silberman sabía desde el principio, antes incluso de haber tomado la decisión, que no podría contar con la compasión de la madre superiora.

—Sarah, nuestra hija, no está registrada —dijo—. Cuando se realizó el censo de nuestra comunidad y tuvimos que presentar nuestros documentos, no la inscribimos. Como acabábamos de llegar del campo, nadie se dio cuenta. Y por supuesto, cubriríamos todos los gastos de su estancia aquí. Doscientos mil francos, dijo al mismo tiempo que abría una cartera de cuero que puso sobre la mesa. Debería ser suficiente para cubrir los gastos durante el tiempo que debamos ausentarnos.

El rostro de la religiosa se mantuvo pétreo.

—¿Quién sabe lo que puede durar esta situación? Una niña de esta edad es una carga. Y dadas las circunstancias, nos haría correr un riesgo enorme. ¿Qué haríamos si no volviesen? —preguntó secamente.

La suma era considerable, pero no parecía bastar para

convencerla. Isaac tendría que jugar su última carta.

—Mi hermano —aseguró sacándose un documento del bolsillo—. Tenemos bienes suficientes en el este. Aquí tiene su dirección y una carta explicando todo. Pagará, si nosotros… bueno, si la cantidad depositada no fuese suficiente. Y si…

El recuerdo de su hermano Jacob, del que no tenía ninguna noticia desde la anexión, hizo estallar la bola de angustia que le atenazaba el estómago. Los labios le empezaron a temblar, la vista se le volvió borrosa por las lágrimas que inundaban sus ojos. No delante de la niña, no delante de ella. Se tenía que controlar.

—Si lo peor ocurriese —dijo intentando dominar su voz—, él se hará cargo de todos los gastos. Pagaremos nuestras deudas. De una manera u otra las devolveremos. Se lo suplico, quédese con la niña —dijo, empujando la cartera con el dinero suavemente hacia la monja.

La abadesa posó su mirada sobre la niña que tenía enfrente. Unos ojos verdes iluminaban un rostro enmarcado por una cabellera de fuego controlada por dos trenzas que le llegaban hasta los hombros. Volvió la vista a los fajos de billetes que sobresalían de la cartera y bajó la mirada hacia la cruz que le colgaba del cuello.

—A partir de ahora te llamarás Madeleine —dijo dirigiéndose a ella—. Tienes que olvidar tu nombre y tu apellido. Serás una interna como todas las otras, y no debes contarle nada a nadie. ¿Has comprendido?

—Sí, señora —respondió la niña en voz baja.

—Sí, madre —corrigió secamente la religiosa.

Tuvo que separar los brazos de la pequeña, cerrados en un fuerte abrazo.

—Si mamá y yo no volviésemos, busca a tu tío. Y si no le encuentras, ve a ver al notario del pueblo. El notario, ¿me entiendes? —le susurró al oído antes de separarse de ella y alejarse a paso rápido sin volver la vista atrás.

Fueron las últimas palabras que le dirigió antes de desaparecer. Parecía enfadado. ¿O estaba triste? No lo sabría decir. Fue la última vez que se vieron.

Acabada la guerra, las monjas no sabían qué hacer con la niña. ¿Entregarla a la Asistencia Pública, cuyos centros estaban llenos a rebosar y en los que además les harían todo tipo de preguntas incómodas? Guerra o no, quedarse con la niña había sido una locura. Peor, el obispo ni siquiera había sido informado. ¿Quedársela hasta que un pariente viniese a buscarla? La madre superiora estaba indecisa. Había escrito a Eberviller, pero sus cartas no habían obtenido respuesta. Tras ello, se había dirigido a la Cruz Roja, pero tampoco ellos tenían noticias de la familia. Dada la situación y tras largas reflexiones considerando los pros y los contras, la madre superiora decidió ponerla a trabajar en la lavandería del convento. Así, hasta que unos parientes apareciesen, aprendería un oficio y cobraría un pequeño sueldo. Durante los cinco años que siguieron, seis días por semana, desde el amanecer hasta el ocaso, Madeleine no vio otra cosa del mundo que había recuperado la paz que los barreños de agua helada o hirviendo sobre los que se inclinaba y sumergía las manos devoradas por el almidón y la sosa para frotar trapos, sábanas o túnicas encharcadas de agua. El domingo, muerta de cansancio, seguía el rito de la misa obnubilada, recitando de manera mecánica los rezos que le habían inculcado para después pasearse por los pasillos del convento arrastrando los pies hasta la hora de la cena.

Cuando cumplió los veintiún años tuvo que elegir: ingresar en la orden o abandonar el convento. Con una carta de la madre superiora, un vestido demasiado grande para ella que una novicia había llevado antes de pronunciar los votos, un pequeño ajuar de ropa blanca y una cantidad de dinero equivalente apenas al sueldo mensual de un obrero, Madeleine atravesó el umbral que hacía nueve años había franqueado de la mano su padre y volvió a París. Su instinto la llevó a la antigua dirección en la que había vivido con sus padres, pero no tenía más que un recuerdo difuso del barrio en el que había pasado sólo unos meses. Todos los edificios se parecían, las entradas de las casas eran todas similares. Desorientada y asustada

por el movimiento y el ruido de una ciudad que no recordaba, comprendió su situación. Tenía que solucionar lo principal, encontrar trabajo y un alojamiento. Se refugió en una pequeña pensión, pero pronto se percató de que sus ahorros no le permitirían subsistir más que unas semanas. Encontró un trabajo de camarera en un hotel de la Rue du Pont Royal. No pagaban bien, pero el alojamiento estaba incluido en el sueldo. Cuando se instaló en la buhardilla que le habían asignado se sintió libre por primera vez en su vida. Por fin era dueña de su destino. ¿Quiso este ensañarse con ella? Así fue como Madeleine creyó las promesas del primer joven que la miró a los ojos con ternura y quedó embarazada. El gerente del hotel le comunicó que no podía mantener a una madre soltera a su servicio; su establecimiento tenía una reputación que mantener. A pesar de todo, no era un hombre cruel y le permitió quedarse hasta el nacimiento de la criatura.

Siguiendo los consejos de la comadrona que trajo al niño al mundo, fue al registro civil para inscribir al bebé. Fue ahí donde la dimensión de su problema se hizo patente. Aparte de un documento a nombre de Sarah Silberman caducado desde hacía años, no poseía nada que probase su identidad. El funcionario la escuchó pacientemente, pero no pudo ayudarla más que aconsejándole regularizar su situación a través de la de sus padres, para lo que se tendría que dirigir, dado su origen, a la Cruz Roja.

15

Nancy, noviembre de 2016

Salía ya de la brigada hacia su casa cuando Legast le llamó. Rezó por que el forense no hubiese descubierto nada fuera de lo normal.

Entró sin llamar.

—¡Hombre! Llega justo a tiempo de merendar, teniente. Acabo de sacar una tarta de manzana del horno, si quiere usted acompañarme…

Dudó un momento, sin saber si el forense hablaba en serio o no, pero no pudo reprimir un silbido de admiración al ver la máquina de café ante la que se afanaba el forense.

—Bella macchina… Va a poner al Serio celoso con ese invento.

—¿Qué quiere? Si encima tengo que beber un café asqueroso, este oficio pierde definitivamente todo interés. Pero tiene usted razón, cuando los ingenieros alemanes exprimen el genio italiano, se raya la perfección.

Un olor de arábica torrefacto invadió el despacho.

—Bien, vamos a nuestro hombre… Unos sesenta años, complexión delgada. No creo que tuviera las mismas costumbres que usted, órganos en buen estado excepto los pulmones, un poco chamuscados. Algunos problemas vasculares, pero nada extraño a su edad. ¿Cómo anda usted en materia de incendios? —preguntó el médico tendiéndole una taza.

—Estoy descubriendo un nuevo mundo, así que no dude en ampliar mi saber.

—Ya sé que es complicado, pero voy a intentar explicárselo de manera que lo entienda…

—Legast.

—Vale, vale… Bien, durante un fuego el oxígeno circundante se consume debido a la combustión de los materiales. En un lugar cerrado, como una casa o piso, la caída puede ser muy rápida. Hay veces que pasados unos minutos la falta de aire provoca problemas motrices que impiden a la víctima escapar o reaccionar de manera correcta. ¿Me explico bien? Lo siguiente es una depresión del sistema nervioso central, hasta que la víctima entra en coma y los problemas cardiovasculares se agravan. Digamos que a partir de un momento se es incapaz de reaccionar, se cae uno y muere.

—Bien. Me considero más instruido. ¿Y Rémi Fournier?

—Ahí voy. El monóxido de carbono se fijó en la hemoglobina de la sangre, provocando una hipoxia.

—¿Una hipoxia?

—Para usted, la cantidad de oxígeno de la sangre que desciende hasta un punto que lleva a la muerte.

—¿Y no hay dióxido de carbono?

—Sí, pero sin que juegue un papel muy importante en el caso que nos ocupa, aunque esté muy concentrado. Pudo acelerar la muerte, pero la presencia de hollín en las vías respiratorias, de diversos ácidos y cianuro…

—¿Cianuro?

—No se embale, Sherlock, que no han envenenado a su cliente. El cianuro proviene de la combustión de algunos plásticos presentes en la habitación, de nada más. Si me pregunta, me decantaría por un infarto de miocardio seguido por asfixia. El cráneo presenta una fractura en el hueso occipital, seguramente fruto de la caída provocada por el infarto. Pero esta no le hubiese causado la muerte. Estaba vivo cuando se quemó. Inconsciente, por suerte, pero vivo.

—¿Está usted seguro en cuanto al golpe del cráneo?

—Me imagino lo que está pensando, pero esta vez, respecto a las causas de la muerte, no hay nada sospechoso. La piel está quemada en un alto porcentaje, aunque es más espectacular que otra cosa. Los órganos estaban en buen estado y las radiografías lo han confirmado. Muy probablemente un infarto, pierde el conocimiento, cae el suelo y se asfixia por el humo. No sé qué más puedo añadir por mi parte,

pero dada la urgencia que parecía correrle, creo que deberíamos contentarnos.

Andreani suspiró aliviado. Iba a poder cerrar el expediente de Rémi Fournier.

—¿No está usted tranquilo? —le preguntó el forense.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué no lo iba a estar?

—Sus muecas. ¿O es mi café, que no le gusta?

—Son unos calambres que tengo en el estómago, en la tripa, vamos. Vienen y se van.

—¿Y qué tal si fuese al médico?

Andreani le lanzó una mirada asesina.

—Vale, vale, no he dicho nada… Cambiando de tema, aquí tiene las preguntas para su alter ego —añadió sin ocultar su preocupación.

—La esperanza… —comenzó Andreani.

—Es lo último que se pierde. Ya lo sé.

—La suerte está echada, pero va usted a conseguir limar un poco los ángulos, ¿verdad?

—Con una sierra eléctrica, a lo mejor.

Hojeó en el aparcamiento las cuartillas que le había dado Legast y comprendió su escepticismo. Correr cien metros en menos de catorce segundos, cuatro largos de piscina, veinte minutos corriendo… Los doce trabajos de Hércules para Couturier. Las apuestas debían estar a cien contra uno. Arrancó.

Un paquete esperaba ante la puerta de su casa. Había viajado durante dos semanas desde Japón. Sonrió al rasgar el sobre. *The Lost Session* no se había perdido otra vez en el correo como se temía. El 20 de junio de 1968, justo el día de su nacimiento, el pianista Bill Evans estaba en compañía del contrabajista Eddie Gómez y del batería Jack DeJohnette en un estudio de grabación en lo más profundo de la Selva Negra en Alemania. A saber qué se les había perdido ahí… La cuestión es que el trío había conseguido una grabación mítica, excepcional, que se creía desaparecida para siempre.

Los vinilos le quemaban entre las manos. Buscó las llaves, abrió la puerta, se quitó el abrigo y los zapatos y encendió la cadena.

Arrancó el envoltorio, lo dejó caer al suelo, sacó uno de los discos y lo puso. Subió el volumen. You Go to My Head. Se sirvió una copa de vino y se dejó caer en el sillón.

Berthaud le había enviado un mensaje, su reintegración había sido aprobada. Francesca había emitido un juicio favorable sin esperar ni siquiera a la última cita que tenían pendiente. El comisario no había disimulado su alivio.

El caso Fournier estaba casi cerrado, su reintegración en marcha. Todo iba bien, aunque Detravers seguro que encontraría alguna manera para joderles. Y a pesar de todo, no conseguía alegrarse. Dejó la copa en la mesa, se levantó, subió el brazo del tocadiscos y lo colocó al principio de la pieza.

What Kind of Fool Am I? Cerró los ojos, se concentró y los volvió a abrir. El contrabajo. Eddie Gómez, un músico fabuloso. Pero Eddie Gómez no era Scott LaFaro. No era una cuestión de técnica, ni de interpretación, pero la alquimia que unía al pianista con LaFaro no estaba presente en esta actuación. Andreani hubiese dado varios años de su vida por haber estado presente el 25 de junio de 1961 en el Village Vanguard, un club de jazz de Nueva York. En cinco sets, el trío, tocado por la gracia divina, había creado una obra capital, íntima y conmovedora, sólo comparable al Kind of Blue de Miles Davis en el panteón del jazz. Ese domingo, Scott LaFaro se había tuteado con las estrellas para diez días más tarde acudir a su encuentro de manera improvista, dejando a Evans a la deriva durante dos largas décadas de improvisaciones que acabaron con él tan eficazmente como los cigarrillos que fumaba en cadena y la heroína que consumía. Sin ninguna duda, el suicidio más largo de la historia.

Sí, la interpretación de Eddie Gómez le aburría. ¿Pero era eso lo que le impedía relajarse? Miró su colección de vinilos y se los imaginó en el guardamuebles, desperdigados por el suelo tras haberse salido de una caja reventada. Durante unos segundos creyó ver el rostro de Bardel ante sí. Y tras él, borroso y difuminado, el de Rémi Fournier que parecía mirarle a través de un cristal empañado. La casa, el frío, la humedad. El olor a orines. Una descarga eléctrica

le recorrió la espalda. ¿Y él? ¿Qué dejaría él tras sí? ¿Qué quedaría en sus cajas? ¿Viejos vinilos rayados, cubiertos de polvo, que un policía juzgaría sin interés y que acabarían en la basura? Aunque estaba todavía en la morgue, ya hacía seis meses que habían enterrado a Rémi Fournier. Olvidado desde el mismo día de su muerte. Archivado. Se frotó los ojos y se dijo, a sabiendas de que no iba a conseguir conciliar el sueño, que debería acostarse.

16

París, 1952

—¿Con una o dos enes en el apellido? —preguntó, impaciente, el encargado.

—Una sola —respondió ella tímidamente.

Sarah llevaba cuatro horas esperando su turno ante la puerta de las regularizaciones mientras mecía a Isaac entre sus brazos. Hacía un calor sofocante en el hangar.

—¿Los encuentra? —dijo nerviosa.

El empleado ignoró la pregunta.

—¿Apellidos de los abuelos? —respondió de una manera casi inaudible.

—¿Perdone?

—Apellidos de los abuelos —repitió exasperado—. Necesito más datos, si quiere encontrar a su familia. Es un nombre muy común, no parece usted darse cuenta de ello.

—Un momento —respondió mientras buscaba en su bolso. Sacó una hoja que desdobló sobre la mesa.

—¿Originarios de?

—Eberviller, creo —contestó avergonzada.

El hombre enarcó las cejas y la miró irritado.

—¿Cómo que cree? No vamos a llegar muy lejos si seguimos así, señora. ¿No tiene ningún dato más? Una fecha y un lugar de nacimiento, por ejemplo.

—Sí, sí, claro —se apresuró a contestar—. Mi tío nació el 21 de octubre de 1905 en Eberviller, Mosela —recitó mientras leía de la hoja que reposaba sobre la mesa.

—¿Busca usted a sus padres y me da la fecha de nacimiento de su

tío? —preguntó el funcionario asombrado.

¿Cómo explicarle que el documento que acababa de sacar era el único testimonio que su padre le había dejado cuando la llevó al convento que la ocultó durante la guerra? ¿Cómo explicarle que, fruto de la tristeza y la desesperación, lo único que le quedaba de sus padres era un recuerdo borroso? Que sus rostros comenzaban a desvanecerse, que los recuerdos que guardaba eran cada vez más inciertos y las impresiones más difusas. El bebé entre sus brazos se echó a llorar.

El hombre suspiró, mascullló unas palabras y empezó a buscar entre las tarjetas de cartón de un fichero.

—¿Jacob? —preguntó pasados unos instantes.

—¡Jacob!

—Sí, hay un Jacob Silberman, nacido el 21 de octubre de 1905 en Eberviller, de padre Aarón y madre Hannah, de soltera Rabiewicz.

—Hannah era mi abuela.

—Pues parece que concuerda, ¿no? Tengo que compr…

Le interrumpió, el rostro iluminado por la esperanza.

—¿Está vivo?

—No se lo puedo decir. Su nombre no está en la lista del ejército ruso.

—¿Del ejército ruso?

—Son ellos los que liberaron ese campo. Y no encontraron más que siete mil supervivientes. El nombre de su tío no está en su lista.

—Quiere decir… que… que está…

—No puedo confirmar nada, señora. Pero dada la situación, pasados diez años sin señales de vida, está muerto según la ley. Fueron muy pocos los que volvieron de esos campos. Lo siento.

—¿Y… mis padres?

El empleado de la Cruz Roja dejó el lapicero encima de la mesa y la miró receloso.

—Señora, comprendo que la pregunta sea desagradable, pero forma parte de mi deber. Los casos de usurpaciones de identidad son, desgraciadamente, muy frecuentes, y no comprendo cómo ha tardado usted tantos años en decidirse a buscar a sus padres.

—¿Perdone? —contestó Sarah sin comprender lo que insinuaba el hombre.

—Mire, señora. Es en el interés de las familias. Comprenda que el documento que me presenta no me permite confirmar que es usted quien afirma ser. Las informaciones que me da son incompletas, así que permita que dude. Necesito una prueba más fiable que su documento de identidad caducado. En caso contrario, tendré que poner en marcha el proceso habitual para los casos dudosos.

Era inútil volver a contar la historia como lo había hecho en el registro civil. Las únicas pruebas que podía presentar eran las cartas que le había dado la abadesa del convento de Lagny. Sacó los pliegos de su bolso y se los tendió.

—Comprendo —dijo el funcionario cuando acabó de leer—. Perdone, no quería reavivar en usted recuerdos tan dolorosos, pero tenemos tan poca información y tantas peticiones… Respecto a sus padres: no tengo fichas de ellos, pero sus nombres sí que se encuentran en el registro del campo de Drancy en julio de 1942, así como una fecha de traslado de noviembre del mismo año hacia el campo de Auschwitz. Y desgraciadamente, ni su padre ni su madre se encuentran tampoco en la lista del ejército ruso. Lo siento mucho.

—¿No puede haber un error? ¿Está completamente seguro?

—Lo siento. Es lo mismo que comunicamos a las otras personas que indagaron sobre el paradero de su tío.

—¿Otras personas? ¿Qué otras personas? Soy hija única y mi tío no tenía familia. ¿Quién ha podido indagar acerca de mi familia?

—Un momento —contestó el funcionario pasando las cartulinas dentro del fichero—. Aquí lo tengo. Hace unos años, el convento de las clarisas de Lagny. Y hace unos meses, un notario por un asunto sucesorio. El señor Jouffroy, notario de Eberviller.

Las últimas palabras que le había dirigido su padre antes de dejarla en el convento le volvieron a la mente. «Si mamá y yo no volviésemos, ve a buscar a tu tío. Y si no lo encuentras, ve a ver al notario del pueblo». Entonces, Sarah no había comprendido a lo que se refería su padre. Pero hoy sus palabras estaban cargadas de sentido.

—Perdone, pero hay gente que espera. Vaya usted por el pasillo principal hasta el final del hangar.

Su voz sonó mecánica, y recitó las instrucciones maquinalmente, como si quisiese poner la mayor distancia posible entre el dolor de la joven y su persona.

—Encontrará la oficina del registro civil. Pasados los diez años le expedirán un certificado de defunción, así como un certificado de filiación. Estos papeles le permitirán poner en marcha los procesos administrativos para reivindicar sus derechos.

Sarah recuperó sus documentos, los dobló cuidadosamente y los metió en su bolso. Se colocó la falda y buscó con la mirada la oficina que le había indicado el empleado.

—Al fondo a la derecha —dijo señalando una puerta con una pintura verde desconchada—. Y si me lo permite… —Sarah se volvió hacia él—. Comprendo su dolor, pero desde un punto de vista, tiene usted suerte. Sí, suerte. Mire toda esa gente a su alrededor. ¿Sabe cuántos de ellos no recibirán ninguna respuesta? Usted por lo menos ha encontrado la pista de sus seres queridos. La mayoría de ellos no sabrán jamás qué ha sido de sus padres, hermanos o incluso hijos. Jamás.

En el registro civil inscribió a su hijo como Isaac Silberman.

Pasaron los meses y los documentos oficiales tardaban en llegar. Encontrar un trabajo con el bebé parecía tarea imposible. Isaac iba a cumplir cinco meses cuando por fin recibió el documento que hacía de ella la heredera de la familia Silberman. Le confió el niño a una amiga que había conocido cuando trabajaba en el hotel y fue a la estación del Este, donde sacó un billete de segunda clase a Metz. De ahí, cogería el autobús para llegar a Eberviller.

17

Nancy, 2016

—¿Estaba buena la cena de mamá?

Couturier levantó los ojos al cielo.

—¿Sabes lo que te dice mi madre, Philippe?

—Dudo que sea grosera…

—De vez en cuando eres gilipollas, lo sabes, ¿verdad? Pero verdaderamente gilipollas. Me hizo endivias con jamón.

Una vez a la semana, Couturier iba a cenar a casa de su madre y compartía invariablemente el menú al día siguiente con su compañero.

—Espero que te saltases el postre… Por cierto, esto es para ti —dijo Andreani tendiéndole las hojas que le había dado Legast—. Para el martes que viene, si es posible.

Couturier sobrevoló los documentos en diagonal con una rapidez que traicionaba su nerviosismo. Peso, tensión arterial, nivel de glucosa… Su rostro se quedó lívido.

—Pero ¿a quién coño le importa mi colesterol?

A medida que avanzaba leyendo se iba dando cuenta de lo que se le venía encima.

—¡Veinte minutos! Creo que la última vez que corrí fue en primaria…

—No te preocupes tanto, Laurent. Legast está acostumbrado a hacer malabarismos.

—Pero ¿cómo quieres que me arregle lo de la piscina?

De repente, Andreani se imaginó a Couturier chapoteando entre patitos de goma amarillos en su bañera y no pudo contener la risa.

—Lo que decía. Eres un gilipollas. ¿De qué nos sirve saber

nadar? ¿Cuándo hemos tenido que saltar al agua para ir a por un cliente, eh? ¿Tú acaso? ¡Jamás! Anda y lárgate antes de que me cabree de verdad.

Intentó ponerse serio y le pidió perdón a su compañero.

—No te agobies, Laurent, conozco a Legast. Si ha aceptado es que no todo está perdido —añadió antes de partirse de risa otra vez.

—¡Mierda! —gritó Couturier cogiendo un paquete de tabaco para irse a la jaula de fumadores—. Cuando se te pase el cachondeo me avisas para que podamos cerrar el expediente Fournier.

Andreani salió tras su compañero, se detuvo en la máquina de café y seleccionó la bebida favorita del otro.

—Café con leche desnatada y sin azúcar. Anda, no te cabrees.

—En serio, ¿qué quieres que haga si me suspenden? —preguntó Couturier, observando los estragos causados por los menús de mamá en su cintura.

Andreani no estaba preocupado. La policía nacional no prescindiría jamás de un tipo como Couturier. Estaba convencido de que crearían hasta una categoría aparte para podérselo quedar. En cuanto a él, no estaba seguro de poder decir lo mismo. Intentó reconfortarle.

—¿Conoces a muchos de nosotros a los que la Interpol venga a buscar para que den conferencias a la élite de la policía?

—No sé… Mamá me necesita. Con la pensión de viudedad no le llega, así que como me encuentre en el paro…

—No te agobies. De verdad que se puede confiar en Legast.

—Veremos… Por cierto, la Brigada Financiera acaba de mandarme el informe de Ravalet.

—Confirma, por favor, Laurent…

—Te confirmo. Nada fuera de lo normal. Nada, ni siquiera entre líneas. Limpio y claro, debía de estar sereno cuando lo redactó. Ni la más mínima duda existencial. Incendio accidental; las causas de la defunción deberán ser confirmadas por…

—¡Por el informe de la autopsia, que lo confirma! Venga, ya está. Le podemos enseñar la patita blanca a Detravers y me lo envuelves todo con una pequeña demostración de la «trituradora». Como no se

quede impresionado con eso…

La trituradora se basaba en probabilidades y estadísticas, pero también en el azar y en elementos aleatorios, así como en la teoría del caos, de la que Andreani no había entendido nada. Hacía unas semanas que Couturier, que había comprendido que la psicología le permitiría afinar los resultados de los algoritmos, trabajaba con Francesca para mejorar el sistema.

—A primera vista, no parece nada —dijo con falsa modestia—. La trituradora tiene en cuenta elementos que en un primer momento pueden parecer aleatorios o absurdos, pero que modifican algunos de los casos que he cogido como prototipos. Más de ochocientos expedientes resueltos de manera ilógica. Quiere decir que hay una lógica en lo ilógico, una razón en lo irrazonable, orden en el desorden…

Couturier y el Serio tenían una cosa en común, una vez lanzados no había quien los parase.

—Espera un momento, Laurent.

—Ya, ya sé que para el común de los mortales como tú todo esto resulta un poco…

Andreani tenía en mente la imagen de los discos de Rémi Fournier desperdigados por el suelo del guardamuebles.

—No. No se trata de tu artilugio ni de tus teorías, pero me gustaría asegurarme de que todo está en orden antes de plantarme delante de Detravers. Dudo que nos perdone una segunda metedura de pata.

—¿Pero no acabas de decir que todo estaba bien?

—Ya.

—¿Pero?

—Siento lo mismo que cuando al cerrar la puerta de casa, y aun estando seguro de haberlo hecho, no puedo evitar el volver a abrir y comprobar que he apagado el gas o la luz. Es más fuerte que yo. Un tic.

—No, eso es un toc. Un trastorno obsesivo compulsivo. Muy gracioso.

—¿Lo encuentras gracioso?

—Me pasa lo mismo. Cada mañana y cada noche.

Andreani miró fijamente a su colega, que no dijo nada durante unos instantes.

—Vamos entonces. Ven conmigo, que voy a poner en marcha la caldera —dijo Couturier, que no disfrutaba con nada más que haciendo una demostración de su invento.

Rémi Fournier tenía una biografía cristalina. Notario en el mismo despacho durante décadas hasta su jubilación, en enero de ese mismo año, soltero, sin hijos. Un ciudadano sin mancha, ninguna infracción, ningún juicio. La casa de Laxou sin hipoteca, una casa en Eberviller sin ninguna carga, una cuenta bancaria sin sorpresas, un fondo de inversión conservador y un Renault utilitario.

—Lo único que llama la atención es un retraso en un pago tributario en junio del 73.

—¿Una inspección fiscal?

—No, nada de eso. Sólo un retraso en el pago del impuesto de bienes inmuebles por la casa de Eberviller, en Mosela. Una residencia secundaria, me imagino. 124 francos de la época, o sea, nada. Aparte de eso, ni una multa de tráfico.

—¿Lo pagó?

—¿El qué?

—El pago retrasado.

—No tardó ni una semana. No puso recurso.

—¿Nada más?

—Nada de nada. No aparece en ningún sitio. Nada en la prensa, no era miembro de ningún club deportivo. De ninguna asociación y de ningún partido político. Lo único, una suscripción a La Cruz, pero que yo sepa, no es censurable.

—¿Rotario o similar?

—Vacío sideral.

—¿Y por el lado de la Iglesia?

—Un generoso donativo una vez al año, pero no lo suficiente como para que sea blanqueo de dinero… Voy a hurgar un poco más,

pero el tipo me parece limpio. Incendio accidental, se asfixia, pasamos página.

Andreani seguía sentado, las patillas de las gafas entre las manos, la mirada perdida.

—¿Y la residencia secundaria?

—¿Qué? ¿La casa de campo? —dijo Couturier rebuscando entre sus hojas—. Se lo pasamos a los de la Financiera.

Andreani hizo una mueca que su compañero no tardó en descifrar.

—Philippe, ¿qué quieres? ¿Ir a controlar si ha pasado el deshollinador antes del invierno? ¿O hay algo que no me has contado?

—¿Si añadieses una información al programa, tu trituradora podría establecer un vínculo entre nuestro tipo y esa información?

—Un vínculo... no estoy seguro de comprenderte bien, pero supongo que sí, si el vínculo existe, sí.

—Entonces añade la palabra «judío».

—¿Judío?

—No busques más.

—Sí, Philippe, sí. Hago justamente eso, buscar. Es mi trabajo. ¿Me escondes algo?

Andreani frunció los labios.

—¡Suéltalo ya! —ordenó Couturier.

Metió la mano en el bolsillo y depositó en la mesa el objeto que había sacado del guardamuebles. Couturier se lanzó a por él y lo observó detenidamente.

—¿Una mezuzá? ¿Esto es de Fournier?

—Lo encontré con sus cosas en el guardamuebles. Me pregunto qué coño pinta esto entre un rosario y la Virgen de Lourdes.

—Hombre, un poco de ecumenismo nunca va... Pero... ¿Has sacado un objeto de los precintados? —preguntó Couturier, que acababa de comprender.

Inútil intentar explicarse.

—Es sólo por eso. Quería asegurarme.

—Pero ¡joder!, no tenías que sacarlo. ¿Te imaginas si Detravers

se entera? ¿Estás tarado? Además, te recuerdo que en Francia está prohibido el almacenamiento de datos religiosos, así que no creo que encontremos nada. ¿De qué coño te va a servir?

Andreani se encogió de hombros mientras su colega le miraba, todavía asombrado.

—Mierda, vamos allá.

Tecleó rápidamente en el ordenador y al momento aparecieron los resultados: decenas de ellos.

—¿Todo eso? —preguntó Andreani nervioso.

—No te embales, es sólo la primera fase. Tengo que limitar la pertinencia. Imagínate que meto tu nombre y la palabra «conejo» al azar. Puedes aparecer en la zona verde de Leroy Merlin o en una carreta de la Love Parade. Tengo que filtrar, pasarlo por el colador. Y con un nombre tan común como el de nuestro cliente, quiero asegurarme de que se trata de él. Necesito un poco más de tiempo. Te mantengo al tanto, pero déjame decirte que la has cagado en esta historia.

Le dio las gracias a su compañero mientras este rumiaba algo incomprensible tras su flequillo. De camino a su despacho sintió la necesidad de salir al aire fresco. Se puso el abrigo, salió del edificio para cruzar la calle y bajó el canal hacia el parque de la Pepinière. Lloviznaba. Por Dios, no había parado un momento desde su vuelta. Miró el río. Unas bolsas de plástico se deslizaban sobre el agua oleosa. ¿Qué vida había llevado Rémi Fournier? Discreto y retraído, un reloj de cuco suizo, como decía su vecino. No, un reloj del Franco-Condado. Qué expresión más curiosa. ¿Por qué no se había casado nunca? ¿Por qué no había tenido hijos? ¿Por qué se había mantenido fuera de toda vida social excepto la visita semanal a la iglesia? Una existencia monacal, como si hubiese querido retirarse del mundo. Claro que, viviendo en la calle de los Cartujos… Comprendía y respetaba la lógica, pero no encontraba la razón. ¿Compartía la víctima con él la misma desilusión respecto a la especie humana? Andreani sabía lo que le había llevado a él a ese punto, estando su mirada orientada, debido su profesión, a lo peor de la raza. ¿Cuál había sido el elemento que había llevado a Rémi

Fournier a esa elección? Hasta ahora, Couturier no había encontrado más que un bache en esa vida lisa y sin sobresaltos, un simple retraso fiscal. Pero que eso le empujase a llevar una vida de eremita… No, eso no tenía nada que ver. Se acordó del anillo de pedida. Christine. ¿Por qué no se casarían? ¿Una ruptura, el corazón roto? Era una posibilidad. ¿Habría muerto? ¿Sus padres se opusieron? La desesperación sí que podía haber llevado a Fournier a llevar una existencia de recluso. Eso parecía lo más plausible. Un tipo tan creyente no se tiraría jamás al canal, pero… Se detuvo un momento a mirar la estela que dejaba una barcaza sobre el agua sucia. Fournier no había dejado ninguna traza tras de sí.

La curiosidad de Andreani tenía poco que ver con su trabajo y menos con la voluntad de meterse en la existencia de sus congéneres. Sólo intentaba comprender qué era lo que llevaba a la elección de una forma de vida, cuáles eran las decisiones que marcaban el resto de una existencia, tanto la propia como la de otros. Hasta ahora no había encontrado respuestas. ¿Nos sometemos simplemente a nuestro karma, programados desde nuestro nacimiento a una vida de sueño o una vida de mierda, gracias a la gran lotería cósmica? ¿O somos vapuleados por el azar, la suerte, la fatalidad o la providencia de manera aleatoria, sin ninguna lógica? Aunque, ¿no llevaban ambos principios a lo mismo? Sonrió: ¿y si al final, la trituradora de Couturier acabase con sus dudas existenciales?

Su teléfono vibró. Un mensaje lacónico de Couturier: mira tu correo.

18

Rémi Fournier, judío. La búsqueda había dado más de dieciséis mil resultados. Cuando para afinar el tiro Couturier añadió la fecha de nacimiento del notario, un resultado le llamó la atención. Un expediente de la Asistencia Pública de París. Contactó con la dirección de la infancia en el Ministerio de Asuntos Sociales y, tras explicar que investigaban la muerte del susodicho, el historial de Rémi Fournier, de tres páginas, aterrizó en su correo electrónico.

—Supongo que no te tengo que preguntar si estás seguro…

—Todo concuerda. El nombre, la fecha de nacimiento. Y el expediente de adopción tiene como dirección la casa de Laxou. No hay dudas posibles. Por cierto, su nombre original es, o más bien era, Isaac Silberman.

—¿Rémi Fournier, suscriptor de La Cruz, se llamaba Isaac Silberman?

Rémi Fournier fue adoptado a la edad de unos meses solamente. Su niñera lo entregó a los Servicios Sociales de París cuando llevaba varios días sin tener noticias de su madre, Sarah Silberman.

—¿Sarah Silberman?

—Sí, su madre biológica.

—¿Tienes algo del padre?

—Paradero desconocido… Isaac estaba inscrito como hijo natural.

—¿Y esa Sarah nunca más volvió a dar señales de vida?

—No tenía posibilidad de hacerlo. No creo que abandonase al pequeño, por lo menos, no voluntariamente —añadió tendiéndole una hoja impresa.

Un artículo en El Este Republicano de noviembre de 1952. La joven Sarah Silberman, natural de Eberviller, había resultado

muerta en el incendio accidental de su casa.

—¿Quieres decir que la madre de Rémi Fournier también murió en un incendio?

Couturier asintió, los labios fuertemente apretados.

—¿Crees en el azar? —continuó Andreani.

—Noventa diez, como diría Ravalet.

—Si es una coincidencia, nos ha tocado un cliente que no tuvo mucha suerte en la vida…

—No tengo más que dos brazos, diez dedos y un cerebro, Philippe… Tengo unas cuantas Sarah Silberman en Francia cuya edad podría coincidir con la nuestra. ¡Pero hay una más interesante que las otras!

Los efectos dramáticos de Couturier. Andreani no se acababa de acostumbrar a ellos, pero sabía que en una investigación su colega no paraba hasta llegar al meollo del asunto.

—Sarah Silberman, nacida el 13 de febrero de 1930 en Eberviller, Mosela. Hija de Silberman, Isaac, y Skrellenberg, Edith. ¿Qué me dices?

—¿Le puso el nombre de su padre a su hijo?

—Claro, ¿por qué no? El parentesco parece evidente.

—¿Algo más sobre los padres?

—He hecho mis deberes, mi señor. He encontrado sus nombres en el registro civil, pero también en los archivos de la Cruz Roja.

—¿En la Cruz Roja?

—Déjame seguir y comprenderás. Silberman, Isaac, nacido en 1907 en Eberviller, departamento de la Mosela. No hay ninguna información oficial sobre su religión, pero si juzgamos por lo que sigue…

—Espera, la que me interesa es esa Sarah Silberman.

—Sobre ella no hay mucho. Aparece también en los archivos de la Cruz Roja, lo que tiene su interés, antes de que me interrumpas, que le proporcionó en 1952 (tras su petición) un reconocimiento de la filiación de Isaac Silberman que la convertía en su heredera, siendo Rémi su sucesor. Muerta la madre, dieron al pequeño en adopción. Supongo que una buena familia cristiana lo adoptaría y

le cambiaría el nombre de Isaac por Rémi. De Isaac Silberman a Rémi Fournier, qué buen ejemplo de integración…

—¿Eso es todo?

—¡No me dejas seguir! Seguimos en las actas de la Cruz Roja: Isaac Silberman y su mujer obtuvieron un billete de ida sin regreso para Auschwitz en 1942. Lo que explica el origen del cachivache que te has encontrado en el guardamuebles. Oficialmente, estaban desaparecidos, se les declaró legalmente muertos en 1952, pasados los diez años reglamentarios de su desaparición. Trágico, sí, pero nada raro en esa época. Su hija Sarah hereda. Muere. El hijo toma el relevo…

—Y muere también…

—Escucha, Philippe, hay más de sesenta años entre los dos sucesos. Ravalet tenía una duda, lo acepto, pero en su informe no la constata. Y Legast, por su lado, confirma el accidente. ¿Qué coño te falta? Tenemos otros casos esperando y a Detravers pisándonos los talones.

—¿Y la residencia secundaria?

—¡Pero lo tuyo es ya una obsesión! ¿Qué es lo que te pasa con esa casucha? Ya te lo he dicho, les toca a los de la administración fiscal ocuparse. Y nosotros tenemos otras cosas que hacer, joder. Además, te recuerdo que tenemos puente y no pienso perdérmelo.

—¿Puente? —preguntó Andreani desconcertado.

—Pero ¿dónde vives, Philippe? 11 de noviembre, armisticio, viernes, ¿te acuerdas? —le recordó Couturier desconectando el ordenador—. Venga, que tengo otras cosas que hacer, nos vemos el lunes.

Recostado en su silla, Andreani se quedó inmóvil, observando sin ver la pantalla de su ordenador. Su teléfono parpadeó y un mensaje apareció en la pantalla. Lisa había encontrado entradas para un concierto en París, volvería el domingo por la noche. Tenía tres días ante sí. Para vaciar la maleta, ordenar el piso. Llenar el vacío manteniéndose ocupado. Le invadió un profundo sentimiento de cansancio. Se levantó y cogió su abrigo. Se inclinó para apagar la lámpara de Couturier cuando su mirada cayó sobre el cilindro

plateado.

19

Mosela, noviembre de 2016

Siguiendo las indicaciones del sistema de navegación del teléfono, Francesca le indicó la salida. Andreani no acababa de comprender lo que le había llevado a llamar a la psicóloga para que le acompañase a visitar la casa de campo del muerto. Cogió una carretera nacional en mal estado bordeada de plátanos que rompían la pálida luz de otoño. Varios vehículos le adelantaron. Los campos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, sólo interrumpidos por unos cubos de hormigón que parecían caídos del cielo. Un letrero blanco con listón rojo indicaba la entrada a un pueblo. Andreani redujo la velocidad y se detuvo, sin apagar el motor, en el aparcamiento de una pizzería abandonada.

—En trescientos metros a la izquierda, después la primera a la izquierda otra vez. Debería estar ahí. Mire, sí, Eberviller.

Aparcó el Volvo delante de la iglesia. La campana tocó el primer cuarto de las once. Al bajar del coche los asaltó un fuerte olor a estiércol. Andreani se cerró el abrigo y se levantó el cuello. El pueblo parecía abandonado. Un cartel decrépito indicaba el sitio donde había estado emplazada la panadería, que parecía cerrada hace tiempo.

—Qué marco más bucólico, Philippe —dijo Francesca irónicamente.

—A veces se necesita un poco de tiempo para descubrir el encanto oculto de un lugar. Y con una pizca de imaginación…

—¿Una pizca? Querrá decir una tonelada. ¿Y eso? ¿Es la atracción turística del lugar?

—¿Qué, el cementerio?

—¡El monumento a los caídos! Mire detrás de usted.

Andreani levantó la mirada. Un ramo de rosas, azucenas y anturios con los colores de la República estaba colocado ante la verja oxidada que rodeaba el cenotafio. Erigida sobre una columna de mármol oscuro, una Virgen acongojada sostenía a un hombre desnudo sobre sus rodillas.

—Vaya, el artista no era un genio… He visto pietàs mejores, sí.

—Eso no es lo que quería decir. Mire el hombre. ¡Está desnudo!

Andreani la miró, asombrado.

—No sabía que tuviese usted problemas con los desnudos artísticos… —bromeó.

—Pare, Philippe. ¿Por qué está desnudo? Nunca he visto un soldado desnudo… en un monumento a caídos por la guerra, quiero decir…

—¿No? Pues lo están a menudo, creo. Supongo que es para subrayar que al final sólo subsiste el hombre.

—¿Usted cree? No sé… en todos los monumentos que recuerdo los muertos siempre llevaban uniforme. Pero también es cierto que suelen tener a una Mariana belicosa encima. Puede que sea la Virgen lo que haga la diferencia.

—¿Nos vamos? No comparto su pasión por los cementerios.

Se giró y anduvo unos pasos antes de darse cuenta de que Francesca se había quedado en el sitio, inclinada delante del monumento.

—Dígame, Philippe, ¿cómo dijo que se llamaba Rémi Fournier?

—Silberman. Isaac Silberman. ¿Por qué?

—Mire estos nombres.

Lantois René, Mangin Louis, Minier Pierre, Silberman Aarón, Thouvenel Charles…

—¿Y?

—Un Aarón entre tanto Pierre, Louis y René…

Andreani miró la lista y se encogió de hombros.

—¿Y? ¿Qué es lo que le asombra? Uno de sus antepasados, seguro. Es de 1916. Venga, vamos, estoy helado.

Las calles estaban desiertas. Un hombre con un mono azul y un

pitillo entre los labios pasó en una motocicleta a su lado ignorándolos. En la acera de enfrente, una anciana andaba sin prisa con una bolsa de plástico bajo el brazo. Francesca cruzó la calle y se dirigió a ella.

—Buenos días. ¿Me podría indicar dónde está la calle de la Mâche, por favor?

La anciana la examinó con la mirada y tras unos instantes y con un gesto vago señaló una dirección con el brazo.

Subieron la calle principal, torcieron a la izquierda para atravesar una plaza con un abrevadero y encontrar un cuadro de distribución amarillento que debía de contener un transformador eléctrico. En el sitio indicado por el GPS del teléfono, sólo una ruina interrumpía los campos que se extendían hasta la línea del horizonte.

Los muros de piedra, ennegrecidos por el humo, seguían en pie, pero el tejado se había desplomado. Tres escalones de piedra llevaban hasta un porche del que sólo quedaba la estructura metálica. La puerta de la entrada se había desencajado o la habían forzado y estaba en el suelo. Andreani pensó en la casa de Laxou y sintió la misma sensación de vacío. Tomaron un camino de tierra que rodeaba el edificio.

—Debió de ser una bonita casa —dijo Francesca.

—Asombroso que se haya quedado así. ¿Por qué Fournier no la restauraría? Dinero no le faltaba…

El traqueteo de un tractor les sacó de sus cavilaciones. Cuando llegó a su altura, el agricultor se detuvo, miró a Francesca, que estaba en el borde de la carretera, y se dirigió a Andreani.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó el agricultor levantando la voz por encima del motor.

—¿Es esta la casa de Rémi Fournier?

—¿Qué dice?

Andreani repitió la pregunta levantando la voz.

—Ni idea —contestó el hombre—. Era la granja de los judíos, eso es todo lo que sé.

—¿La granja de los judíos? ¿Esto era una granja?

—Bueno… sí, así es como la llamaban los ancianos. Tengan cuidado, no se tiene en pie.

—¿Y el ayuntamiento nunca ha pensado en derribar esta ruina?

—¿La quieren comprar? Olvídenlo, el propietario no ha querido vender nunca, ni siquiera al ayuntamiento. De todos modos, ahora, con el transformador de la EDF, no vale mucho. ¿Quién querría algo así ante su puerta, eh?

—Y los campos, todo alrededor, ¿son parte de esta granja?

El campesino le lanzó una mirada torva. Ignorándole, puso el tractor en marcha otra vez y se alejó mascullando unas palabras inaudibles por el repicar del motor.

—¿He dicho la palabra prohibida o qué? —preguntó Andreani a Francesca.

—La granja de los judíos…

—Francamente, no me esperaba que los Silberman fuesen agricultores.

—Es probablemente un prejuicio, pero yo tampoco. Comerciantes, médicos, sí, ¿pero campesinos?

Andreani volvió sobre sus pasos y atravesó lo que debía de haber sido la cocina. Del pasillo subía la escalera al piso superior. El pasamanos había sobrevivido, pero los escalones habían desaparecido. La puerta principal estaba enmarcada por un dintel de piedra macizo y dos pilares, también de piedra. Andreani acarició una de las jambas, tanteando con los dedos hasta encontrar el hueco que buscaba. Sacó del bolsillo del abrigo el objeto que habían encontrado en el guardamuebles. Frotó la piedra, sopló para quitar el polvo acumulado y colocó el cilindro en el espacio ligeramente más claro que el resto de la piedra. La mezuzá encajó a la perfección.

20

Casa Hersch era el único restaurante del pueblo. La fachada avejentada del edificio no auguraba nada bueno. Empujaron la puerta de madera con recelo para encontrarse con un intenso olor a col y a carbón. Dos tubos fluorescentes manchados de moscas iluminaban la entrada. Francesca se frotó las manos entumecidas por el frío, se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero metálico, cuya pintura saltada había dejado paso al óxido.

La dueña se acercó a ellos secándose las manos en el delantal.

—Les aviso, sólo tengo un plato. Y es viernes, así que hay chucrut. Casera, ¿eh? Con manzanas y salchichas, hechas en casa. Bueno, como todo, aquí todo es casero.

Intercambiaron una mirada inquieta, pero pidieron dos platos. En contra de todos sus recelos, el plato podía medirse con los del Serio.

—Pues claro —replicó la dueña tras escuchar las alabanzas de Francesca—, no son esas cochinadas plásticas de la ciudad... Tomarán un licor, ¿no?

Alegaron que tenían que conducir todavía, pero la mujer ignoró sus protestas y volvió de la cocina con tres vasitos que llenó hasta la mitad.

—¡Salud! —brindó antes de tomarse el vaso de un trago—. No es muy común tener visita por aquí...

—¿El suyo es el último local que queda abierto en el pueblo?

—¿Y qué quiere usted? La panadería cerró hace ya dos años. Está el de Hackange que pasa por las mañanas con la camioneta, pero cobra diez céntimos más la barra. Y está también el Super U.

—¿Hace mucho tiempo que regenta el restaurante?

—Pues... Mamá antes que yo, y antes la suya y la suya, antes.

Desde antes de la guerra. La grande, ¿eh?, la del 14. Pero cuando me toque a mí, se acabó, no tengo hijos. De todas maneras, esto ya no da nada. No pasa nadie por aquí, salvo algún turista perdido como ustedes buscando la línea Maginot. Pero esa está más hacia Saint Avold, del otro lado.

—¿Del otro lado? ¿De la línea? —preguntó Andreani, desconcertado.

—No, hombre no. Del otro lado de la frontera. Estábamos justo encima. ¿No han visto ustedes la placa sobre el puente? ¿Al lado de la iglesia? Justo ahí estaba la frontera.

—¿La frontera con Alemania?

—Pues no va a ser con la China… El límite era el río. La orilla izquierda, Francia, la orilla derecha, Alemania.

—¿Una frontera en medio del pueblo?

—Pues sí, así eran las cosas por aquí. No tienen más que ver el monumento a los caídos para comprender.

—Hemos aparcado justo al lado.

—Pues entonces lo habrán visto.

—¿El soldado desnudo?

La dueña soltó una risa incómoda.

—Eso también era complicado, claro. Hay que decir que…

—¿Desenchufo la máquina de café? —preguntó una voz a sus espaldas.

—No, deja, mamá —contestó la mujer volviéndose—. Pero llegas justo a tiempo. Ven, hay unos clientes que quieren hablar contigo.

La anciana se acercó, observó detenidamente a los visitantes y le lanzó una mirada interrogante a su hija.

—Se interesan por la historia del pueblo. Seguro que tú puedes contársela mejor que yo. Mientras tanto, yo voy a por los cafés.

—¿Entonces, les interesa nuestro pueblo?

—Hemos visto el soldado desnudo del monumento —asintió Francesca.

—Ah, eso… —dijo la mujer, levantando la mirada al cielo—. Bueno, era complicado ponerle un uniforme, ¿saben? Por eso está desnudo, porque no sabían cuál ponerle. Al final, nos arreglamos,

acabamos por encontrar esa solución. Ninguno quedó contento, pero por lo menos estaban todos ahí.

—¿Ahí?

—¡Pues claro! Cada uno en su sitio, es cierto, pero todos ahí.

Al ver la cara desconcertada de los visitantes, la mujer comprendió que debía explicarse mejor.

—Que sí, hombre… cada uno de su lado… Cuando se vayan, vuelven a mirar el monumento. Están los que tienen su sitio cara al sol. Y después, están los que pasan los días a la sombra. Los unos tienen las letras en oro, los otros se tuvieron que contentar con la negra.

Andreani comprendió por fin los circunloquios de la mujer.

—¿Nos está diciendo que los que cayeron en la guerra no tuvieron el mismo trato?

—¡Pues claro! Mire, estamos en Mosela —explicó—. Durante la Gran Guerra, esto era Alemania. Bueno, no esto, el otro lado del río, los de Deckange. Atravesando el puente, en la otra orilla, eran los boches. Miren ahí detrás, en la pared. La segunda foto, ¿la ven? Los dos críos con los policías delante de la baliza fronteriza. Ahí estaba, la frontera, ni siquiera a doscientos metros de aquí. Es sencillo, los boches, al trazar la frontera, siguieron el curso del río. Este lado se quedó francés, pero las granjas del otro lado, lo que se llama la aldea de Deckange, pues esos, después de 1870 cayeron bajo el yugo de los de las coles… Así que, sí, por decirlo de alguna manera, nos cortaron el pueblo en dos. Y no se crean que les hubiese bastado con mudarse, ¿eh? Cada uno se tuvo que quedar donde crecía su trigo. En tiempo de paz, no había mucha diferencia, aunque cada uno se quedase con los suyos. Pero cuando estalló la guerra, la del 14, los chicos que se conocían desde siempre se encontraron pegándose tiros los unos a los otros. Y en el 39, ¡hala, otra vez!

—Pero en el 39, la Mosela era francesa, ¿no? —objetó Andreani.

—No por mucho tiempo… En 1940, Alsacia y el norte de la Mosela[3] volvieron a ser regiones alemanas. Así que otra vez igual. Los chicos de por aquí no tuvieron elección y se encontraron en la Wehrmacht, el ejército alemán. Los «a pesar nuestro»[4] que los

llamaban… Para estar seguros de que no volverían los fusiles contra ellos, los boches los mandaron con los rusos. Pero cuando las cosas se les torcieron por aquí, los trajeron de nuevo para que luchasen aquí. Y dale, otra vez, como en el 14, a liarse a tiros con los vecinos. A veces, incluso entre primos. No hace falta que les diga que después de la guerra esto se puso feo. Por eso el monumento a los Caídos. Comprendan, se habían matado entre ellos, no podían olvidar lo pasado de la noche a la mañana. Triste, si me pregunta mi opinión. Un muerto es un muerto, de un lado o del otro. Y nadie les había preguntado a esos chicos. Pero todo eso es agua pasada. Chantal, ¿dónde están esos cafés?

—¿Nos permite una pregunta más, si no le molesta?

—Pregunte, pregunte, es un placer. No tenemos muchas ocasiones de recordar.

—Hemos pasado por una casa en ruinas, al lado de un transformador eléctrico, una hermosa casa que ardió.

La anciana se quedó inmóvil, abrió la boca para cerrarla al momento, bajó la cabeza y se miró las manos.

—La casa de un tal Rémi Fournier —insistió Andreani—, que vivía en Nancy. La granja de los judíos… ¿La familia Silberman le dice algo?

La mujer levantó la cabeza y miró fijamente a Andreani. El bastón que tenía en la mano cayó al suelo. La hija salió de la cocina, colocó dos tazas humeantes delante de los clientes y se inclinó a recoger el bastón.

—¿De qué hablan?

—Le estábamos preguntando a su madre si nos podría contar algo sobre la granja de los Silberman.

La dueña le fusiló con la mirada.

—Mamá no sabe nada de eso. Ni yo tampoco.

—Pero sin duda ustedes han…

—Nada, lo que le digo. Vamos, que no hay nada que decir. Esa casa ardió hace una eternidad y es peligroso acercarse ahí. Vamos a cerrar. Son treinta y seis euros. A los cafés invita la casa. Ven, mamá —dijo pasando su brazo bajo el de su madre para alejarse en

dirección a la cocina.

—Qué extraño… —dijo Francesca.

—Sí, parece que ha caído una capa de plomo sobre toda la historia.

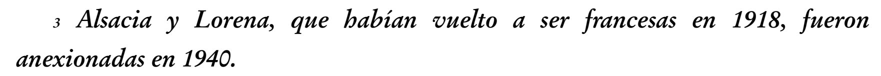
—Sobre el pueblo entero, más bien.

Como las dos mujeres no aparecieron otra vez, dejaron el dinero sobre la mesa. En la calle desierta, se acercaron al puente, que era de un tamaño desmesurado para lo ancho del río.

—Asombrosa, la historia de la frontera, ¿no le parece?

—Tanto como la del monumento a los caídos —contestó Francesca pasando su brazo bajo el del policía.

Andreani abrió la puerta del coche para dejarla entrar cuando vio un emblema que le resultó muy familiar.



[3] *Alsacia y Lorena, que habían vuelto a ser francesas en 1918, fueron anexionadas en 1940.*

[4] *Los malgré nous.*

21

El gendarme no pudo ayudarlos, el nombre de Rémi Fournier no le decía nada. Sin embargo, sí que había oído hablar de los Silberman.

—Hace mucho tiempo de esa historia… fue en el 52 o en el 53, creo. Tendría que preguntarle a mi padre, fue él quien llevó en el siniestro, con su padre, con mi abuelo, vamos… En casa de los Lanzmann somos gendarmes de generación en generación, y ya van tres. El sentido del deber, como se suele decir. No sé si se acordará de todo, pero seguro que se alegra de que le pregunten. Al fin y al cabo, uno es gendarme de por vida, ¿no?

Tecleó un número, intercambió unas palabras con su padre y colgó.

—Les espera. No vive lejos, a dos pasos de aquí. Pero hablen muy alto; tiene la cabeza fenomenal, pero está bastante sordo. La vejez, qué quieren —dijo mientras les tendía un pósit con la dirección.

El jefe de brigada jubilado Charles Lanzmann los esperaba en el portón de su granja. Andreani pensaba encontrarse con un viejecito pequeño y frágil, pero el hombre que los esperaba ante la puerta debía de haber sido una fuerza de la naturaleza. Sus ojos azules revelaban una agudeza sorprendente para su edad.

—Me ha dicho mi hijo que vienen por la granja de los Silberman, en Eberviller… Pasen, he hecho café.

Se instalaron en la cocina, en torno a una mesa cubierta con un hule amarillo.

—Me acuerdo bien de la historia, pobre chica. Fue horrible de ver.

—¿Vivía ella en la casa?

—Pues no, venía de la ciudad.

—Pero ¿no era de aquí?

—Había nacido aquí. Aunque ya no vivía aquí.

—¿Y sabe por qué vino?

—Creo que quería vender, fue a ver al notario del pueblo, al Jouffroy. Era la casa de sus padres, del Isaac y… ya no me acuerdo de cómo se llamaba la madre, y de su tío también, el Jacob.

—¿Jacob?

—Sí, el hermano de Isaac. Era él el que llevaba la granja. El hermano, el Isaac, era más bien un señorito que tenía miedo de mancharse las suelas de los zapatos, ¿se imagina el tipo?

—Más o menos, sí.

—Bueno, me acuerdo bien de la historia, como le decía. Fue mi primer muerto, así que, quiera que no, eso queda. Mi padre todavía vivía y fuimos juntos al lugar del incendio. No sabíamos gran cosa de la chica; no sabe el tiempo que pasamos para poder identificarla oficialmente. Creíamos que era la Sarah, pero había que asegurarse. Hoy en día tienen todo tipo de aparatos, pero en esa época… Vamos, que lanzamos un aviso de búsqueda, pero nadie contestó. Venía de París, eso sí que lo sabíamos, pero no teníamos su dirección de allí. Y ya sabe lo grande que es París… La indagación no llevó a ningún sitio, comprende, ¿no?

Sí, claro que comprendía.

—¿Cómo se cerró el expediente?

—La conclusión fue que había sido un accidente. ¿Qué buscan exactamente? No acabo de comprender por qué vienen a desenterrar esta historia pasados más de sesenta años, no sé a dónde quieren ir a parar.

—No se preocupe, señor Lanzmann. No estamos aquí para retomar una investigación tan antigua, como se puede usted imaginar. Pero tenemos una inspección encima y hemos cometido un error en un expediente asociado lejanamente a esa casa, que pertenecía a nuestro difunto. La cuestión es que, tenemos todo el interés en poner orden en nuestros casos abiertos, si entiende a lo que me refiero.

—Sí, claro, claro que lo entiendo. Un error le puede pasar a cualquiera… Déjeme que intente acordarme… nos dijimos en su día

que la Sarah habría encendido el fuego. Era lo más probable, dado el frío que hacía esa noche. La casa estaba abierta a los cuatro vientos… Qué idea, meterse en una ruina así a pasar la noche… Debió de subir a acostarse y no vigiló la chimenea.

—¿Nunca pensaron que pudo haber sido un acto criminal? Alguien pudo tener algún interés…

—¿Un acto criminal? ¿Y de qué iba servir prenderle fuego a esa choza? Era una ruina, llevaba ya más de diez años abandonada. Y como deben haber visto, si han pasado por ahí, se ha quedado igual, así que no sé quién hubiese podido tener ningún interés. No, un acto criminal, no. Pero sí que investigamos si pudo haber sido una gamberrada de algún chaval, eso sí. Bueno, ya sabe lo que quiero decir.

—Perdone, señor Lanzmann, pero no lo acabo de entender.

—En el pueblo había un chaval, uno que no tenía la cabeza del todo en su sitio, le llamaban «el Solo». No era un mal chico, pero tenía sus peculiaridades.

—¿El Solo?

—Sí. Louvel, Toussaint Louvel, un retrasado. Vamos, el tonto del pueblo.

—Ya —contestó Andreani—. ¿Y esas peculiaridades?

—Pues que le gustaba jugar con el fuego. No era un pirómano, no se vayan a creer, pero era un simplón y no había que dejarle cerillas cerca.

—¿Le interrogaron?

—Pues claro, ¿qué se cree? ¿Que no nos tomamos la cosa en serio? —protestó el viejo gendarme.

—Perdone, no era eso lo que quería decir.

—Bah, no se preocupe. Pero no pensamos que hubiese podido ser el Solo. Le interrogamos porque el alcalde nos dijo que le había visto remolonear por ahí esa tarde, pero eso no era raro, siempre andaba de acá para allá, dando vueltas de un lado a otro. Y no era un mal chico. Claro que podíamos equivocarnos y podía haber hecho una tontería, pero tenía una coartada.

—¿Convincente?

—El granjero donde estaba colocado de peón nos aseguró que habían trabajado hasta tarde y que había dormido en su granja, como hacía a menudo.

—¿Se acuerda usted del nombre del granjero?

—Grandieu. Émile Grandieu. El propietario más grande de la zona. Un tipo complicado. Cojeaba, creo que tuvo la polio.

—¿Vive todavía?

—¿El Grandieu? Hace años que murió.

—¿Y ese Solo?

—¿El Solo? Creo que lo llevaron a una residencia cuando murió la Jeanne, su madre. No tenía más familia.

—Una última pregunta. Sarah Silberman viene al pueblo a vender su propiedad y la misma noche perece en un incendio…

—¿Y? ¿Qué se imagina? Vino sin avisar, nadie sabía que estaba aquí. Y la casa estaba abandonada. Desde que se fueron los Silberman, nadie había entrado ahí. Y después tampoco. No, fue una mala idea hacer un fuego en una chimenea que no había sido revisada durante tanto tiempo. No busquen maldad donde no la hay. Fue mala suerte, nada más.

Mala suerte… Sarah Silberman murió quemada en la casa de sus padres. ¿Había sido mala suerte? Puede que el viejo gendarme tuviese razón, su relato tenía sentido. Además, se trataba de una historia de hacía décadas. Andreani se apuntó mentalmente pedir el informe de la gendarmería de la época, aunque tampoco sabía de qué le iba a servir. Se levantaron y le dieron las gracias al anciano, que los acompañó hasta la puerta y se quedó esperando en el portón hasta que se montaron en el coche. Antes de arrancar, Andreani le hizo un gesto de despedida y sacó el teléfono del bolsillo.

—Philippe, estamos a viernes por la tarde y además es fiesta. ¿Dónde estás? Te oigo fatal.

—Estoy en Eberviller.

—¿Has ido? No te podías aguantar, ¿verdad?

—Laurent, no hay nada. La casa de Rémi Fournier se quemó en el 52. Con su madre dentro.

—Ya lo sabíamos.

—La casa se ha quedado así, hecha una ruina.

—¿Y qué te esperabas? No la quiso restaurar, eso es todo.

—¿Y por qué no la vendió?

—¿Y yo qué sé? ¡No encontraría a nadie! O a lo mejor le tiraba el pueblo, o… ¡No me jodas, Philippe! Me voy a mi partida de bridge.

—Era una granja, Laurent.

—No, ¿de verdad? Me va a quitar el sueño —ironizó Couturier —. Eres un caso desesperado, lo sabes, ¿verdad?

Andreani suspiró.

—Tengo dos nombres más: Jacob Silberman, el hermano de Isaac, el tío de Sarah. La mitad de la casa era suya. Y un tal Toussaint Louvel, llamado «el Solo». Y habría que mandar una solicitud a la gendarmería para que nos manden el expediente del incendio de la madre de Rémi Fournier.

—Los deseos de monseñor son órdenes.

—Laurent, ¡por favor!

—Que sí, que lo he apuntado todo. Pero va a tener que esperar, ya llego tarde. Me voy al bridge. Nos vemos el lunes.

22

Eberviller, noviembre de 1952

El autobús se paró delante de la iglesia. «A NUESTROS MUERTOS», rezaba en letras doradas la inscripción del monumento a los caídos por las dos guerras. Una Virgen atormentada sostenía entre sus brazos a un soldado desnudo que agonizaba.

Había dejado al bebé con una amiga, que había aceptado ocuparse de él a cambio de treinta francos al día. Fue la única en descender del autobús. Indecisa, se dirigió a la panadería. La vendedora, una mujer entrada en carnes, vestida con un delantal blanco de volantes, metía unos panes en un saco de papel.

—Aquí los tienes, Solo. Son dos francos veinte.

El muchacho abrió el puño que mantenía cerrado con fuerza y dejó caer las monedas en el mostrador. Sonrió, orgulloso, mientras la mujer contaba las piezas.

—¡Qué responsabilidad te han encomendado! Y todo este dinero… —descubriendo a la joven, la miró recelosa y apremió al chico—. Anda, Solo, date prisa y ¡no te olvides de los panes! —añadió ofreciéndole un panecillo demasiado dorado para poder ser vendido.

El chico salió andando marcha atrás, sin quitarle de encima la vista a la joven mientras mordisqueaba el bollo que le había regalado la panadera. Esta se dirigió a la recién llegada:

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Me podría indicar dónde encontrar el despacho del notario?

—¿El Jouffroy? Ahí —le indicó con un gesto de la cabeza que hizo temblar su papada—, justo al lado de la fuente.

La joven le dio las gracias y salió para subir la calle principal

bajo la atenta mirada de los lugareños.

La placa de latón estaba oxidada. Llamó al timbre y esperó un instante. Cuando iba a volver a tocar, una anciana abrió la puerta.

—¿Quién es?

Se presentó y explicó que venía por el registro de la Cruz Roja. El señor Jouffroy estaba al corriente.

—Veré si puede recibirla —respondió la muejr—, espere aquí.

Cuando el notario apareció, se quedó observándola sin decir nada.

—Me llamo Sarah Silb…

—Buenos días, señorita Silberman. Sígame. Perdone mi sorpresa, pero les creía a todos ustedes desaparecidos. Es lo que me dijo la Cruz Roja cuando hice la petición… Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

Dinero. Tenía una urgente necesidad de dinero.

—Quiero vender las propiedades de mis padres y de mi tío. Lo más rápidamente posible.

—¿La granja de los… perdone, la casa de la calle de la Mâche? —se corrigió el notario.

—Sí. Y las tierras también. Es urgente, por favor, ponga todo a la venta.

—Pero es que… eso no se puede hacer así. Vamos, quiero decir, no tan rápido. Hay trámites administrativos. Y, además, la casa está abandonada, me temo que debe de estar en muy mal estado, después de todos estos años.

—Están las tierras de mi tío. Si la casa no le interesa a nadie, los campos los querrá algún campesino, ¿no? Es urgente.

—Sí, claro, claro. Mire, vuelva mañana, hacia el mediodía —respondió el notario sin poder disimular un malestar que Sarah tomó por pesadumbre—. Veremos lo que se puede hacer, pero no le puedo prometer nada con tan poco margen —añadió antes de levantarse para acompañarla a la puerta.

—¿Hay algún sitio en el que pueda pasar la noche?

—Estaba la pensión de la señora Schmitz, pero cerró justo después de la guerra.

—¿Alguna habitación que se pueda alquilar por unos días en el pueblo?

El anciano negó con la cabeza.

—Bien, ¿es usted quien tiene las llaves? —preguntó decidida.

—¿Las llaves?

—Sí, las llaves de la casa.

No tuvo que recorrer más que unas centenas de metros; dejar la iglesia a la derecha y antes de cruzar el río tomar el pequeño camino hacia la izquierda, justo tras el abrevadero. Otra vez hacia la izquierda en la bifurcación del camino hacia Lannekirch.

Lennkeurche, como se pronunciaba allí.

No se esperaba encontrar la casa en ese estado. Las malas hierbas habían invadido el patio, algunas de las ventanas estaban rotas, faltaban unas tejas y sólo los muros de piedra habían resistido el asalto del tiempo. Avanzó por el interior hacia la cocina. A excepción de una mesa de madera maciza, la habitación estaba vacía. Unos trozos de vajilla y unas páginas arrancadas de un periódico cubrían el suelo. La inmensa chimenea de piedra ocupaba una de las paredes del salón. La tarima del suelo crujió. En una habitación del piso superior, una cama de roble ocupaba prácticamente todo el espacio. Difusos recuerdos volvieron a su mente. En otra habitación, unos jirones de las cortinas de terciopelo se arrastraban por el suelo. Se arreglaría.

Volvió a bajar. El techo del cobertizo estaba tan hundido que tuvo que entrar gateando para coger los restos de unas cajas de madera, unos troncos y unas astillas. Cubrió la ventana rota como pudo con un pedazo de cartón y apiló la leña para encender el fuego. Mientras encendía las astillas, Sarah recordó la decoración espartana de su celda en el convento de las clarisas. El frío que rezumaba de las paredes y la humedad que guardaba el colchón de crin. No estaba mucho mejor alojada aquí, en la casa de sus padres, pero por lo menos era la suya. Una rabia sorda la invadió. Rabia contra los que habían desvalijado la casa, rabia contra el notario, contra la Cruz Roja, contra las monjas. Rememoró lo que había vivido. Cada cambio en su vida había sido a peor. Pero esta vez no, se prometió a

sí misma, esta vez no. Esta vez no iba a ceder en nada.

El fuego prendió cuando unos fuertes golpes resonaron en la puerta.

23

Mosela, noviembre de 2016

Tomaron el camino de vuelta siguiendo el curso del río. La visita al anciano gendarme no los había hecho avanzar mucho. ¿Rémi Fournier? «Nunca he oído hablar de él». Por lo menos, conocían la razón de la presencia de Sarah Silberman en Eberviller en 1952. La teoría del incendio accidental parecía congruente, aunque un detalle seguía dándoles que pensar.

—Parece que todos se cierran en banda sobre esa gente.

—Es comprensible, ¿no? A nadie le gusta que extraños se metan en los asuntos de su pueblo. Puede que se sientan hasta cierto punto culpables, un drama como ese en una localidad tan pequeña debió de marcar a la gente. No tendrán ninguna gana de que vengamos a hurgar en la herida —respondió Francesca.

Rémi Fournier se encontró en su día, probablemente, con las mismas dificultades que ellos. El heredero salido de la nada, un notario venido de la ciudad, no debía de haber obtenido más informaciones que ellos. Tal vez se tuvo que contentar con peregrinar a la casa en ruinas de sus antepasados, en la que había encontrado la mezuzá, que guardó preciosamente en el estuche de madera que encontraron entre sus enseres. Dejaría la casa en el estado original y, posiblemente, vendió las tierras a uno de los agricultores de la zona; eso no sería complicado de comprobar.

El Volvo protestó al arrancar y Andreani creyó por un momento que había llegado su hora, pero el ancestro consiguió moverse a la tercera. Cogieron la departamental para atravesar un pueblo muy parecido a Eberviller y se toparon con un cartel anunciando la línea Maginot.

—¡Pare un momento! —le pidió Francesca.

—¿La arquitectura militar le apasiona hasta ese punto?

—No sea tonto, Philippe.

Redujo la velocidad y aparcó en un lado de la carretera. La luz de otoño salpicaba la tierra de reflejos dorados. Las casamatas de hormigón eran lo único que rompía la línea del horizonte. Un cartel de madera bajo un tejadillo explicaba la historia de la línea de fortificaciones que había construido el ejército francés tras la Primera Guerra Mundial. Se ofrecía una visita guiada por veintidós euros, trincheras incluidas, culminada por un auténtico rancho de soldado.

—¿Le apetece? —sonrió Andreani.

—¿El rancho de los soldados? No me diga que le asombra, Philippe. La cuestión es ponerse en lugar del otro. Convertirse hoy en un soldado de la Primera Guerra Mundial, mañana en un explorador en África o en Asia, siempre con el teléfono en la mano para poder documentarlo inmediatamente en las redes y mostrarle al mundo que sí, que se tiene una vida. La pregunta es si eso logra convencerlos.

La afirmación de Francesca no esperaba respuesta. El sendero que habían tomado estaba interrumpido por un cementerio de raíles oxidados incrustados en el suelo que parecían señalar el cielo.

—Protecciones antitanques…

—Mire, Philippe —le interrumpió—. Hay un restaurante, no lejos de aquí. No creo que nos den un rancho de soldado, pero el paseo me ha abierto el apetito. Podríamos cenar ahí, ¿no le parece?

Andreani sonrió, miró el cartel, sacó su teléfono y tecleó varias veces sobre la pantalla.

—¿Anula usted una cita?

—No, quería reservar una mesa, pero me he quedado sin red. Mi teléfono se ha enganchado en la Telekom alemana.

—Vamos directamente, está cerca de aquí.

El restaurante se encontraba en un parque, en la salida del pueblo. Un cartel pegado en la puerta invitaba a los turistas a inscribirse en una visita guiada de las antiguas minas de la región.

Entraron en el comedor para encontrarse una gran sala pasada de moda. Una pareja se miraba sin verse, una señora mayor sostenía, muy tiesa, un caniche sobre las rodillas y una familia muy dispar que debía estar de celebración parecía preguntarse qué hacían ahí. Una melodía sentimental intentaba llenar el silencio, sólo interrumpido por el entrechocar de platos y cubiertos. La camarera se les acercó. Andreani dudó, pero Francesca se encogió de hombros, le cogió del brazo y echó a reír. Los ruidos se detuvieron y los comensales giraron la cabeza para observar a los intrusos.

A medida que avanzaba la cena, Andreani se relajó. Volvieron sobre un detalle del relato de la dueña del restaurante de Eberviller.

—¿La foto de los niños?

—¿No ha notado nada? —preguntó ella.

—Nada en especial… ¿Debería? Dos chavales, dos gendarmes y la frontera… ¿Qué tenía de particular?

—No lo sé —admitió ella—. La frontera tuvo que afectar mucho la vida de los habitantes. Las dos guerras siguen, incluso hoy en día, muy presentes, y a ellos les tocó las dos veces en medio. Acuérdese del monumento a los caídos…

—Tendrá usted razón, pero el tiempo acaba curando todo, ¿no? Habrán pasado página, incluso en esta zona. El hombre en la luna, internet, algo habrá llegado aquí también, espero.

Francesca sonrió y se encogió de hombros.

Andreani le sirvió las últimas gotas de Pomerol y vio que el local se había vaciado sin que se diesen cuenta. Francesca se excusó y se levantó. La miró alejarse. Clase y elegancia era lo que la describía mejor. Y no era sólo por la manera de vestir.

¿Qué esperaba? Y ella, ¿qué esperaba ella? No estaba seguro, pero creía que coincidían en un punto. Ni ella ni él buscaban una aventura de una noche, pero tampoco una relación a largo plazo. Y a pesar de todo, lo que los unía iba mucho más allá de una simple amistad. Entonces, ¿qué?

Se fijó en lo tarde que era y pidió la cuenta. La camarera se acercó.

—¿Ha ido todo bien?… Espero que no vayan muy lejos, ha

empezado a nevar. No mucho, pero la carretera está blanca.

Cuando Francesca volvió a la mesa, Andreani se revolvía incómodo en su silla.

—¿Y? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Me quiere usted decir algo, parece.

—Pues… —empezó a decir mientras jugaba con las patillas de sus gafas—, es tarde, y hemos bebido, y además ha nevado, así que he pensado que… y como mañana tenemos que ir a…

—¿Tienen habitaciones libres?

—He reservado dos, si no le molesta.

—¿Qué es lo que podría molestarme, Philippe? ¿Dormir aquí o las dos habitaciones?

—Francesca, esto no es lo que se imagina.

La psicóloga sonrió.

—No me imagino nada, Philippe. Ha hecho usted bien. Y así podemos pedir una copa más.

Era más de medianoche cuando la camarera les dijo que iban a cerrar, dejándoles las dos llaves sobre el mantel.

Subieron por las escaleras hacia las habitaciones. Delante de la puerta, Francesca apoyó su brazo sobre el suyo y se acercó. Percibió el olor de su perfume.

—Francesca…, yo…

—¿Usted?

—No estoy seguro de que esto sea una buena idea. Trabajamos juntos. No le había pedido que me acompañase para…

—Lo sé, Philippe. Duerma bien —le interrumpió, besándole ligeramente en los labios.

Francesca desapareció en su habitación. ¿Por qué le había pedido que le acompañase? Y esta idea estúpida de quedarse a dormir en un hotel…

Andreani dio vueltas por su habitación durante más de media hora. Sin poder aguantar más, se decidió.

—¿Sí?

—Soy Philippe. Sólo quería…

Ella abrió la puerta. No la dejó hablar.

—Escuche, Francesca, ya sé que todo esto es ridículo, y, además, no es lo que usted cree…

—Ya se lo he dicho, Philippe. No me imagino nada. ¿Quiere usted pasar?

—No sé si…

—Tampoco vamos a discutir en el pasillo, ¿no le parece? Pase, si quiere.

Franqueó el umbral y entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—No quería que se confundiese usted sobre mis intenciones. Bueno —se corrigió inmediatamente—, no tengo intenciones, es sólo que…

—Ya lo sé. La situación es ridícula, pero sobreviviremos, ¿no cree?

Sus ojos se encontraron con los suyos. Por un momento quedaron inmóviles.

24

—¿Ha dormido usted bien?

Andreani le lanzó una mirada furibunda que la hizo romper a reír.

—Está bien, no he dicho nada. Déjeme acabarme mi café y nos vamos.

—El sábado por la mañana estamos cerrados al público.

Andreani sacó su placa. El empleado del catastro de Metz dejó escapar un suspiro.

—¿Qué es lo que necesitan? Les aviso, policía o no, a las doce en punto cierro. Y encima, con todo el mundo de puente… —gruñó.

Le explicaron lo que buscaban y el hombre, arrastrando los pies, los llevó a la sala de consultas antes de desaparecer entre las estanterías.

—Aquí lo tienen —dijo tras reaparecer con varios volúmenes encuadernados en cuero burdeos—. Los registros de la localidad de Eberviller de los años 51, 52 y 53. Y que quede claro, las doce, ¿eh?

—¿No lo podemos consultar en el ordenador?

—Normalmente sí. Pero es sábado y con el puente la mayoría de mis colegas están de vacaciones, así que tendría que encender sus ordenadores, y comprendan que…

Sí, de nuevo comprendían. Consultaron el índice.

—Página 32, parcela 74c, cuadrícula 7.2.H, referencia 635.4. Suc. Silberman…

—¡Mire! Este debe ser el tío del que nos habló el gendarme —indicó Francesca señalando una línea—. Silberman, Jacob, y Silberman, Isaac… Si Sarah vino a recuperar sus bienes, no tuvo

tiempo de inscribirse.

La casa se había quedado a nombre de su padre y de su tío, y más tarde, cuando la administración fiscal identificó al heredero, esta pasó a estar registrada a nombre de Rémi Fournier.

Observaron el plano catastral.

—La parcela no es grande —apuntó Andreani.

—Ni campo, ni establo, ni granero. Una granja muy rara.

Volvieron a examinar el plano del pueblo, que Francesca fotografió con su teléfono. Buscaron con el dedo parcelas que llevasen el mismo número que la casa.

—Ninguna en Eberviller, desde luego. ¿Puede que en alguna localidad vecina? Aunque tampoco tenían que dedicarse a cultivar la tierra o criar ganado.

—¿Y por qué habrían vivido entonces ahí? No hay nada más que explotaciones agrícolas en la zona…

—¿A lo mejor eran comerciantes? ¿Compraban y vendían? —conjeturó Francesca.

Andreani escribió unas palabras en su cuaderno y se giró hacia el funcionario, que estaba concentrado en su teléfono. Tosió un par de veces para atraer su atención.

—¿Sí? —contestó el hombre sin ningún interés, tras consentir distraerse de la pantalla.

—¿Podríamos buscar por profesión?

—¿Por profesión? Aquí no, desde luego. No recopilamos esos datos. Habría que preguntar a los de los impuestos o a los del censo, están ahí, justo detrás, pero ellos no abren los sábados.

Francesca sonrió, se acercó al funcionario y le habló en una voz tan baja que Andreani no pudo entender lo que decía.

—Ah… en ese caso, comprendo mejor. No hay ningún problema, señora. Enséñeme lo que es y si puedo ayudarla, será un placer.

Andreani observaba la escena desconcertado. Francesca le señaló la parcela 74c con el dedo.

—Pues sí, como le decía, no nos ocupamos de la profesión de los propietarios del registro. Pero en el caso de los municipios agrícolas, andamos con un ojo encima por la concentración parcelaria. Los

campesinos no dudan en tomarse ciertas libertades con los lindes, ¿sabe? —explicó el hombre, que, de repente, se había vuelto muy locuaz—. Mire, este número, el 635, indica una explotación agrícola. La parcela era parte de otra, más grande, por lo general cultivos o pastos; también viñas, pero es más raro.

—Pero no hemos encontrado otros terrenos bajo ese nombre, al menos en Eberviller.

—Es normal. 74c. Cada letra tiene su sentido —dijo el hombre con cierto orgullo—. Las superficies adyacentes fueron cedidas. Es habitual, por ejemplo, cuando un campesino se quiere jubilar y no tiene sucesor o los hijos no quieren hacerse cargo. También hay que decir que es un trabajo muy duro, el ser agricultor. Se quedan con la casa, a veces con el granero y el huerto y venden el resto. Y es entonces cuando nos llega una copia del acta…

—¿Tiene el acta? —interrumpió Andreani.

—No, me he explicado mal. Sólo recibimos una información de que se ha efectuado la venta. Y es entonces cuando la inscribimos en el registro. C está por «cesión». A veces, es más complicado: porque los propietarios no ceden sino el usufructo para que los siguientes les pasen un dinero, como una renta vitalicia, vamos, pero no es su caso; aquí los terrenos fueron vendidos.

—¿Y se puede comprobar a quién?

El hombre parecía decepcionado de interrumpir su conversación directa con Francesca.

—¿A quién qué?

—¿Hay algún medio de saber a quién fueron vendidos esos terrenos? —preguntó Andreani.

—Pues… sí y no. Habría que efectuar una solicitud por parcela, aunque sólo encontraríamos el número del acta notarial, porque no tenemos permiso para transmitir el nombre de los beneficiarios de las transacciones. Sólo lo hacemos por los de los impuestos, y sólo a condición de que…

—Vale, vale. Entonces, el acta…

—¿De verdad que no puede usted hacer nada? —le cortó Francesca.

El interpelado le dirigió una mirada radiante a la psicóloga.

—Hombre, podría… déjeme mirar un instante, ahora mismo vuelvo.

—¿Le está seduciendo usted?

—No sea usted tonto, Philippe. No sabe usted preguntar, eso es todo.

Se encorvó de hombros y se dedicó a mirar las estanterías evitando mirarla a los ojos.

—¿Está usted enfadado? —preguntó ella divertida.

No contestó. El hombre reapareció por una ventanilla.

—Aquí lo tiene, señora —dijo, ignorando al policía—, no puedo hacer más, pero por lo menos ha encontrado el nombre del notario. Jouffroy de Eberviller. Y el número de registro de la transacción. Lo siento, es todo lo que puedo hacer —se excusó otra vez mirando humildemente a la psicóloga.

25

Metz, junio de 1973

Parcela 74c, cuadrícula 7.2.H, referencia 635.4. Suc. Silberman, Silberman Jacob, Silberman Isaac, leyó Rémi Fournier en el registro del catastro de Metz. Una unidad enteramente ocupada por un inmueble. Sin jardín. Observó detenidamente el plano. Nunca había oído hablar de ese pueblo, situado a treinta kilómetros de Metz, a dos pasos de la frontera. Quinientos habitantes, apenas. Salvo alguna excepción, todas las parcelas eran terrenos agrícolas, y visiblemente, la población no había escapado de la concentración parcelaria.

Su madre había acabado por confesarle que le habían adoptado cuando sólo tenía unos meses. Su niñera le había llevado a la Asistencia Pública tras varios días sin tener ninguna noticia de su madre, Sarah Silberman, que había perecido en un incendio en Eberviller, en 1952, donde había sido enterrada. Jacques, su padre adoptivo, que trabajaba como corrector en El Este Republicano, había encontrado un artículo que narraba el suceso y se lo había enseñado a su mujer. Habían preferido no decirle nada al niño. ¿Qué tenía que ver él con esos Silberman? Ese Isaac, del que llevaba el nombre… ¿Sería su padre? Rémi acababa de cumplir los veintiún años y se había convertido en el propietario legal de esa casa, por la que sus padres adoptivos habían pagado religiosamente los impuestos todos los años. ¿Le hubieran dicho la verdad sin ello?

Si quería pasar a la ventanilla de pagos para liquidar el retraso, no podía entretenerse más en el catastro. Hizo una copia aproximada del plano en el dorso de la carta de la Agencia Tributaria y cerró el volumen encuadernado en cuero que le había

sacado el funcionario.

—La hora es la hora. Son las doce y treinta y dos, tendrá que volver a las dos —protestó el encargado cuando vio a Fournier.

Esperó en un bar mordisqueando sin apetito un bocadillo demasiado grasiento mientras consultaba un plano de la zona que le había prestado el dueño del bar. A las dos en punto estaba delante de la puerta del edificio oficial. Tras diez minutos de espera, golpeó la puerta con el puño.

—¡Ya voy, ya voy! No hay prisa…

Necesitó más de una hora para regularizar la situación, pero le quedaba la mayor parte de la tarde para acercarse a Eberviller, situado a treinta kilómetros, en dirección de Saint Avold.

—Con la nueva tres carriles es fácil de encontrar —le había explicado el dueño del bar—. Coja la salida Wissoy, después Hackange Grande y pasados siete u ocho kilómetros la carretera departamental 12. Hace como una pata de oca, lo verá.

Aparcó al lado del río y se acercó a la iglesia. Delante del pórtico, una Virgen destrozada por el dolor sujetaba a su hijo muerto entre sus brazos. Las tumbas estaban escrupulosamente cuidadas, la avenida entre las lápidas había sido recientemente rastrillada y no se veía una sola hoja muerta. Dio una vuelta por el exterior del edificio, paseando por el cementerio hasta que vio, en una esquina del muro, una pequeña verja adornada con una estrella de David. Grabado sobre las estelas de piedra leyó: «AARÓN Y HANNAH SILBERMAN» y «EDITH Y TALMI SILBERMAN». Ningún Isaac, ningún Jacob. Un poco más alejada encontró la tumba de la mujer que le había dado la vida: «SARAH SILBERMAN, 21 de noviembre de 1952». Su madre. Con la palma de la mano apartó la suciedad acumulada sobre la inscripción. Se preguntó cómo había sido. ¿Habría heredado él sus ojos, su nariz o su boca? ¿También había sido pelirroja, como él?

Rezó unos minutos ante su tumba y se alejó hacia la salida. Le pareció que la Virgen que lo había recibido le hacía una señal. Se detuvo, volvió sobre sus pasos y entró en la iglesia. Se inclinó ante el altar, se acercó a un banco y se arrodilló a rezar.

Un anciano sacerdote salió de la sacristía, le observó desde la puerta y se acercó a él.

—Que el Señor sea contigo, hijo mío.

—Y con su espíritu, padre.

—No te he visto nunca en la misa.

—No, vengo de Nancy. Sólo estoy de paso por una herencia.

—No sabía que el señor Müller tuviese familia en Nancy…

—¿Müller? ¿Cómo que Müller?

—Nuestro hermano, Pierre Müller, llamado el mes pasado por nuestro Señor…

—Me llamo Fournier, Rémi Fournier.

—¿Fournier? —dijo el sacerdote frunciendo el ceño—, ese apellido no me dice nada. ¿Tienes familia aquí?

—No exactamente. Sólo quería rezar por alguien… alguien a quien nunca conocí.

—¿Alguien que reposa aquí? A lo mejor te puedo ayudar, hijo. ¿De quién se trata?

Rémi dudaba. Eran judíos. ¿Cómo explicárselo al padre? Pero a lo mejor el sacerdote podía ayudarle. Dada su edad, si había ejercido siempre en el pueblo, bien podía haber conocido a su madre. O a los Silberman.

—De Sarah Silberman —contestó—. De mi madre, Sarah Silberman.

Unas profundas arrugas surcaron la frente del anciano, sus ojos se empequeñecieron.

—¡Señor todopoderoso! —Se santiguó.

26

Eberviller, junio de 1973

El pueblo parecía dormido. Las calles, abotargadas por el calor sofocante, estaban desiertas. Un perro sarnoso pasó a su lado ignorándole. No tuvo dificultades para encontrar la casa, o por lo menos lo que había quedado de ella tras el incendio.

La verja se resistió. La casa aún se mantenía en pie, invadida por las zarzas y las malas hierbas, aunque el primer piso había sido devorado por las llamas.

Rémi se abrió camino entre la maleza. Las contraventanas colgaban como alas de un ave muerta y las vigas de roble estaban ennegrecidas por el humo. Debía de haber sido una bonita casa. Buscó un buzón de correo o algo que indicase el nombre de los propietarios, pero no encontró nada. Se iba a marchar cuando un ornamento en la jamba de la puerta llamó su atención.

Había visto objetos así antes, pero no conocía su significado. Lo rascó con la uña y lo frotó con la manga. Liberado de la capa de polvo y hollín, el recuadro plateado volvió a relucir. Tiró de él suavemente, notó cómo se movía bajo sus dedos y presionó otra vez. El soporte se soltó, dejando caer un cilindro en la palma de su mano.

—¿Cómo te llamas?

La voz le hizo sobresaltarse. Se volvió. Un hombre de aspecto extraño, derecho como una vara y los brazos pegados al cuerpo le examinaba curioso.

—¿No tienes nombre? —insistió.

—Fournier, me llamo Rémi Fournier.

—Rémi… Ré… mi… Rémi. Rémi. Yo soy Solo —se presentó.

—¿Solo? ¿Se llama Solo?

—Es así como me llaman. Porque a veces hablo solo y porque, además, no tengo padre. Entonces, todos dicen «ese, ese es el Solo» —explicó, encogiéndose de hombros—. ¿Qué haces ahí? No te había visto nunca. —Rémi quiso responder, pero el bombardeo de preguntas se lo impidió—. ¿Te gusta? ¿Quieres vivir aquí?

Las preguntas del hombre le desconcertaron; debía de tener unos cuarenta años, pero se expresaba como un niño.

—No, sólo he venido a ver esta casa.

—¡Pero si está toda rota! Hay otras mucho mejores y más bonitas en el pueblo.

—Te creo, pero era esta la que quería ver —sonrió Rémi.

—Esta se quemó. ¡Unas llamas grandes! —exclamó Solo gesticulando con las manos.

—Sí, se quemó. ¿Te acuerdas? ¿Estabas aquí cuando sucedió? ¿Viste algo?

Solo se cruzó de brazos y con un gesto terco negó con la cabeza sin parar.

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—¡Que no puedo!

—Pero ¿qué es lo que no puedes?

—Solo no puede hablar de la granja de los judíos.

—¿La granja de los judíos? ¿La casa se llama así?

No contestó.

—Es una pena, la casa debía de ser muy bonita.

—¡Era muy grande! Era la casa del Jacob y del Isaac antes, pero se fueron, y entonces ya no era de nadie, y además se quemó. ¡Las llamas eran enormes! Y era por la noche.

—¿Y vinieron los bomberos?

—¡Sí! Me gustan mucho los bomberos. Cuando llegaron, ya se había quemado. No vienen del pueblo, vienen de… no sé de dónde vienen, pero es lejos.

—Y todo el mundo salió a ver el fuego, ¿no?

—No me acuerdo. Solo no estaba.

—¿No viste el fuego? Entiendo. Te lo han contado los que lo

vieron.

—Sí, la gente me lo contó —dijo, removiéndose inquieto—. El señor Grandieu dice que Solo no sabe nada porque no estuvo ahí. Los otros vieron el fuego. Solo no. No vio el fuego. ¡Todo se quemó con unas llamas gigantescas!

—¿Había alguien en la casa? ¿Jacob o Isaac? ¿Estaban ahí?

Solo se quedó petrificado. De repente, su cara se convirtió en una mueca grotesca. Cerró los puños con fuerza, abrió la boca para gritar, pero ningún sonido salió de ella. Se puso a patalear, a golpear el suelo con el talón.

—No —murmuró con una voz sorda mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡No! ¡Yo no miré a la señora, no fui yo! —gritó mientras se alejaba dando tumbos como si hubiese bebido.

27

Nancy, noviembre de 2016

Andreani se decidió por fin. No servía de nada seguir dando vueltas preguntándose qué era lo que le quemaba las entrañas. El domingo por la mañana, después de haber pasado la noche en blanco, se plantó en las urgencias. El internista le hizo unos exámenes de rutina y lo desvió a un gastroenterólogo, que se dirigió a él como si fuese un niño o un anciano. ¿Fuma usted? ¿Bebe mucho? ¿Practica algún deporte? ¿Lleva usted una vida sana? No tenía que esperar los resultados de los análisis para comprender que el barco hacía agua. Por todas partes. La sentencia le llegaría en unos días.

—Muy bien, le mandaré los resultados a su médico de cabecera. ¿Su nombre, por favor?

—El doctor Legast, de la clínica de Gentilly —respondió con una voz apagada mientras se cerraba la camisa.

—¿Legast?

Sí, Legast, el forense. No, no estaba de broma. ¿Por qué él? ¿Porque era un amigo? ¿O porque se sentía igual que los cadáveres que este guardaba en sus armarios? En el mismo estado que Rémi en su cajón de acero refrigerado, sus óperas pisoteadas por el suelo y el anillo de Christine entre los dedos de Moret o de Marcel. Hasta el punto de no distinguir el árbol del bosque, de no saber lo que quería de lo que no, de no soportarse a sí mismo. Tenía necesidad de compañía, pero no quería hablar, ni mentir, ni responder a preguntas. Cogió el teléfono y buscó el número de Francesca. Marcó, pero volvió a colgar antes de que sonase la primera vez.

De vuelta a casa, encendió el ordenador e intentó concentrarse en el informe que su colega había redactado sobre el incendio de

Laxou. Couturier tenía razón, lo mejor era cerrar. Tenían suficientes casos a la espera para andar hurgando en historias de hacía más de cincuenta años. Y la desaparición de Bardel no había mejorado la situación. Todos los buenos propósitos que se había hecho en Córcega se habían desvanecido tras su vuelta. Incapaz de concentrarse, cerró con rabia el ordenador y se dirigió a la cocina para servirse una copa de la primera botella que encontró.

—¿Estás bien? —le preguntó suavemente Couturier al verle entrar con la cara demacrada.

Andreani se contentó con parpadear un par de veces.

—Bueno… mientras tú pasabas un fin de semana bucólico en el fin del mundo, yo no he estado ocioso. Toma, un poco de lectura —le dijo tendiéndole unos papeles, todavía tibios de la impresora.

—¿Un árbol genealógico? —comentó Andreani indiferente.

—Mierda, Philippe, no te puedes plantar delante de Detravers en ese estado —dijo sacando un tubo de comprimidos del cajón.

—¡No necesito ninguna aspirina! —protestó Andreani.

—No, ¡pero vitaminas sí! Pareces salido del pincel de un pintor cubista. Toma, bébete esto —le dijo empujándole un vaso por la mesa.

—No te preocupes, Laurent. Debería aguantar.

—Más te vale, porque Detravers no va a dejar títere con cabeza si la jodemos otra vez. Tienes cinco minutos para meterte mi resumen en la cabeza.

El inspector general le esperaba tras una pila de carpetas meticulosamente ordenadas.

—No me gustan las bombas de relojería, y menos si me saltan por los aires. Espero que haya aclarado la situación. Seis meses… Bien, dejémoslo. Vaya al grano.

Andreani se aclaró la garganta.

—Bien. Nuestro punto de partida es Rémi Fournier, notario

jubilado de Nancy, nacido en París en 1952, muerto en mayo, hace seis meses, en el incendio de su casa de Laxou —recitó mientras pegaba la foto de un hombre de edad media, los ojos grises y pelo rojizo en la pizarra—. Asiduo a la iglesia, no estaba casado ni tenía descendientes. Ni amigos ni enemigos. Un perfil sin muchas sorpresas. Lo único que se sale de lo normal es que fue adoptado a finales de 1952 por Jacques y Micheline Fournier, una familia sin mucha historia. Cuando alcanza la mayoría de edad, Rémi Fournier, nacido como Isaac Silberman, hereda una casa en Eberviller de Sarah, su madre biológica.

—Le había pedido que fuese al grano, no que me hiciese un inventario de su herencia.

—Es un punto importante. Su madre también murió en el incendio de su casa.

—¿La madre y el hijo muertos en las mismas circunstancias? —concluyó Detravers.

—Con sesenta años de diferencia, pero sí —confirmó Andreani —. Es un punto que nos ha llamado la atención.

—¿Una relación entre los dos sucesos?

—Ningún vínculo directo. Sólo hemos descubierto que Sarah Silberman, la única superviviente de una familia judía, quería poner a la venta la casa de sus padres, desaparecidos en 1942. Va a ver al notario del pueblo y muere esa misma noche. La investigación de la gendarmería del lugar concluyó que había sido un incendio accidental. Cuando Rémi Fournier alcanza la mayoría de edad en 1973, se convierte en el propietario legal de la casa.

—Pero no hay ninguna relación evidente entre esa muerte y la que nos ocupa, ¿no?

—Ninguna. El notario del pueblo ha muerto y su despacho cerró. Estamos intentando obtener copias de sus archivos. Fue la administración fiscal la que en su día identificó a Rémi Fournier como heredero. Lo hemos encontrado porque hubo un retraso en un pago del impuesto sobre los bienes inmuebles. Pero fue regularizado al poco tiempo sin que hubiese ningún recurso o aplazamiento.

—¿Las causas de la muerte del hijo? ¿Establecidas?

—Asfixia tras un infarto de miocardio. Ni el forense ni el perito de la aseguradora han emitido reservas al respecto.

—¿Las circunstancias?

—Un accidente doméstico, infarto e inflamación del aceite de una sartén.

—¿Y en el caso de la madre?

—Parecido. Los gendarmes no encontraron nada sospechoso en el momento. La casa estaba en ruinas, abandonada desde hacía años, y la víctima dejó desatendido el fuego antes de irse a dormir. La chimenea era antigua y no había sido revisada.

El inspector murmuró unas palabras incomprensibles mientras se atusaba el bigote.

—No veo ningún problema en el caso, teniente. Parece una desgraciada coincidencia, y supongo que no será trabajo lo que le falta. La historia de esa pobre mujer parece desafortunada, sí, pero ¿qué quiere? Si no han encontrado ningún vínculo entre los dos casos… En cuanto a Fournier; si el perito y el forense llegan a las mismas conclusiones, no creo que tengamos que escarbar más, parece que todo está claro. Cierre el expediente, aunque me permito llamarle la atención por este inadmisible retraso procesal.

La reunión había acabado. Andreani, contento de poder salir de la habitación, empezó a juntar sus papeles.

—Dígame, teniente… Sólo una cosa más. Esa Sarah Silberman… decía usted que sus padres desaparecieron en la guerra, ¿no?

Andreani se asombró de que a Detravers le interesase un detalle tan preciso de la historia. Asintió con la cabeza.

—Eran judíos, por lo que ha dicho usted, ¿no?

—Bueno… cuando fui a ver la casa me enteré de que en el pueblo la llamaban «la granja de los judíos», así que…

—La granja de los judíos… —repitió Detravers—. ¿Qué más sabe de esos Silberman?

¿Era una trampa? ¿Quería comprobar si se habían currado el expediente a fondo? No habían tenido ni una semana para arreglar el desastre que les había dejado Moret. Mirando el legajo que le había dado su colega se dio cuenta de la suerte que tenía de trabajar

con alguien como Couturier. Sacó el expediente de la Cruz Roja que le había impreso su colega y en el que había subrayado los puntos principales y leyó en voz alta lo que le interesaba al inspector:

—A los padres los detuvieron en la redada del Velódromo de París en 1942.[5] De ahí les llevaron al campo de Drancy, acabaron en Auschwitz. Todavía no sabemos bien cómo pudo escapar su hija.

—¿La niña sobrevivió a los campos de concentración?

—Sí, bueno, no. En lo que respecta a ella, no hemos encontrado nada más que un artículo relatando el incendio de 1952. ¿La deportaron? ¿Sobrevivió a los campos? ¿Se escondió? ¿Dónde y con quién? A lo mejor con su tío. No lo sabemos.

—¿Un tío?

—Jacob Silberman. Los dos hermanos compartían la propiedad de la casa de Eberviller. Tuvo el mismo destino que los padres de la joven, pero un poco más tarde, en otoño del 42.

—¿El mismo recorrido? ¿También desde el campo de Drancy?

—No. Él desde Carlos III. Desde ahí fue trasladado a Écrouves para acabar en Auschwitz también.

—¿Perdone? —preguntó el inspector incorporándose en su silla —. ¿El centro de detención de Nancy y después Écrouves?

—La prisión de Carlos III en Nancy, sí —dijo Andreani tras verificarlo en las notas de Couturier.

—¿No pasó por Gurs, en los Pirineos?

—¿Gurs? ¿Los Pirineos? No… Sólo Écrouves y después Auschwitz. Por lo menos eso es lo que está consignado.

Detravers se quedó silencioso, con la cara inexpresiva. Tamborileó en la mesa con los dedos hasta que se levantó.

—Bien, Andreani. Me parece que está todo completo. Caso cerrado. Puede irse.

—¿Y? ¿No estaba contento el inspector, que traes esa cara?

—Pues no. Todo lo contrario. Caso cerrado —dijo Andreani dejándose caer en una silla.

—Estás de broma, ¿no?

—No. Creo que ha ido a pillarme, a ver si habíamos hecho bien los deberes, pero tenía todo lo que quería.

—¿Sobre qué tema?

—Ha preguntado todo sobre los Silberman. Todo su recorrido, incluido el de Jacob.

—¿Se dice «gracias» a quién?

—Gracias, Laurent —repitió, sarcástico.

—Hombre, si Dios Padre en persona nos da su bendición, recogemos y nos vamos a dormir…

—¿Tenemos todo?

—Todo. En copia triple, preparado para acumular polvo en los archivos.

—¿Has incluido el expediente del 52?

—¿El expediente del 52?

—El informe de la gendarmería de Eberviller, el de la madre.

—No.

—¿Cómo que no?

—No. No lo he incluido en el expediente porque no lo tengo. Y no lo tengo porque no lo he solicitado —repitió Couturier molesto.

—¿No lo has pedido? ¿Y qué coño has estado haciendo?

—¿Que qué coño he estado haciendo? Menudos cojones tienes, Philippe. Me llamas un día de fiesta justo cuando salgo al bridge mientras andas haciendo turismo por ahí. Existe una vida fuera del trabajo, Philippe, te vendría bien enterarte. Además, ¿qué quieres sacar de esa mierda de expediente, me lo quieres explicar?

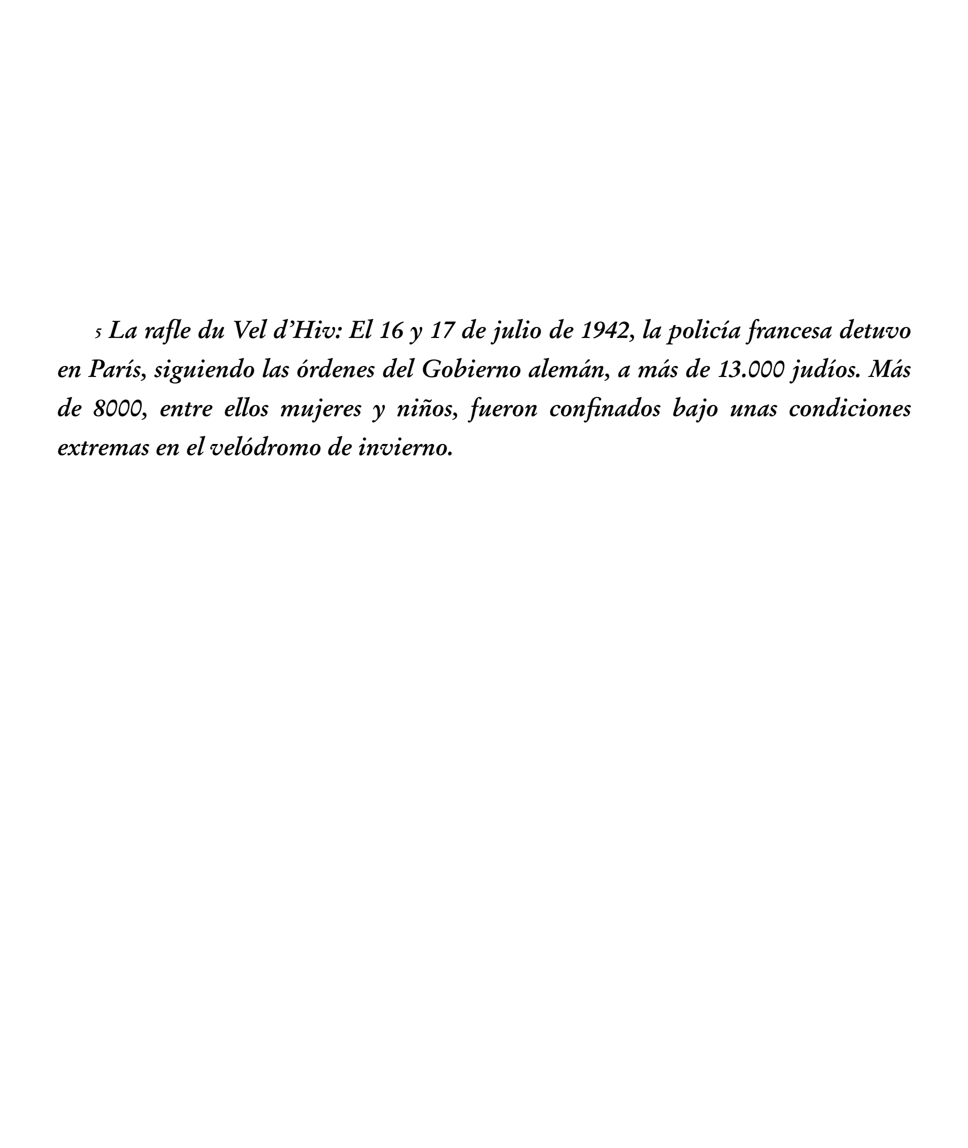
—La madre y el hijo, muertos los dos en un incendio accidental…

—No, Philippe, no empieces otra vez. Detravers en persona acaba de darnos carta blanca. Tú te empeñaste en ir a ese sitio. Sea. ¿Qué es lo que has sacado en limpio? Nada, absolutamente nada. Una coincidencia. Trágica, sí, pero una coincidencia.

—¿Una coincidencia? ¿Eres tú el que habla de coincidencias después de darme el coñazo el día entero con el azar, el irracional y todas esas mierdas que no entiende nadie?

Couturier se levantó de golpe. Parecía a punto de explotar.

—¡Vete a la mierda, Philippe Andreani! —gritó antes de coger su chaqueta y salir dando un portazo.



5 La rafle du Vel d'Hiv: El 16 y 17 de julio de 1942, la policía francesa detuvo en París, siguiendo las órdenes del Gobierno alemán, a más de 13.000 judíos. Más de 8000, entre ellos mujeres y niños, fueron confinados bajo unas condiciones extremas en el velódromo de invierno.

28

Eberviller, junio de 1940

El notario Jouffroy releyó el contrato.

—¿Estamos de acuerdo?

Grandieu le miró, no dijo nada y asintió.

—Entonces, firmen aquí —indicó el notario, tendiéndoles una pluma a los dos hombres.

Todavía no se lo creía. No era sólo el trato que le proponía Jacob lo que le había pillado desprevenido, sino el que se hubiese dirigido a él para ello. Se contuvo para no mostrar su júbilo. Pero Jacob no era tonto y si ponía así su destino en sus manos es que había tomado sus precauciones.

Jacob estaba acorralado, eso era cierto. Los alemanes no tardarían en aparecer, era cuestión de semanas, incluso de días. El tiempo apremiaba; en el momento en el que los alemanes se diesen cuenta de que las tierras eran de un judío las confiscarían. Y él, al igual que Jacob, no quería que las tierras pasasen a manos extranjeras, y menos si estas eran germánicas. El padre, desde ahí arriba, no se lo perdonaría jamás.

¿Le había dicho Jacob todo? Grandieu se hizo releer las cláusulas del contrato por el notario. Algunos de los términos le quedaban poco claros, pero se había hecho explicar varias veces el resultado de la transacción. Por una buena suma que el judío le había avanzado para la compra, se convertiría en el propietario oficial de las tierras de Jacob, que trabajaría durante su ausencia. Por otro lado, estaba el segundo contrato, que debía quedar secreto. Después de la guerra, él le devolvería al judío sus tierras y, en compensación, recibiría los campos que Talmi, el abuelo de Jacob, había comprado a los

Grandieu tras la Gran Guerra. Si alguno de ellos muriese, este contrato se aplicaría a sus herederos.

Tras la venta ficticia, Jacob simularía irse a París con su hermano. Pero no sería más que una estratagema. Se quedaría en sus tierras, donde se escondería. Con un poco de suerte, los alemanes no aparecerían demasiado a menudo por el pueblo.

El cobertizo del bosque de Froidcul, al lado del riachuelo, era el escondite perfecto. Grandieu se ocuparía de avituallarlo y la Jeanne Louvel, su criada, se encargaría de llevarle las cosas. Jacob tenía confianza en ella y, siendo precavidos, todo saldría bien.

El plan era una locura. ¿Cómo podía ignorar Jacob el rencor que corroía sus entrañas? Era increíble que se prestase al juego. ¿Existiría una cláusula secreta? Si le ocurriese a Jacob cualquier cosa, probablemente un documento sería enviado a las autoridades para denunciar su trato con el judío. Y él acabaría colgando de la horca.

Pensó en su padre, Marcellin. Les Éparges, febrero de 1915. En la carta que les trajo el alcalde, semblante contrito, mientras cenaban una aguachirle con nabos que sólo tenía de sopa el nombre. «Señora, es mi triste deber comunicarle… asalto heroico, campo del honor…» y el resto del blablá… ¿Estaría orgulloso de él, desde ahí arriba? Pensó en su hermano, el Jeannot, que no tenía ni veinte años. Tampoco él volvió. «Señora, es mi triste deber comunicarle que… caído valerosamente en el bosque de Malacourt…» y lo demás. Las podían recitar ya de memoria, esas malditas cartas.

Él era entonces demasiado joven, suerte tenía si se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. Cuando acabó la guerra, la madre tuvo que cargar sola con la granja. Con el certificado de estudios de primaria en el bolsillo, tuvo que dejar los libros de historia y de moral para ponerse a arar. Aunque no sirvió de nada, al final tuvieron que vender.

Pero hoy todo podía cambiar. Todo podía volver a ser como antes.

Cogió con un gesto nervioso la pluma que le tendía el notario y firmó.

29

Nancy, noviembre de 2016

La lluvia parecía a punto de caer sobre las calles oscurecidas por unas nubes de reflejos metálicos. Después de todo, una copa le iría tan bien como un paseo. Cuando entró en el Serio, la tormenta ya se había desatado. Andreani tuvo cuidado de no hacer tintinear la campanilla. Apoyado en la barra de zinc, el maestro declamaba:

—Sólo conocéis de oídas sus hazañas más atroces; los campesinos masacrados, las mujeres deshonradas, las casas libradas al pillaje, las cosechas destruidas, ahí están los males, extraños para aquellos que nunca inclinaron la frente bajo el yugo vencedor.

»¿Con qué ojo vuestros burgueses fugitivos verán de lejos el incendio devorar sus ciudades y las llamas lanzar sobre el Támesis espantado su silueta roja?

»No te indignes, Albión, pues te pertenecía la antorcha que desde el Rin hasta el Tajo encendió parecidas hogueras. Cuando vengan estas calamidades a fundirse en tus orillas, pregúntate quién, entre estos pueblos y tú, las ha merecido más.

»Una vida por otra, tal es la ley del cielo y de los hombres, y en vano lamentará la catástrofe, aquella que prendió fuego al conflicto.

Los clientes rompieron a aplaudir y a aclamar al dueño, que se inclinó teatralmente.

—Su Lord Byron, supongo —se aventuró Andreani, acercándose a felicitar a su amigo.

—Efectivamente, efectivamente —confirmó el restaurador sin resuello—. Ha sido un buen hueso que roer… Es muy ambiguo, al principio no sabía por dónde cogerlo. Pero he comprendido que sólo soy el vehículo del poeta, nada más. Y a pesar de mis esfuerzos, no

creo haber llegado al núcleo, a entender del todo la esencia del texto.

—A juzgar por la reacción de su público, no se ha quedado muy lejos.

—Aduladores, nada más, Philippe.

—Le encuentro muy modesto, Pierre.

—Corríjame si me equivoco, pero ¿todo esto no le parece fatuo? El hombre se esconde detrás de las apariencias, de las palabras, pero al final, lo único que cuenta son los actos. Los actos, sí. El resto es puro humo. De eso habla Byron, de las consecuencias de nuestros actos. El fuego, las llamas. Son símbolos, ¿comprende? Es un autor de una actualidad sorprendente.

Para poder seguir al Serio, no sólo hacía falta el bagaje cultural de Pico de la Mirandola, sino las vueltas de un Pierre Dac. Si a primera vista podía parecer despistado, la conversación con él ponía de manifiesto un espíritu agudo y brillante.

—No se puede imaginar hasta qué punto actual… Hasta dónde estoy yo inmerso entre las llamas.

—¿Las llamas? Bueno, es la guerra, sobre todo, lo que evoca Byron.

—Justo. Metido hasta el cuello.

—¡Cuénteme, cuénteme! Con este tiempo, necesitamos algo que nos levante la moral —añadió el Serio colocando dos copas de coñac sobre la barra—. No se fíe del color paliducho, tiene cuerpo y desarrolla un magnífico aroma. Una maravilla. Le acompaño.

Andreani giró su copa en la mano, probó el Frapin VSOP y empezó a contar.

—¿Le dice algo Gurs?

—¿Gurs, el campo de concentración?

—Yo no había oído hablar de él en la vida. Drancy o Struthof[6] sí, pero nada sobre Gurs.

—¿Con relación a la guerra civil española o a la Segunda Guerra Mundial?

Andreani le miró asombrado, y acto seguido le resumió la historia de los Silberman. El Serio hizo una mueca y después suspiró.

—Veo que no está usted muy puesto en la historia de Francia,

comisario. Y el ser humano tiene siempre esa horrible tendencia a simplificar las cosas... Oye usted campo de concentración en Francia y ¿piensa en qué? Drancy y Struthof. Este último por haberlo visitado con el colegio, supongo.

Andreani tuvo que asentir.

—Gurs fue creado en marzo de 1939, a los pies de los Pirineos. En un principio fue construido para recibir, si se puede expresar así, a los republicanos españoles que huían de la toma de poder de Franco. Sí, la Francia republicana acogió a sus hermanos ideológicos con los brazos abiertos... Más tarde, se utilizó para internar a judíos. Y comprendo bien lo que le llama la atención a su jefe. Tras el desastre del 40, Alsacia y Lorena volvieron a pasar a integrar el Reich alemán. La Mosela se convirtió, junto con el Sarre y el Palatino en una región única. Un «Gau», como se decía región en la época. Y ese Gau tuvo el dudoso honor de llegar a ser Judenrein, o sea, limpio de judíos, hazaña que consiguieron con una purificación étnica llamada «operación Wagner-Bürckel». Y eso, dos años antes de la redada del Velódromo de París, para que se sitúe usted un poco. Lo que quiere decir que, en julio de 1940, la totalidad de los judíos de Mosela había sido deportada. En julio del 40, ¿se imagina? Y los metieron en Gurs, que estaba todavía en la zona libre de la época. Los aparcaban con los republicanos españoles, con los que nadie sabía qué hacer, como le dije antes. Algunos se escondieron hasta el final de la contienda, pero pueden contarse con los dedos de las manos. Y si sobrevivieron, fue un milagro. Si su Jacob Silberman estaba en Mosela en el 42, era el último mohicano.

—¿De dónde ha sacado usted todo eso, Pierre? —preguntó Andreani, francamente asombrado—. Sabe usted más que Wikipedia...

—¿Wiki qué?

Andreani no pudo evitar sonreír.

—No, en serio, Pierre, sabía que era usted un experto en literatura, pero no sabía que tuviese usted también un doctorado en historia. ¿Cómo sabe usted tanto de este asunto?

—No tengo ningún mérito. Nací en Pau, justo al lado de Gurs.

La historia es muy conocida en la región. No es algo de lo que nos vanagloriemos en la actualidad, pero rebuscando un poco en internet no tendrá dificultades para encontrarla.

Couturier no tendría problemas para encontrarla, se dijo Andreani pensando en el altercado que había tenido con su compañero. Los hombres se esconden tras sus palabras, pero sólo los actos cuentan.

—Está usted muy serio, mi querido Philippe. ¿No le gusta el coñac? —preguntó el Serio intentando descifrar la cara inexpresiva de su amigo.

—No es nada, sólo algo que me ha sentado mal —contestó evitando explicar las verdaderas causas de su preocupación.

—¿Ha abusado de la pizza congelada? Eso mata poco a poco, probablemente más que el tabaco… A mí, lo que me sienta mal es la contabilidad. Tenga, llévese el texto de Byron, tómese su tiempo. Creo que por ahora ya le he sacado el jugo. No iré tan lejos como para asegurarle virtudes terapéuticas, pero acariciará su espíritu sin atacar a su estómago, querido comisario.

Apoyado en la barra, Andreani observó distraídamente las botellas colocadas sobre las estanterías. Al contrario de otros establecimientos, el Serio las había ordenado según el color de la etiqueta. Era inútil intentar comprender esa decisión.

Aunque no quisiese admitirlo, sabía que se había equivocado. Tenía miedo del resultado de sus análisis, dudaba de su capacidad para volver al trabajo y estaba indeciso sobre la naturaleza de sus sentimientos hacia Francesca. Se sentía presionado por todos los lados. Las consecuencias de su estado las había pagado con Couturier y se sentía fatal. Había ido demasiado lejos. ¿Qué le llevaba a herir a todos los que se le acercaban? ¿Era el miedo? ¿El enorme miedo de que alguien se diese cuenta del vacío en el que vivía, el abismo en el que se hundía inexorablemente desde hacía meses? El Serio lo había notado, dejando de lado el Philippe para volver a llamarle comisario. Una vez más había derrapado porque las cosas no iban como él se imaginaba. El caso Fournier le dejaba una sensación inconclusa, una impresión de que el absceso seguía

infectado. Era incapaz de encajar todas las piezas del puzle, lo que no hacía sino acrecentar su sentimiento de desánimo y frustración. Aunque sabía que el problema estaba en sí mismo. Notó el teléfono vibrar en el bolsillo. Rumió.

El nombre de su colega apareció en la pantalla, dudó y al final tuvo el valor de responder.

—Laurent, perdona, no quería…

—Ya, no me cuentes historias —le cortó Couturier—. Harías mejor en venir.

—¿Qué pasa? Por lo de antes…

—Ponte las pilas y comprenderás. Te espero.

Pagó su copa y se dirigió a la brigada. Intentó andar más rápido, pero su rodilla se resintió.

Encontró a Couturier con los pies sobre la mesa, los brazos cruzados tras la cabeza y reclinado en su silla.

—Lo siento, Laurent —se excusó de inmediato.

Couturier se incorporó y le dio la vuelta a la pantalla del ordenador.

—Mis teorías de mierda, ¿verdad?

—No pensaba lo que te he dicho, ¡joder!

—Ya, tú nunca piensas. Mientras tanto, échale un ojo a esto.

Andreani se colocó las gafas y recorrió el documento.

—Esto es ilegible…

—Ya, ya lo sé. Es la escritura. Yo también tardé un poco en descifrarla. Casi se diría que el autor la modificó a propósito. Claro que, dado el contenido, no es de extrañar que se quisiese esconder. Lo que tienes ante ti es el anónimo de la denuncia de Jacob Silberman.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Completamente. Baja en el texto, tienes la versión transcrita en la otra página.

> *El dos de octubre de 1942. Señó prefecto, sigo mi dever y le hinformo que el judio Jacob Silberman se esconde en la cabaña, en el sitio de La Houppe (de Houpsch) al borde del bosque de Froidcul*

en Eberviller (Mosela). Es mi dever nacional. Un patriota.

—Un patriota… Dios… ¿De dónde lo has sacado?

—Ya te lo he dicho, mis jodidas teorías o la trituradora de mierda, lo que prefieras.

—Laurent, por favor…

—Estaba delante de nuestras narices —continuó Couturier—, no lo vimos. En nuestros propios archivos. La prefectura de la policía está digitalizando su pasado y parece que van a editar estos horrores en unos meses, haciéndolos accesibles por internet.

—¿Tal y como están?

—Ya te puedes imaginar que no. Todo lo que pueda identificar al autor aparecerá cubierto en negro. Es escalofriante. Debemos de tener unos trecientos mil, puede que incluso más. Todavía no han acabado de escanearlos. Hay de todo, desde acusaciones por estraperlo, el vecino que escucha Radio Londres y las mujeres de prisioneros de guerra que engañan a sus maridos. Sin olvidar a los judíos, claro. Todo meticulosamente ordenado por el nombre de la víctima, el lugar y la fecha. Sólo he tenido que meter el nombre de tu tipo, Jacob Silberman, para que saliese. Si hubieses tenido un poco de paciencia, si te hubieses dado cuenta de que no estoy a tu disposición ni a tu servicio continuo, utilizado y subyugado a voluntad, y que, además, no eres el único que tiene problemas, a lo mejor… Pero bueno, mientras tú piensas yo voy a ver a mamá al hospital, se cayó por las escaleras el domingo. Hasta luego, cabrón.

6 *Campo de concentración a 55 km de Estrasburgo, Alsacia.*

30

Eberviller, octubre de 1942

Jacob Silberman dormitaba aún cuando los tablones de madera que hacían de puerta saltaron por los aires. Se sobresaltó, se incorporó en la cama y comprendió al instante lo que pasaba. No estaba sorprendido, lo esperaba hacía tiempo. ¿Le cogerían en una de las raras salidas que se permitía durante la noche o esperarían al silencio del alba? Había sido muy cuidadoso, tomaba todas las precauciones posibles, pero sabía que acabarían por descubrirle. Y ahí estaban, apuntándole con sus armas, amenazándole. Miró la silla en la que apoyaba su escopeta de caza.

—Ni lo pienses. Un solo gesto y te mato como a un perro. Levanta las manos.

¿Cuánto tiempo llevaba escondido? Al principio, había intentado convencerse de que la situación no duraría más que unas semanas, a lo mejor unos meses, un año, lo máximo, pero últimamente no conseguía engañarse más: había habido un antes, y ese antes no volvería jamás. El después, para él, no era más que una amarga ilusión. Se levantó.

—¿Te creías a salvo? Pensabas que no te encontraríamos, ¿eh?

Se plantó ante los dos hombres. ¿Cómo habían podido saber que se escondía? ¿Y cómo habían encontrado el cobertizo?

—Y eso que estábamos seguros de haberos cogido a todos… Espero que hayas disfrutado bien de la prórroga, porque en el sitio al que vas… Aunque siempre te podrás consolar diciéndote que fuiste el último.

Uno de ellos le indicó con el cañón de la pistola que se volviese mientras el otro le cacheaba y sacaba unas esposas.

—Está limpio.

Le empujaron al exterior. Cegado por el sol naciente, Jacob entornó los ojos y observó sus tierras. El rocío no se había evaporado aún y el olor a hierba mojada le invadió la nariz. Aspiró profundamente. Oía a lo lejos el rumor del arroyo que serpenteaba tras la cabaña. En el pueblo, la campana de la iglesia tocaba el primer cuarto de las seis.

Bajó la mirada, se inclinó y hundió las manos en la hierba mojada arrancando unas briznas.

—¡No hagas el imbécil! ¡Suelta eso!

Jacob miró al miliciano a los ojos, sonrió, abrió el puño lentamente y sintió la tierra escapándose entre los dedos.

—¿Quién te escondía? —preguntó uno de los dos tipos, con aire de chulo, avanzando tras él.

Jacob se volvió y le miró. Antes de que pudiese reaccionar, el otro se acercó a él como si fuese a abrazarle para asestarle un puñetazo en el estómago repitiéndole la pregunta en el oído. Sin aliento, Jacob cayó de rodillas.

—Harás mejor en confesar ahora. De todas maneras, lo vas a contar. Podemos ser bien persuasivos. ¿Quién te escondía?

Un intenso dolor se extendía desde el estómago hasta la garganta. Intentó levantarse, consiguió arrodillarse y vomitó un hilo de bilis.

—Lucien, no tenemos tiempo. Tenemos que irnos —dijo el segundo miliciano, vestido de negro.

Jacob levantó la cabeza y miró al que parecía estar al mando y que le acababa de pegar. Le reconoció. Ese Lucien…

El dolor le impedía poner orden en sus ideas.

Un coche los esperaba con el motor en marcha en la bifurcación del camino de grava que llevaba al pueblo.

¿Quién les podía haber puesto al corriente de su escondite? Tomaba todas las precauciones posibles, y ni una sola vez había notado que alguien le vigilase. Los del pueblo lo sabían, claro. Habrían visto las idas y venidas de la Jeanne, pero seguro que ella había sido cuidadosa también. La pobre Jeanne… ¿La arrestarían también a ella? Un nudo de angustia empezó a crecer en su

garganta. No le habían encontrado por una casualidad, alguien le había denunciado, eso era seguro. Lo que había temido desde el principio se había acabado produciendo. Pero si no había sido... Entonces...

—¡Adelante! Le llevamos a Carlos III.

31

Nancy, noviembre de 2016

—¿Preparado?

Couturier tiritaba en el borde de la piscina. El médico esperaba impaciente, cronómetro en mano, a que el policía decidiese tirarse al agua de una vez. Este se arriesgó a meter un dedo del pie.

—Teniente…, si no le importa.

Se sentó en el borde de piedra, de deslizó con cuidado y se metió por fin en el agua. Legast observó el naufragio con una mezcla de compasión y diversión.

—Bien… vamos a redondear. Dos minutos… veintiocho. —Calculó cuando Couturier acabó sus largos—. Está usted justo dentro del tiempo requerido. —Couturier salió del agua, los hombros bajos y la mirada abatida—. No ponga esa cara, teniente. Ya hemos acabado. No es para lanzar cohetes, hay que reconocerlo, pero está usted dentro de los baremos exigidos. Debería de estar contento. Un último examen clínico y está usted listo para el servicio.

El atleta levantó la cabeza.

—¿Es cierto? ¿Y no ha…?

—Teniente Couturier, que las cosas queden claras entre nosotros. Tengo un cierto aprecio por su colega Andreani, que me ha pedido este favor, y, además, me cae usted bien. Le recuerdo que yo trabajo con cadáveres, y no tengo constancia haber resucitado jamás a ninguno de ellos. Para que quede claro, es asunto suyo si quiere creer en milagros, pero yo, personalmente, prefiero pasar las vacaciones en Lozère que en Lourdes.

La carpeta «Rémi Fournier» reposaba ante Andreani con sus conclusiones, redactadas en la alambicada jerga administrativa, incluidas. Miró la hoja de la delación de Jacob Silberman. No era relevante para el expediente. Los Silberman no eran relevantes. Eso era lo que tenía que hacer; aislar las historias, separar los destinos.

Pero, antes de todo, tenía que ir a ver a la madre de Laurent, que estaba en el hospital de Gentilly. Las visitas estaban autorizadas hasta las seis. ¿Se le llevaban bombones a una señora de setenta y seis años?

Volvió a pensar en las palabras del Serio: el último de los mohicanos. Si las denuncias anónimas estaban digitalizadas, probablemente las fichas de encarcelamiento también lo estarían. Carlos III fue uno de los centros penitenciarios más antiguos de Francia. Cerrado en el 2009, fue derribado un año más tarde y los datos de encarcelación y puestas en libertad habrían pasado a los archivos nacionales.

«La página que busca no existe», «error 404», «... no puede mostrar la página web». Lanzó una maldición. El portal de la administración penitenciaria era un laberinto y todos los caminos que tomaba acababan en un callejón sin salida.

Tras luchar más de un cuarto de hora, cogió el teléfono y llamó a Jean François Bailly, uno de sus raros amigos. Habían estudiado la carrera juntos y los dos habían ingresado en la administración pública. Pero, al contrario que él, Jean François era un animal político y tenía ahora un alto puesto en el Ministerio de Justicia.

—¿Philippe? ¿A quién has jodido esta vez?

—A nadie... por lo menos eso creo. ¿Qué tal vas?

—Bien... ¿Qué necesitas?

—Busco la ficha de un detenido. Jacob Silberman.

—¿Te han quitado los códigos de acceso?

—No, y ni siquiera los he perdido... Pero deben de ser demasiado antiguos, no consigo entrar. Por eso te llamo.

—¿De cuándo es la detención?

—1942.

—Eso es antediluviano… Un judío, supongo.

Andreani confirmó.

—Espera un momento… no es difícil, están todos digitalizados. Pero se trata de un período delicado, así que, para evitar artículos descontrolados en la prensa, hay que hacer una solicitud antes de consultar un expediente. Dame cinco minutos y te mando lo que tengamos. Pero ándate con ojo, Philippe. No todos fueron como Édouard Vigneron[7] *durante la guerra. Y las denuncias anónimas de los judíos siguen siendo un tema sensible. No te metas en camisa de once varas.*

Andreani colgó, y cinco minutos más tarde tenía el expediente en su correo.

Jacob Silberman no había pasado más que unas semanas en el penal de Carlos III. El registro de entrada, firmado por un tal Lucien Bontemps, llevaba la fecha del 6 de octubre de 1942, y la consignación de la salida era del 18 del mismo mes, en el que había sido trasladado al centro de detención de Toul-Écrouves, a la espera de su traslado, como precisaba la ficha. Tampoco ahí tuvo tiempo de acostumbrarse a su nueva celda. Según el registro, el 7 de noviembre de 1942, a las 13:17 exactamente, había sido incluido, con más de otros noventa detenidos (comunistas y resistentes en su mayoría), en un traslado por tren de ganado hacia una oscura población de Polonia.

Volvió a retomar el legajo que le había preparado Couturier para su cita con Detravers. Según las anotaciones de la Cruz Roja, la primera en solicitar información sobre los Silberman había sido la abadesa del convento de las clarisas de Lagny. Después, el notario de Eberviller, Jouffroy. Y, por último, su sobrina Sarah. Todos los miembros de la familia, con sólo unos meses de diferencia, habían tenido el mismo destino: Auschwitz. Todos, menos Sarah. Isaac y su mujer desde la redada de París. Jacob parecía haberse quedado en la

zona hasta que le detuvieron. ¿Cómo podía haberse librado Sarah? ¿Tendría el convento algo que ver con su salvación?

Su teléfono entonó la «Cabalgata de las valquirias». Lisa y sus manías… Encontró el aparato enterrado bajo las hojas de Couturier.

—¿Philippe, se acuerda usted del 74c?

Tardó un momento en comprender que Francesca hablaba de la parcela de la casa de Rémi Fournier en Eberviller.

—Más o menos, sí… Ese tipo que le decía a usted que sí a todo…

—Sí. Frédéric.

—¿Frédéric? ¿Ya le ha propuesto matrimonio?

—No sea usted tonto, Philippe. No, todavía no tengo el anillo, pero sí un bonito regalo. ¿Las tierras, se acuerda? ¿La c de cesión?

Se había olvidado completamente. ¿Cómo podía reprocharle a Couturier el haberse olvidado del informe de Eberviller cuando a él se le había pasado un punto tan importante?

—Jacob Silberman cedió todas sus tierras.

—¿Todas? ¿Y por qué haría eso?

—La cesión tuvo lugar el 13 de junio de 1940, Philippe. ¿Comprende usted? —suspiró Francesca, impaciente.

—Sí, ahora sí… un propietario judío en la época… Así que no fue Fournier el que las vendió. ¿Jacob tuvo miedo a ser expropiado y se las vendió a alguien del pueblo?

—Es lo que parece, sí.

—Sí… Pero ¿por qué vendió las tierras y no la casa? ¿Por qué separó el lote? No tiene sentido.

—Normalmente es usted más perspicaz, Philippe. Según los documentos de la Cruz Roja, Isaac Silberman y su mujer estaban en París, y por ello, sin posibilidad de firmar. Según el catastro, las tierras estaban a nombre de Jacob, el mayor de los hermanos. Pero la casa no. La casa estaba a nombre de los dos, de Isaac y de Jacob. Por eso Jacob pudo vender las tierras, pero no la casa.

—Vale, entiendo. Pero… ¿me llama para eso? ¿O hay algo de lo que no me entero?

—Sé quién fue el beneficiario. O el comprador, como prefiera.

Asombrado, Andreani le pidió que repitiese.

—Le he mandado una copia del plano por e-mail. Las parcelas adyacentes a la casa llevan todas el mismo número, el 439. Y ese número, el 439, pertenece a un tal Grandieu. Émile Grandieu.

Émile Grandieu. Se acordó de las palabras del anciano gendarme. El propietario más grande de la región. Un tipo complicado. El peón de la granja, sospechoso, al que dio una coartada.

—Pero ¿cómo ha encontrado todo esto?

—No sabe usted preguntar, Philippe, eso es todo.

La carpeta sobre su escritorio, lista para ir a los archivos, parecía observarle con reproche. Dudó un momento, abrió un cajón y la guardó.

7 Édouard Vigneron, jefe del servicio de extranjeros de Nancy, avisó —con sus ayudantes— en julio de 1942 a los judíos amenazados por la redada de los alemanes. Esta redada tuvo lugar a la vez en París (es la Rafle del Vel d'Hiv) y en toda Francia. En Alsacia-Lorena afectó a judíos extranjeros (de ahí que Édouard Vigneron supiese quiénes eran, les había extendido los papeles), ya que, como bien explicó el Serio, los judíos de la zona fueron deportados en julio de 1940. Salvaron a 350 de 385 judíos amenazados.

32

Émile Grandieu, Eberviller, junio de 1940

Si no eres de aquí, no lo puedes entender. Todas las familias del pueblo, sin excepción, pagamos un alto precio. Pocos fueron los que volvieron, y menos aún los que lo hicieron enteros. El hijo de Hauteneur, por ejemplo, las dos piernas amputadas. Y de propina, ciego. Del pequeño Kredeler se preguntaban cómo podía vivir todavía, parecía que lo habían cortado por la mitad, de arriba abajo. ¡Y los de Blanville! Tres veces llamaron a su puerta. ¡Tres veces! Primero el mayor, después el padre y para acabar, menos de una semana más tarde, los dos pequeños, esos, a la vez. Y todo en el mismo mes del mismo año. La pobre madre Blanville… la encontraron colgando del hueco de la escalera. Y encima, tuvieron que convencer al cura, que se negaba a darle sepultura cristiana.

Al acabar la guerra intentamos arreglarnos como pudimos. Con los animales era fácil, los críos los llevaban a pastar y las mujeres los ordeñaban. ¿Pero quién iba a trabajar los campos? Arar, sembrar y segar es trabajo de hombres. Además, había que ver el estado en el que habían quedado los campos. Se luchó en el 15, sobre la colina del Weiler y a lo largo del Niederbach, para destrozar todo de nuevo en el 18. Los surcos escupían sólo huesos y esquirlas de metal, que impedían germinar las espigas. Necesitamos años para que las cosas volviesen a su estado normal.

En la primavera de 1919 nos enviaron a prisioneros de guerra. La mayoría eran obreros y mineros de la cuenca del Ruhr y no tenían ni idea de trabajar en el campo. Se perdían bastantes, cuando tropezaban, al arar, con algún obús de los que no habían estallado. Enviábamos a los otros a recoger los pedazos. Al fin y al cabo, eran

de los suyos.

El invierno fue suave, como si la naturaleza hubiese aceptado concedernos un respiro, un tiempo de duelo. Pero la primavera que le siguió fue desastrosa. Estábamos seguros de que íbamos a morir de hambre; nosotros y los animales. Pero bueno, estábamos todos igual…

Bueno, todos, no.

Estaba el de la granja de los judíos. El Silberman, el del nombre raro.

Ese no había ido a la guerra. Era demasiado viejo. El Talmi, que se llamaba. Tuvo suerte, aunque perdiese también a su hijo en la carnicería. Pero, después de todo, ¿había alguien en todo el país que no llorase a nadie de su familia? No es que las cosas creciesen mejor en sus tierras, pero, o tenía alguna reserva, o tenía dinero. O a lo mejor las dos cosas. ¿No se dice siempre que el dinero acaba en los bolsillos de los judíos? Algo de cierto debe de haber en ello.

La primera en aceptar fue Marie Lantois. Tres críos pequeños y el marido, el René, caído en los primeros días de la maldita guerra. No tuvo elección. Aunque, todo hay que decirlo, el Talmi, a pesar de ser un judío, era un tipo correcto. La Lantois se pudo quedar en su granja. Sólo que ya no era su granja. Ordeñar sus vacas, sólo que ya no eran sus vacas. Arar sus campos, sólo que…

La siguió la Mangin. Y después la Thouvenel, la Grandjean, Marthe Berthelot y hasta la Jeanne Minier; ella, que había jurado sobre la tumba del Pierre, caído en 1915, que jamás vendería. Todas ellas acabaron por decidirse. Las cosas no mejoraron mucho, pero al menos no se murieron de hambre esa temporada.

Mi madre tampoco tuvo elección. Cuando el Talmi vino a hacer su oferta, le echó de casa a patadas. Pero en el fondo sabía que no tenía otra opción. Además, en los tiempos que corrían, la oferta del judío no se rechazaba. Así que, amparándose en la oscuridad de la noche, me cogió de la mano y fuimos a llamar a la puerta de los Silberman. Mi madre, obligada a suplicar, a rebajarse ante el judío. Era la guerra, la pérdida de mi padre, de mi hermano, los recuerdos, lo que le había hecho reaccionar así. No pensaba lo que le había

dicho, claro que no. Había cometido un error, se excusaba y agradecía la generosa oferta. Y si era posible todavía, la aceptaba.

Claro que no me di cuenta de las consecuencias del trato. La granja Grandieu era nuestra casa todavía. Sólo que ya no era nuestra casa. Y el Isaac, mi amigo de toda la vida, que también había perdido a su padre en la carnicería, sí, ese Isaac, se convirtió en mi enemigo para el resto de nuestros días.

Fue en junio del 21. El Talmi cargaba con bastante más trabajo del que le correspondía a su edad. Eso tampoco podía reprochársele, y después, cuando había que repartir el dinero, lo hacía sin demora. Para ser judío, era un tipo correcto, el Talmi, todo hay que decirlo. Y eso que era fuerte como un roble. Puede que le llegase su hora, después de todo. ¿Cuántos no tuvieron esa suerte? En cualquier caso, cayó tieso como una vara. Así, sin avisar, antes de cenar. No supimos muy bien lo que pasó los días después. En el pueblo, se iba a la iglesia, el señor cura celebraba el oficio y después se enterraba al muerto. Se bebía café, se tomaban unas pastas, se brindaba con licor por la memoria del difunto y al final, cada mochuelo a su olivo, a hacer lo que cada uno tuviese que hacer. Puede que con el Talmi fuese parecido, pero nadie lo supo. Ninguno intentamos saberlo tampoco. Lo juntaron con con su hijo en el cementerio, en la parcela que había comprado un poco separada del camposanto. Se había tenido que hacer un agujero en el muro y se había colocado una bonita verja de hierro, adornada con una estrella rara, para cerrarlo, dado que los judíos no podían, o no querían (al final, era lo mismo) mezclarse con los otros.

Ese hijo se llamaba Aarón. Cayó al lado de los chicos del pueblo en el 16, si no fue un año más tarde. Su mujer, una chica pálida y sensible de la ciudad, le siguió poco tiempo después, dejando al Talmi solo al cuidado los dos pequeños. Jacob, el taciturno, e Isaac, el debilucho. Ese salía a la madre, eso estaba claro. Ya se veía que lo de ensuciarse las uñas en el campo no era lo suyo. El Jacob, al contrario, tenía la fuerza del abuelo. Pero no las maneras. No esperó a que el abuelo muriese para empezar a mandar, el mocoso. Todo el santo día diciendo lo que había que hacer y lo que no, y ni siquiera

tenía quince años. No perdía el tiempo, no.

Veía las cosas a lo grande, el Jacob. En sus proyectos, ya no había granjas sueltas ni pequeños rebaños de ganado. Los minifundios no eran rentables, decía. Había que juntar, unificar las tierras. Y, además, con las nuevas máquinas, que hacían el trabajo de veinte hombres en diez veces menos tiempo, no se iban a necesitar tantos brazos. ¿Comprenden?, que nos decía

También estaba la historia de los alquileres. Ahora que las cosas empezaban a ir como antes, había que empezar a pagar algo. No mucho, nos aseguró, pero algo, por lo menos. ¿Comprenden?, que nos repetía sin cesar.

Al final, comprendimos, sí.

Cuando Jacob hizo expropiar a los Dubrot, no nos atrevimos a protestar. Es verdad que el hijo Dubrot había hecho trampas con el trigo, ¿pero y qué? ¡Había que vivir! El Talmi siempre pesaba uno o dos sacos al azar. Jacob los pesaba todos, uno tras otro. Cuando la madre Lavier, de setenta y seis años, tuvo que irse a casa de una prima en la ciudad porque no podía pagar el alquiler, nadie levantó la voz. Durante años, nos contentamos con doblar el espinazo, rumiando de rabia y cobardía.

Pero qué quiere, si no se es de aquí, no se puede comprender. Así que, a lo mejor, el Jacob me tiene preparada alguna trampa, en caso de que… Pero nunca, nunca jamás se me presentará una oportunidad igual y tengo que aprovecharla.

33

Nancy, noviembre de 2016

Tenía que llamar. Tenía que haberlo hecho ya el día anterior, pero lo retrasaba, como si así pudiese posponer el resultado. Eres un cobarde, Philippe Andreani, un verdadero cobarde. Se decidió y marcó el número.

—Legast.

—Andreani.

—Ah... —dijo el médico sin más.

—Le llamo por...

—Sí, sus análisis. Dado que me he convertido en su médico de cabecera...

—¿Qué es esta nueva manía de cortarme en medio de una frase? Parece que es una moda...

El forense rio al otro lado.

—Tiene usted manías persecutorias, teniente. Vivir para ver... Bien, a lo que vamos, sus análisis. El laboratorio me los mandó hace dos días. ¿Tiene usted miedo o qué?

—Legast... —imploró el otro.

—Dígame —le dio largas el forense—, una pequeña pregunta antes de escuchar el veredicto del tribunal. ¿Por qué se ha dirigido a mí?

—Lo sabe usted muy bien, pare de hacer el gilipollas si no le importa a usted demasiado. Le estaría eternamente agradecido.

—¿Usted? ¿Agradecido? Los milagros existen todavía...

—¿Ha acabado ya?

—Dígame, Andreani, ¿he dicho milagro o espejismo?

—Que le jodan.

—Vale, vale, ha sido de mal gusto. Tiene usted una pequeña úlcera. Nada grave en sí, pero hay que decir que su análisis de sangre no dice mucho en su favor. Le va a caer la perpetua, como siga así. Hay que vigilarle el sistema inmunitario para limitar los riesgos. Y, sobre todo, si quiere mejorar, va a tener que replantearse ciertos hábitos. Unos más que otros, si me permite decirlo.

Andreani guardó silencio.

—¿Está usted todavía ahí?

—Suéltelo ya.

—Se suele decir que tenemos la edad de nuestras arterias. En su caso, yo diría que tiene usted la edad de su hígado. Y si me fío de sus niveles, va a tener usted que empinar más el pie que el codo. Nada serio por ahora, pero le recuerdo a usted que el pastís es una parte de alcohol por cuatro de agua, y no a la inversa. Pero, cada cual sus vicios.

—¿Y es usted quien me dice eso, Legast?

—De primeras, váyase a la mierda. De segundas, le habla más el amigo que el médico.

¿No aprendería jamás? ¿Por qué tenía que morder siempre la mano que le venía a ayudar?

—Lo siento, Legast.

—Está bien, no hablemos más. No es para tanto, y, además, me lo he buscado un poco… Le he preparado una receta y usted, después, hace lo que quiera. Tiene razón, no estoy en posición de criticar.

—Eso no es lo que quería decir, Legast —dijo avergonzado.

—Claro que sí, Andreani, claro que sí. Ahorrémonos el teatro. Yo me dedico a abrir cadáveres a lo largo del día y usted a pescarlos o a sacarlos de los contenedores. Así que no vamos a empezar a emocionarnos por una vulgar historia de tripas. Que pase usted un buen día, teniente.

Acusó el golpe. Beber venía de lejos. Todo comenzaba con una copa de vino para relajarse, bajar la adrenalina o distanciarse del trabajo tras las horas suplementarias que se encadenaban. Negarse a ellas era dejar en la estacada a los otros, así que cada vez encajaba más horas y cada vez necesitaba más café para mantenerse despierto

y más copas de vino para conseguir dormir. Adicto a la botella y a su trabajo, se había ido quemando sin parar, tanto en sentido literal como figurado.

Pero no se trataba de sus arterias o de su hígado. Sin saberlo, Legast acababa de meter el dedo en la llaga. Se preguntó cómo había podido llegar hasta ahí, a no conmoverse por nada.

Couturier seguía cabreado. Estaba enfadado, y no era sólo por lo del reconocimiento médico. Era otra cosa. Su compañero estaba distanciándose. ¿Había ido también con él demasiado lejos? Tuvo que admitir que se había pasado y que iba a tener que reequilibrar la balanza. Perder un compañero como Couturier sería un duro golpe. Ver alejarse a un amigo como él, un desastre absoluto.

34

Una línea empezaba a dibujarse en el horizonte. En 1940, ante el avance de los alemanes, Jacob Silberman se había escondido tras ceder sus tierras a Émile Grandieu. ¿Había denunciado este último a Jacob? Era plausible que tuviese todo el interés en que el propietario original desapareciese y nadie pudiese cuestionar la legalidad de la transacción. Más tarde, fue el mismo Grandieu el que le proporcionó una coartada a Toussaint Louvel, sospechoso del incendio en el que murió Sarah, la sobrina y heredera de Jacob.

Tendría que examinar el informe de la gendarmería del 52, pero se abstuvo de mencionárselo a su compañero para no pelearse otra vez.

—Tiene sentido, ¿no? Se quiere quedar con el botín —sugirió Couturier, al que acababa de contar su teoría.

La actitud de su compañero le sorprendió.

El día anterior, se habían cruzado por los pasillos del hospital. Al final, se había decidido por una cestita con productos gastronómicos españoles, aunque había añadido un ramo de girasoles que había depositado torpemente a los pies de la cama de la señora Couturier, una mujer con las mejillas rosadas que contrastaban con su cabello, blanco como la nieve. Le había cogido de la mano, le había regañado por traerle un regalo y por haberse tomado el tiempo de ir a verla: con todo el trabajo que tenían en la brigada, seguro que tenía cosas mejores que hacer que perder el tiempo en visitas de hospital, y al fin y al cabo, no era más que un pequeño esguince. Se había acordado de su abuela y se sorprendió a sí mismo oyéndose prometer que volvería a visitarla el fin de semana. Por la mañana, Couturier no había aludido a la visita. Y se había puesto a trabajar como si nada. Y más asombroso todavía, había aceptado dedicarse

al caso Silberman, precisando que lo consideraba un desafío intelectual, aunque ello no quisiese decir que debiesen retomar el caso Fournier.

—Quiere quedarse con las tierras. Tuvo que ser Grandieu el que delató a Jacob. Tenía un interés personal. Supongo que el contrato que firmasen tendría una cláusula que le obligaría, tras la guerra, a restituir los bienes cedidos. Con Jacob desaparecido, no había restitución posible.

La hipótesis podía ser válida. Grandieu no resistió, la tentación era demasiado grande. Sobre todo, cuando apareció Sarah de la nada. ¿Habría llegado hasta el punto de quemar la casa para quedarse con todo? Tras la desaparición de Jacob en 1942 habían pasado diez años, y, probablemente, vivía convencido de que nadie vendría a quitarle lo que ya consideraba como suyo. La aparición de una heredera legal tras ese tiempo debió de ser un golpe duro. El asesinato parecía plausible.

—¿Sabes lo que me asombra, Philippe?

—Di…

—El informe del 52. Sigo sin recibirlo.

Andreani acusó la pulla sin contestar.

—Laurent, no fui…

—Sí, sí…

Durante unos instantes, el único ruido que se oyó en la habitación fue el de un despertador mecánico que su compañero conservaba religiosamente sobre su mesa. «El regalo de mi padre por mi primera comunión», le había explicado una vez cuando Andreani se mofó de que alguien tan digital como él pudiese fiarse de un aparato tan prehistórico como ese.

—Bueno, no tengo el informe, pero tengo al tipo.

—¿A Grandieu?

—Sí. Émile Grandieu, nacido en Eberviller en 1907, muerto en Eberviller el 22 de junio de 1973. Y agárrate… muerto en el incendio de su granja.

—¿Grandieu murió en un incendio? ¿Él también?

—Sí. Junto con su mujer y su hijo —precisó, tendiéndole el

artículo de prensa que acababa de imprimir.

—Búscame el número de la gendarmería de Eberviller, por favor.

La llamada fue breve. Lanzmann hijo estaba de servicio y, aunque sorprendido, les dio el número de su padre. Unos minutos más tarde, Andreani tenía al anciano gendarme al teléfono.

—Ah, ¿el Grandieu? Tampoco me acuerdo tanto… Bueno, tampoco me lo preguntaron, claro… Sí, por su granja que ardió… El fuego comenzó en algún lugar y no se sabe cuánto tiempo tardó en prender, pero la cuestión es que, en mitad de la noche, de repente, se inflamó y zas. Fue probablemente la instalación eléctrica. Todavía tenían cables de tela e interruptores de porcelana, así que imagínese.

—¿Y ese Solo trabajaba ahí todavía?

—Ya veo a dónde quieren ir a parar. Se preguntan si fue él, ¿verdad? Pues sí, trabajaba todavía para los Grandieu, pero no vivía ahí. Vivía con su madre, que juró que no se había movido de su casa en toda la noche.

—¿Los incendios de las granjas son cosa corriente en su zona?

—Pues como una decena al año, más, si la cosecha es mala. A veces son intentos de estafa a los seguros, otras veces los propietarios, que no pueden más, pero la mayoría son consecuencia de una negligencia. Mala suerte, vamos.

Si el incendio de 1952 tenía explicación, el de 1973 en el que habían muerto los Grandieu los dejaba perplejos.

—Piensas en una venganza, ¿no?

—¿Qué si no? Sarah viene a reclamar su herencia y arde esa misma noche. Veintiún años más tarde, Rémi Fournier, su hijo, se entera de que es adoptado. Hereda la casa y, entonces, es la granja de Grandieu, que se quedó con las tierras de los Silberman, la que arde. Es increíble. Alucinante.

—Sí, sin ninguna duda… Como la película que te estás montando, Philippe. Tengo la impresión de que…

—¿Qué? ¿Tú tienes impresiones ahora? Mierda, Laurent, estamos invirtiendo los papeles —protestó Andreani.

Se quitó las gafas y empezó a doblar las patillas para exclamar acto seguido:

—¡Francesca! A lo mejor puede ayudarnos.

Sacó el teléfono y marcó el número de la psicóloga.

—¿Un favor, Philippe? Encantada, si entra dentro de mis competencias. ¿Una sesión a lo mejor?

—Lo digo en serio, Francesca. ¿Le podría pedir otro favor a su enamorado del catastro de Metz?

La consulta le hubiese costado días a cualquier policía. La psicóloga le llamó a la media hora.

—Lo tengo, Philippe. Dígame, ¿qué gano? ¿Una cena a la luz de las velas?

Andreani se aclaró la garganta.

—Era una broma, teniente, relájese. El 22 de junio de 1973, Rémi Fournier estuvo en el catastro de Metz. Está inscrito con nombre y apellidos. Una consulta de los registros…

Andreani había dejado de escuchar.

35

Estrasburgo, mayo de 2016

Isabelle Lamy dejó el trabajo que acababa de leer. Se masajeó la frente y suspiró. Poco fondo y mala forma. El estudiante había presentado las conclusiones sin apoyarlas en argumentos sólidos, se había basado en ejemplos que sin duda se había inventado y citado textos sin mencionar la fuente. Podría incluso acusarle de plagio.

Suspiró sabiendo lo que le esperaba. El estudiante se haría el sorprendido, parecería asombrado y rechazaría la crítica con argumentos ridículos. Rara vez encontraba a jóvenes animados por la pasión que había tenido ella. Algunos se plantaban en los parciales y abandonaban, otros se arrastraban hasta conseguir pasar el ecuador del primer diploma. Para intentar, al final del curso, presentarse a las oposiciones con la esperanza de entrar a formar en las filas de la educación nacional. Lo que se dice el despertar de una vocación.

Titular de la cátedra de Geografía Rural de la Universidad de Estrasburgo, Isabelle Lamy había presentado su doctorado en 1988 bajo la dirección de un eminente experto, quince años mayor que ella, con el que acabó casándose. Dos años más tarde pasó a ser funcionaria de educación y titular el año siguiente. Seis años más tarde era ya profesora universitaria para alcanzar el grial poco más tarde: la cátedra. Una carrera de manual. Pero la verdad era que Isabelle Lamy se aburría. Sus cursos no parecían interesarle a nadie más que a ella misma, en los seminarios y conferencias en los que participaba se encontraban siempre los mismos, y los libros y artículos que publicaba recibían, como máximo, una educada indiferencia.

La memoria del tercer ciclo que estaba leyendo exponía la reorganización de los terrenos agrícolas en Alsacia y Lorena tras las dos guerras mundiales. En esa región de Mosela, la concentración parcelaria había sido tardía y desigual, y en algunas comarcas se encontraban todavía minifundios de los que se preguntaba cómo harían para sobrevivir. Un plano le llamó la atención. Extrañada, revisó las leyendas, tomó notas y realizó varias búsquedas en el ordenador. Tenía que confirmarlo, no podía ser una simple coincidencia.

36

Nancy-Thionville, noviembre de 2016

El despacho estaba desierto. Couturier le había dejado una nota pegada en la pantalla del ordenador con un nombre y una dirección. Había conseguido localizarle a través de la seguridad social.

Andreani se sentó en el coche y, tras un trayecto por carreteras secundarias, aparcó delante de la residencia de ancianos.

—¿Señor Louvel? ¿Señor Louvel? Soy el teniente Andreani, de la Brigada Criminal de Nancy.

El anciano se mantuvo mudo.

—Señor Louvel —insistió—. He venido a hacerle unas preguntas. En 1952, en Eberviller, hubo un incendio. ¿Lo recuerda usted? Los gendarmes le interrogaron entonces.

El hombre levantó la cabeza y examinó al visitante.

—La granja de los judíos, ¿se acuerda usted?

¿Comprendía lo que decía? El anciano gendarme le había explicado que hacía seis años, cuando Jeanne Louvel, su madre, murió, Toussaint Louvel, el Solo, al no tener otra familia, había ingresado en esa residencia de ancianos de Thionville.

—¿Y de Émile Grandieu? ¿Se acuerda de él?

La visita no le llevaba a ningún sitio, el anciano seguía sin mostrar la más mínima reacción.

—Señor Grandieu... —dijo el anciano de repente, con una voz infantil—. El señor...

—Sí, señor Louvel. Émile Grandieu, ¿se acuerda usted?

—El señor...

Dividido entre la irritación y la decepción, Andreani suspiró y se dirigió a la puerta. Justo antes de salir se le ocurrió una última

posibilidad.

—Toussaint… ¿vio usted a Sarah Silberman? —intentó.

El rostro del anciano se quedó petrificado, sus labios se crisparon en una mueca. El policía continuó.

—Sarah, la joven que murió esa noche —insistió el policía.

—¡No! ¡Solo no puede decir nada! ¡Solo no estaba ahí!

—¿Está usted seguro, Toussaint?

—¡No! —gritó el hombre mientras golpeaba con el puño el colchón de su cama—. ¡Solo no debe! ¡Solo no puede hablar de la granja de los judíos! Solo no dice nada.

—¿Por qué no puede decir nada? ¿Quién se lo ha prohibido?

—¡No!

—¿Estuvo usted ahí, Toussaint? ¿Y Grandieu, estaba él con usted? ¿Fue él, el que prendió fuego a la casa? Fue así, ¿no? Fue Grandieu el que prendió el fuego y le prohibió hablar de ello.

El anciano estaba sacudido por temblores, unos movimientos descoordinados agitaban todo su cuerpo y un gemido estridente salió de su garganta. La puerta se abrió.

—¡Dios de mi vida! ¿En qué estado ha puesto usted a nuestro Solo? ¡Salga ahora mismo! —ordenó la enfermera, horrorizada.

—Señorita…

—¡Salga, le digo! ¿No le da vergüenza? Mi pobre Solo —dijo abrazando al anciano mientras lo mecía entre sus brazos.

Desastre total. ¿Qué se había esperado? ¿De qué podría acordarse Louvel casi setenta años después de los hechos? A los ochenta y ocho, la senilidad habría ya borrado la poca información que pudo contener su cerebro.

—Lo que ha hecho no está bien, por muy policía que sea usted. Mi pobre Solo, nunca lo he visto en este estado.

Tenía razón. No había sido muy delicado, pero era la única manera que se le había ocurrido para despertar los difusos recuerdos del hombre.

—Lo siento, no quería…

—Ya, es lo que se dice siempre. ¡Salga ya!

Andreani se volvió hacia el anciano, que había caído otra vez en

su sopor.

—Lo siento, Toussaint, me he dejado llevar —se excusó.

Solo, todavía temblando, empezó a murmurar:

—Solo va a la cárcel. Solo ha sido malo. Solo no ha sido bueno. Mamá se va a enfadar.

—¿De qué te acusas, Toussaint? No hay ninguna prueba, ¿comprendes?

¿Qué percibía del mundo que le rodeaba? A punto de salir de la habitación, hizo un último intento.

—Y a su hijo, Toussaint, ¿viste a su hijo? El hijo de Sarah Silberman. Se llamaba Rémi, Rémi Fournier. ¿Le viste?

El nombre pareció despertarle.

—¿Rémi? ¿Rémi? Tenía el pelo rojo…

—Sí, Rémi Fournier. Él también estuvo en Eberviller, pero años más tarde.

Louvel sonrió, parecía recordar algo.

—Rémi, me llamo Rémi, repetía el anciano sin cesar.

—Dime, Toussaint, ¿en qué piensas? Háblame de Rémi.

—La Noche de San Juan. A Solo le gusta mucho la Noche de San Juan.

—¿Fue ahí cuando viste a Rémi? ¿El día de San Juan?

—Sí… Rémi, San Juan…

—¿Dónde le viste? ¿En casa de Grandieu? ¿Rémi estuvo en la casa de Grandieu?

Solo paró de hablar, hizo una mueca y recomenzó la letanía. Rémi, San Juan… Se balanceaba de adelante hacia atrás, sentado en el borde de la cama con los ojos cerrados.

No iba a sacar nada más. Las declaraciones confusas del anciano no constituían una prueba, pero les confirmaban lo que ya suponían. Rémi había estado en Eberviller en torno a la Noche de San Juan, y eso concordaba con la fecha en la que había consultado los registros del catastro, la noche del incendio de la granja de Grandieu. Había sido él, Andreani estaba seguro.

—Si el señor Louvel recordase algo más sobre el tema, contácteme de inmediato, por favor —le dijo a la enfermera

poniéndole su tarjeta en la mano.

La mujer quiso protestar, pero el policía ya había salido.

Cayó en dos radares a la vuelta y estaba pensando que no era necesario volver a la brigada cuando su teléfono sonó. Lo ignoró, suspiró, puso el intermitente y se adentró en la calle Raugraff.

37

Eberviller, junio de 1973

Rémi se volvió a montar en su 2CV. Siguiendo las indicaciones del sacerdote, encontró la granja Grandieu, que se encontraba en la salida del pueblo.

Un hombre grueso pero robusto abrió la puerta. Tenía las piernas abiertas, los pulgares enganchados en los tirantes y parecía malhumorado.

—¿Qué quiere?

—¿Señor Grandieu?

—¿Quién me busca? —preguntó desconfiado.

—Me llamo Rémi Fournier y…

—No necesitamos nada.

—Me gustaría hablar con usted. He estado en el catastro de Metz. Quisiera hacerle unas preguntas respecto a los Silberman.

El campesino se enderezó y recorrió con la mirada a su visitante de la cabeza a los pies.

—¡Lárgate!

—No sin que antes me diga lo que sabe.

—¿Lo que sé? ¿Qué quiere decir esa estupidez?

—Sobre las tierras de Jacob Silberman, señor Grandieu, ¡las tierras de Sarah Silberman!

—¿Qué? Pero ¿qué demonios quieres, cabrón?

—Las tierras. Las tierras que pertenecían a la granja de los judíos, como la llaman ustedes.

—¡No comprendo nada de esas sandeces! ¡Por Dios, voy a buscar el fusil!

—Me llamo Isaac Silberman. Sarah Silberman era mi madre. Y

quiero saber lo que le pasó.

—¿Silberman? —bramó el viejo—. Y ¿qué quieres que te diga? ¡Me importa una mierda tu madre! ¡Esa puta judía que quería robarme mis tierras! ¡Tuvo lo que se merecía, esa perdida!

Rémi se lanzó hacia él, pero, con una agilidad sorprendente, el viejo le esquivó y le soltó un puñetazo en la cara. Rémi cayó hacia atrás.

—¡Nadie me quitará mis tierras, y menos un bastardo judío! —aulló Grandieu, amenazándole con el bastón sobre el que se apoyaba —. ¡Sal de mi casa, desgraciado! ¡Y si te vuelvo a ver por aquí, te meto una bala en el cuerpo!

La cara ensangrentada, Rémi se levantó y se alejó cojeando. Al llegar al coche, todavía oía al viejo gritar.

La mejilla le arde. Un hilo de sangre desciende desde el párpado herido por el golpe. La sangre le golpea las sienes. Más que cólera, es vergüenza lo que siente. Más que el puñetazo, son las palabras escupidas por el viejo lo que le han destrozado.

Abre la puerta del 2CV vacilante, se sienta al volante. En el retrovisor se observa la cara tumefacta. A lo lejos se ven las ventanas iluminadas de la granja. El viejo debe de estar en el zaguán, la mirada maligna y la espuma en la boca.

Gira la llave, mete la primera y aprieta el acelerador. Tras una queja sorda, el motor se cala. Se queda inmóvil, apoya la cabeza contra el volante.

La puta judía.

Las palabras del viejo resuenan en sus oídos.

La puta judía.

Cada sílaba le traspasa como una cuchilla afilada. Los dedos, agarrotados al volante, le duelen.

La puta judía.

Arranca, da media vuelta y se mete en uno de los caminos de tierra que atraviesan la carretera. Seguro de estar fuera del alcance de la vista de nadie, detiene el motor y se pone a esperar en silencio.

La puta judía.

La luna menguante está velada por las nubes. Sale del vehículo,

cierra la portezuela con cuidado de no hacer ruido.

Cerca de la granja se agazapa tras un arbusto. Las luces están apagadas. Los grillos cantan, una lechuza ulula, pero no los oye. Sólo tres palabras resuenan en su cabeza.

La puta judía.

Consigue levantarse y se acerca sigilosamente al edificio. Se esconde tras una carreta de heno y se contiene para no gritar.

La puta judía.

Ningún sonido perturba la noche. Las lágrimas le ruedan por las mejillas.

La puta judía.

Piensa en los años pasados. En lo que era, o en lo que creía ser. En sus padres, que le mintieron. En las palabras que repetía maquinalmente en misa, «oremos por los pérfidos judíos», sin pensar, ni en el sentido ni en el alcance de ellas. Piensa en Christine. En el anillo que había pensado regalarle. Piensa… pero no, no piensa más. No piensa en nada. Se siente vacío. Rebusca en su chaqueta y saca un paquete de cigarrillos. La brasa ilumina la noche de rojo como el faro de su desamparo e impotencia. Le gustaría desaparecer, olvidar todo. Le gustaría que la tierra se abriese y le tragase. Da una calada, levanta los ojos al cielo con la absurda esperanza de ver algo. Pero ¿qué? ¿Una estrella fugaz? ¿Un signo divino que le haga olvidar su rabia, que evite la locura que va a cometer? Pero en el cielo sólo aparecen tres palabras.

Aspira una calada. Otra. Y una más. Y lanza el cigarro al granero repleto de paja.

Se queda mirando un momento, se acerca, levanta el pie por encima de la colilla incandescente. Durante unos segundos, duda.

La puta judía.

Da un paso, dos, hacia atrás. Un hilo de humo se levanta del montón de paja. Cierra los ojos, se da la vuelta y desaparece en la noche sin volverse a mirar atrás.

Mamá.

38

Nancy, noviembre de 2016

El perchero había acabado por ceder bajo el peso de su abrigo. Se sentó y consultó sus mensajes en el ordenador. Había un correo de la dirección de recursos humanos en su bandeja de entrada. Lo abrió y lo leyó. Tenía que ser un error. Pero no, su nombre estaba escrito con cada una de las letras en el espacio del receptor. Lo leyó y lo releyó una y otra vez hasta convencerse de que no podía haber equivocación posible: su solicitud de traslado había sido concedida.

Pensó en cuándo la había presentado. Recordó ese tiempo con su exmujer, Sylvie; las peleas, la separación, y el divorcio que siguió. Fue cuando se le ocurrió que un cambio de aires podría ser una solución, convencido de que la petición sería ignorada. Y ahí lo tenía ante sus ojos, Brigada Criminal de Bastia, Córcega. Y acompañándolo, un ascenso. Le había tocado el gordo y se sentía como un crío que acababa de romper la piñata en una fiesta. No podía creérselo. Un extraño sentimiento de culpabilidad se mezcló con el júbilo, pero no se detuvo a analizarlo. El teléfono sonó, Detravers le esperaba en su despacho.

—Dígame, teniente, ese caso… el de Fournier —le dijo el inspector antes de que cruzase el umbral—. Eso, Rémi Fournier, el notario. ¿Sus conclusiones están listas?

Todavía sorprendido, Andreani dudó un instante y asintió.

—Muy bien, porque me parece que he encontrado otro caso «olvidado». La historia de la discoteca Milenium…

—En Vandœuvre, sí, estoy al tanto. Pero en este momento

estamos…

—¿Ocupados? ¿Cómo puede ser? Me pareció verle salir de la brigada ayer bien temprano… En cuanto a cómo pasa usted el tiempo cuando está entre estos muros, he visto una solicitud, suya, si no me equivoco, del historial penitenciario de un tal Jacob Silberman. No suelo creer en coincidencias, así que vamos a dejar las cosas claras, teniente. Como me acaba usted de corroborar, no tenemos suficiente personal para poder permitirnos hurgar en historias antediluvianas. Varios casos esperan su atención, teniente.

—Es porque… hay un tercer incendio. La casa de uno de los testigos. Es un elemento nuevo y que deberíamos examinar más atentamente. Hay todavía muchas zonas en la sombra.

—Recuérdeme nuestra misión fundamental, teniente. La seguridad pública —respondió el inspector, sin dejar tiempo al otro a decir nada—. Hechos de hace más de setenta años no son competencia de la policía. La de los historiadores, en todo caso. Mire, las cosas están cambiando, nuestros archivos están siendo digitalizados y en breve se abrirán al público. Se podrá acceder a los procesos de la policía de la época, a aquellos de la policía paralela de Vichy… El interés público nos obliga a anticipar las consecuencias. Es una época complicada y debemos ser cuidadosos. Hay que ser transparente, sí, pero no debemos confundir a la población. Y, sobre todo, evitar una cristalización del debate alrededor de la cuestión histórica. La polarización de antagonismos no es ni deseable ni deseada.

¿Cristalización del debate? ¿Polarización de antagonismos? Pero ¿qué gilipolleces estaba diciendo? Andreani hervía de rabia.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—La problemática le supera. Es usted un francotirador, Andreani, y es muy arriesgado dejar en manos de un pirómano irresponsable como usted el ir prendiendo fuegos por doquier. No se equivoque, teniente, mi prioridad es la transparencia y la búsqueda de la verdad, pero nuestra misión fundamental es asegurar el orden público y garantizar la calma y la seguridad. La historia de Laxou está resuelta, déjelo ahí. Es del todo inútil desenterrar hechos

prescritos desde hace décadas. Además, ¿para qué? ¿Para poder explayarse ante la prensa en nombre de sus ideales? Creo que es su costumbre, si no recuerdo mal. Sería una pérdida de tiempo y un derroche de fondos públicos. Espero haberme explicado bien, teniente. Muchas gracias.

Intentó contenerse, mantener la serenidad. No decir nada. No decir una palabra del ucase de Detravers, no decir nada de su traslado. Entró en el despacho, saludó a Couturier, que masculló una respuesta parapetado tras la pantalla de su ordenador. Se sentó en su mesa.

Pensó en Lisa. Le había dicho que quería mudarse a París, según ella para continuar sus estudios. Desde la capital, le resultaría más fácil viajar a Bastia que a Nancy. Pero ¿y Couturier? ¿Y Francesca? Por no hablar de Timonier. Pero era una oportunidad única de cambiar de vida, una de esas que sólo se presentan una vez en la vida, eso estaba claro.

Tenía cuatro días para aceptar o rechazar la oferta.

Todavía rumiaba las palabras del inspector general. La transparencia, la búsqueda de la verdad. Le hervían las entrañas. Y no, no iba a abandonar.

—Dime, Laurent, por Fournier…

—No.

—¿Cómo que no?

—El caso Fournier está cerrado.

—Pero…

—¿Pero qué? Detravers me ha cantado las cuarenta esta mañana y no he salido bien parado. Así que tus fantasías, tus antojos, tus impresiones y demás nos han traído, por lo menos a mí, cola. Estás jugando con fuego, y en sentido propio y no figurado. Nos han sacado la tarjeta amarilla y a la mínima es la roja y la expulsión; tú de patitas en la calle y yo contigo. Y te lo tengo dicho, es un lujo que no puedo permitirme.

—No te pido nada, Laurent, sólo tu opinión.

—¿Mi opinión? Muy bien, ahí va. Sobre el caso Fournier. Te recuerdo que hablamos siempre de suposiciones, Philippe, de su-po-si-cio-nes. De hechos que supuestamente, repito, supuestamente, pudo cometer Rémi Fournier si se hubiese (hubiese) —repitió— presentado en casa de Grandieu. No hay ningún testigo, sólo una inscripción en el catastro y el testimonio, si se puede llamar así, de un anciano que ha perdido la cabeza. Sin olvidar que antes de ello no tenía mucha. Es aire, Philippe, nada más que aire.

—Ya lo sé, pero ante semejante cantidad de presunciones, cualquier policía aceptaría…

—¿Una cantidad de presunciones? ¿Pero tú te escuchas? Hablas como en una de esas series de televisión. No tienes una sola prueba. Y de manera más general, sigo sin comprender a dónde quieres ir a parar.

—¿Qué es lo que te jode tanto, Laurent? ¿El encadenamiento de los hechos? Mierda, Rémi Fournier se encuentra cara a cara con el asesino de su madre. Pierde el control y le pega fuego a la casa.

—El presunto asesino, Philippe, presunto —insistió Couturier.

—Sí, sí. Pero es lógico. Probable, incluso.

—¿Lógico y probable? Sí, y un meteorito caerá sobre la tierra arrasando todas estas gilipolleces, eso también es lógico y probable. Te olvidas de la casa de Laxou. Admitamos que Grandieu prende fuego a la granja de los judíos en 1952. No tenemos ninguna prueba, pero admitámoslo. Rémi se venga en 1973, otra vez, cogido con alfileres, pero aceptémoslo. Si todo eso hubiese sido así, entonces nos encontramos con Laxou en 2016. Según tus teorías, Rémi también habría sido asesinado, ¿no? Ahí es adonde quieres llegar, supongo.

—No estoy seguro… pero, joder, Laurent, tres incendios. Sería lógico que la venganza continúe y que sea el turno de Grandieu de vengarse. Pero Grandieu está muerto.

—¡Una venganza! —repitió Couturier con un asombro fingido —. Venga, hombre, por qué no. Pues suelta ya, porque como supongo que no me vas a dejar en paz hasta que no consideres que lo hemos examinado todo por el derecho y por el revés, más vale que empecemos cuanto antes. Te escucho.

—Después de todo, en todas las tragedias griegas siempre es un deus ex machina el que lleva al desenlace, ¿no?

—¿Los griegos, Philippe? ¿Ahora los griegos? ¿Estás en serio? Joder, que tenemos aparcado el caso Ledoux desde hace dos semanas, lo sabes, ¿verdad?

—No estoy del todo loco. ¿No podrías encontrar con tu trituradora a los herederos de Grandieu, si existen?

Couturier refunfuñó mientras tecleaba en el ordenador. De repente, se quedó inmóvil con los ojos muy abiertos y pinchó en un enlace.

—El hecho inesperado e improbable que arregla los problemas del héroe en el último minuto. Mierda, Philippe, no sabes cómo me jodes.

El policía no había tenido ni que consultar el registro civil; una esquela le había puesto sobre la pista. Un artículo de El Este Republicano de la época relataba el drama. El 22 de junio de 1973, Émile Grandieu, su mujer Simone y su hijo Patrick habían perecido los tres en el incendio de su granja. Pero también se mencionaba a una hija; Isabelle Grandieu, según la búsqueda de Couturier, de nombre de casada, Lamy, catedrática de Geografía en la Universidad de Estrasburgo. Y viva.

—Busca a la mujer, por Dios, búscala.

39

Laxou, mayo de 2016

El timbre de la puerta le hizo sobresaltarse. ¿Quién podía ser, un domingo a las siete de la tarde? Bajó el fuego de las patatas que estaba friendo, se secó las manos en el delantal y fue a abrir.

Una mujer de unos sesenta años, a lo mejor un poco más, una melena rubia a la altura de los hombros y un maquillaje decente que no intentaba camuflar los efectos de la edad. Parecía nerviosa.

—¿Señor Fournier?

—Soy yo.

—¿Podría pasar?

La pregunta le desconcertó, la mujer ni siquiera se había presentado. Dudó, pero hizo un gesto con la mano y apartándose la invitó a entrar. Cerró la puerta tras ella. Se encontraron cara a cara en el pasillo, sus rostros a pocos centímetros el uno del otro. En silencio, se interrogaron con la mirada.

—Dígame.

—Me llamo Isabelle Lamy. Soy catedrática de Geografía en la Universidad de Estrasburgo.

El nombre no le decía nada. ¿Qué querría de él esa desconocida?

—No nos conocemos —explicó ella—. Bueno, no directamente. Lamy es el apellido de mi marido, mi nombre de soltera es Grandieu.

Palideció. Recordó el artículo publicado por El Este Republicano dos días después de haber ido a pedirle cuentas a Grandieu. Habían muerto tres personas en el incendio. ¿Cuántas veces había pensado en ir a ver a esa hija superviviente? Pero ¿para decirle qué? ¿Buenos días, soy el asesino de su familia? Nunca había encontrado la fuerza

de hacerlo, como tampoco el valor de denunciarse a la policía. Y Christine. No lo había comprendido. ¿Pero cómo le habría podido mentir? ¿Cómo permitir que se casase con un asesino? Su vida posterior no había sido más que mentira y remordimiento.

—Mis padres vivían en Eberviller, y…

—Lo sabía —dijo Rémi Fournier.

—¿Perdone?

—Sabía que vendrían un día.

—Me topé con esta historia al azar. La tesis de uno de mis estudiantes…

—Lo siento. Yo… no quería —siguió el hombre, los ojos llenos de lágrimas.

—Fui al catastro para confirmar lo que veía. Vi su nombre en el registro. Y pensé… que a lo mejor usted podría ayudarme. Tengo que entender… por mi padre.

Se dio cuenta de que el hombre no la escuchaba. La mirada perdida, su cuerpo se agitaba en espasmos. Lloraba.

—Era mi madre, ¿lo entiende? Mi madre.

—¿Su madre? Pero yo…

—Sarah Silberman. «La puta judía», como la llamaba su padre. La puta judía. ¡Era mi madre! —gritó.

—¿Mi padre? Pero ¿de qué habla?

—Émile Grandieu era su padre, ¿no?

—Sí, pero…

—No me llamo Rémi Fournier. Me llamo Isaac Silberman. Fui adoptado tras la muerte de mi madre, Sarah Silberman, que murió en el incendio de la granja de los judíos, como la llamaban ustedes. Fue el sacerdote de Eberviller, su reacción, él me explicó… Si no me lo hubiese cruzado, nunca lo hubiese comprendido…

—¿De qué habla usted?

—De las palabras de su padre. Entonces comprendí. Supe que había sido él.

—¿Conoció usted a mi padre? Pero ¿cuándo?

Y entonces comprendió.

—No quería, debe usted creerme, no quería —repetía el hombre

sin cesar.

40

Estrasburgo, noviembre de 2016

Couturier cogió la avenida de la Paz para entrar en la rotonda de la plaza de la República.

—¡Para el coche! —gritó Andreani.

—¿Aquí, en plena rotonda?

—Aparca, te digo.

Sin intentar comprender, Couturier se colocó a un lado recibiendo un concierto de pitidos rabiosos. Andreani salió del vehículo, atravesó la calle esquivando a los coches y se dirigió al monumento que presidía el centro de un pequeño parque escrupulosamente cuidado.

Se acercó a la estatua y la rodeó. Una madre sostenía en sus brazos a sus dos hijos muertos. Ninguno de ellos llevaba uniforme. «A nuestros muertos». No había ninguna mención de la patria por la que habían caído los soldados. Se acordó del relato de la dueña del restaurante de Eberviller y de las palabras del Serio.

Cuando volvió, encontró a su compañero paseando por la avenida que bordeaba la calle con un cigarro en la mano.

—¿El señor ha acabado de hacer turismo? —gruñó Couturier antes de apagar el pitillo en el suelo y montarse en el coche.

El exterior decrépito del edificio hacía pensar en un cuartel; la construcción de los años sesenta no había envejecido bien. Unas inmensas cortinas descoloridas colgaban de unas ventanas con marcos de aluminio salpicados por manchas de óxido. La educación era la prioridad de los sucesivos Gobiernos, sí. Ante sus ojos se erguía el resultado de promesas electorales, de planes de urgencia

que se habían lanzado como una boya en plena tempestad para evitar el hundimiento definitivo del barco. Los despachos de Geografía estaban en la cuarta planta. Esperaron unos minutos ante las puertas cerradas del ascensor. Couturier lanzó una maldición.

—¿Señora Lamy? —preguntó jadeante Couturier tras cruzar el umbral.

—Sí —contestó la mujer sin levantar la cabeza de los documentos que estaba leyendo—. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Teniente Couturier, teniente Andreani. Brigada Criminal de Nancy.

Esta vez levantó la mirada hacia sus visitantes. Parecía más molesta que asombrada.

—¿La policía? Díganme, señores, ¿qué puedo hacer por ustedes? —preguntó señalándoles al mismo tiempo dos sillas metálicas desvencijadas.

—Buscamos información sobre unos hechos que tuvieron lugar hace unos años en el norte de la Mosela, en la población de Eberviller. No le quitaremos mucho tiempo.

—¿No podríamos haberlo hablado por teléfono? Quiero decir, se hubiesen ahorrado el trayecto. No es que Nancy esté al lado.

—Dos horitas, nada más. Además, así salimos un poco —contestó Couturier—. Estamos investigando un incendio acaecido hace unos meses, lo que nos ha llevado a interesarnos por el drama que sufrió su familia. Lo que nos gustaría saber es si ha tenido usted conocimiento de algún nuevo elemento o circunstancia que…

—¿Algún nuevo elemento? Teniente, ¿me pregunta usted si tengo algún elemento nuevo? ¡Hace más de cuarenta años! Fue un accidente, ¿qué podría haber de nuevo?

Callarse. Escuchar, dejar hablar a la gente. La mayoría de las veces le tienen miedo al silencio y para llenarlo son capaces de enviarse a la horca. Sólo que, esta vez, la mujer no dijo nada.

—¿Decía usted, señora Lamy? —dijo Couturier, intentando sacarla de su mutismo.

—Es una vieja historia. Desde luego que no la he olvidado, pero ¿de qué sirve hurgar en la herida?

Andreani recorría con la mirada los documentos expuestos en una de las paredes. Bajo una nota administrativa y una lista de nombres, un plano llamó su atención. Lo estudió un momento y se dirigió a la mujer.

—Dígame, señora Lamy. Este plano…

—¿Sí?

—¿Es un plano del catastro?

Isabelle Lamy se giró sobre su silla y observó el documento de la pared.

—Pues… sí, efectivamente.

—Un plano del catastro —repitió el policía, mirando fijamente a la catedrática—. ¿De qué población?

—¿Qué población?

—Sí, exactamente, qué población es.

—Una población de Mosela.

—¿A lo mejor Eberviller? ¿La población en la que nació usted?

—Pues no… No, desde luego que no —protestó—. Es la población de Brion. Por qué…

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas, señora Lamy, o Grandieu, como prefiera. Tiene usted razón, no es Eberviller, no veo el río que atraviesa el pueblo. ¿Me puede usted explicar la presencia de este plano en su despacho?

Por un momento Isabelle Lamy quedó silenciosa, intentando comprender el sentido de la pregunta.

—Pues… es bien simple, teniente. Se trata de la tesis de uno de mis estudiantes.

—¿Una tesis?

—Sí, una memoria del tercer ciclo sobre la concentración parcelaria de los territorios agrícolas. Un trabajo interesante, pero poco estructurado. Hace meses que trabajo en él y quise confirmar algunos elementos que me habían parecido aproximativos.

—¿Y hace usted eso con todos los trabajos que supervisa?

—¿El qué?

—Ir al catastro a consultar los planos.

—Pues sí… no, depende de la naturaleza de… Pero ¿qué tiene eso

que ver con mis padres?

—Nada, sin duda.

—Supongo que comprenderá que no se puede conceder un título de la importancia de un doctorado sin que importe cómo ni a quién. Tengo que asegurarme de la exactitud de los trabajos que me presentan los aspirantes. Hay que mantener un nivel de excelencia, si no…

—Si no, todo se va a la mierda. Lo sé, señora Lamy. Bueno… por mi parte no tengo más preguntas.

Couturier asintió con la cabeza y se levantó.

—En ese caso, no la retenemos más —añadió Andreani.

La catedrática se levantó, rodeó su mesa y se acercó a la puerta. Couturier se paró, como si de repente hubiese recordado algo, y añadió:

—Dígame sólo una cosa más. ¿Rémi Fournier le dice algo?

—¿Perdone?

—Fournier, Rémi Fournier —repitió Couturier.

La mujer se estremeció, tragó y buscó las palabras, pero el teniente no le dio tiempo para ello.

—O casi mejor, Isaac Silberman. Muerto asfixiado en su vivienda de Laxou, hace seis meses. ¿No le dice nada? —insistió mirándola directamente a los ojos.

Isabelle Lamy volvió la mirada, dio un paso atrás. Hizo amago de colocarse los pliegos de la falda y, de repente, lanzó un gemido y estalló en sollozos.

—¿Y entonces? —preguntó Andreani.

—¿Entonces? No lo sé muy bien. Creo que… grité. Le pegué, le golpeé con los puños, pero no reaccionaba, no se defendía. Y no me quería responder. Perdí a toda mi familia en ese incendio. A mi padre, a mi madre, a mi hermano. Yo sobreviví. Sobreviví, porque la última cosa que hice fue mentirles. Les dije que tenía mucho trabajo, exámenes que preparar. Pero no era cierto. ¡Me quedé para bailar y divertirme como una idiota! No salía casi nunca y pensé

que sólo una vez… A lo mejor, si hubiese estado ahí, las cosas hubiesen sido distintas. Pero están todos muertos, y nunca pude decirles cuánto los quería. Mi adiós fueron mis mentiras. Ellos ardían, mientras yo bailaba. No sé lo que pasó entonces. Sólo que comprendí que había sido él el causante de todo. Le pegué otra vez y le golpeé en el pecho, le empujé, le grité.

—¿Le empujó usted?

—Creo, aunque ya no lo sé. Perdió el equilibrio, intentó agarrarse en algún sitio, se dio con la esquina de la encimera, cayó. Me invadió el pánico, tuve miedo. No se movía. Hubiese tenido que…

Isabelle Lamy Grandieu había reconocido los hechos. No fue complicado verificar sus afirmaciones para reconstruir la escena. Notas en una agenda, apuntes en el trabajo doctoral de un estudiante y su nombre inscrito una línea bajo el de Rémi Fournier en el catastro de Metz. A pesar de las pruebas recriminatorias, no se la acusaría de premeditación.

Andreani estaba convencido de que la historia era una concatenación de hechos con unas consecuencias trágicas. La sartén en el fuego, el aceite inflamado. ¿Poner en peligro sin intención de matar? ¿Omisión de auxilio? La acusación no llegaría muy lejos, de todas maneras. Su abogado alegaría la situación traumática, la dimensión pasional. Dadas las circunstancias, no le costaría mucho convencer al auditorio. Se libraría con una pena leve, y en el improbable caso de encarcelación se beneficiaría de remisiones de pena por buena conducta con un riesgo de reincidencia casi nulo. Saldría rápidamente. Pero ¿para llevar qué vida?

41

Eberviller, noviembre de 1952

¿Que se creía esa zorra? ¿Que podía aparecer y reclamar sus bienes como le había dicho al notario? Que necesitaba dinero, decía… Sí, una perdida de la ciudad. Y encima, judía. Y eso que la habían palmado todos, el Jacob, el Isaac y su mujer. Se lo había dicho el notario. ¿Cómo se había podido librar la chica?

Una cosa era segura, ni soñando iba a devolver nada. Pero el notario se había empeñado, tenía que mencionar el acuerdo y aplicar las cláusulas del contrato. Tendría que entregar todo y contentarse con las migas que Jacob había considerado a bien dejarle. Ni pensarlo.

Como si las cosas fuesen tan fáciles. Como si se hiciese justicia devolviéndole, como estipulaba ese maldito contrato que dormía desde hacía más de diez años en el notario, las tierras de su tío. ¿Qué justicia había en ello? ¿Es que se habían olvidado ya todos?

Era él el que había sacado la metralla trozo por trozo de la tierra. Él el que había salvado los surcos. Esas tierras eran suyas, y nadie se las iba a robar.

Los boches tenían razón: los judíos eran unos ladrones y unos oportunistas. No podía ocurrir, jamás. Se lo debía a su padre, cuyo retrato, la cinta negra en la esquina, seguía colgando sobre el aparador. Su padre, cuya mirada le traspasaba como alfileres cada vez que cruzaba el umbral de la cocina recordándole su deber. Después de todo, él no le había pedido nada a nadie. ¿Quién había sido el que había venido a buscarle? Había intentado explicárselo al notario, que nadie se enteraría, pero el muy imbécil se había negado. Tenía una conciencia, le había contestado. ¿Conciencia? ¿Y

el Jacob, tenía él una? Con todo lo que llevaba encima, debía de estar ardiendo en el infierno. Si los judíos tenían uno.

Había despotricado, se lo había explicado, pero nada de eso había cambiado la decisión del notario. Mañana, el viejo hablaría con ella y todo habría acabado. ¿Qué es lo que podía hacer?

Con el Jacob, se lo había pensado mucho. Le habrían podido acusar de esconder a un judío en sus tierras y sólo Dios sabía lo que le hubiese podido costar eso. Calculando los pros y los contras había decidido que podía correr el riesgo. Pero incluso enterrado en su agujero, ese cabrón no podía parar de darle órdenes, como si él no supiera de trabajar los campos. ¿Quién se creía? Siempre diciéndole lo que tenía que hacer, pidiéndole cuentas, siempre con algo que objetar, demasiado de esto, demasiado poco de lo otro… Al final, no tuvo más que lo que se merecía, el Jacob. No debía de ser el único en pensar así, porque después de la guerra nadie preguntó quién había denunciado al judío a los boches.

Pero los alemanes se habían ido y las cosas habían vuelto a la normalidad. Dios, ¿qué sabía esa mocosa? Varios centenares de hectáreas de cultivo y el rebaño más numeroso de la región. Arruinaría todo antes del final de la temporada. O peor, podría vender a un extranjero. Y de extranjeros ya habían tenido su cupo desde que los antepasados del Jacob vinieron a instalarse aquí, comprando, una tras otra, todas las tierras que, por la fuerza del destino, se habían visto obligados a vender.

¡Y se creían en su casa! El Talmi, ¡habrase visto un nombre semejante aquí!, el Aarón, al que no había conocido bien, y más tarde el Isaac y el Jacob, que se comportaba como un señor de la Edad Media. Pues no, no era su casa. No lo había sido nunca ni lo sería jamás.

Tenía que anticiparse. Se levantó, cogió el abrigo, vació el vaso de un trago y salió con el paso tan rápido como le permitía su pierna tiesa.

42

Nancy, noviembre de 2016

Un silencio glacial reinaba en el despacho. Andreani, sin soportarlo más, intentó romper el hielo.

—Escucha, Laurent, últimamente he sido un poco…

Couturier levantó la cabeza de su pantalla.

—¿Cabrón? ¿Eso es lo que quieres decir? Sí, se puede decir así. Pero no sólo este último tiempo.

—Ya lo sé…

La mirada de su compañero había cambiado. Era más dura, pero más triste también. Andreani buscó las palabras sin encontrarlas.

—¿Lo sabes? ¿Qué es lo que sabes, Philippe? Nada. Podrías decir las cosas simplemente, perdona, o gracias, por ejemplo. Es básico, ¿sabes?, no es mucho, pero ayuda a tragarse los sapos. ¿Lo entiendes?

Se miraron fijamente.

—Lo… lo siento.

Couturier le observó.

—¿Ves? No es tan difícil. Supongo que eso es lo más cercano a una disculpa que eres capaz de pronunciar, pero dado lo que te ha costado, ya de por sí es algo. Propongo que, para celebrarlo, vayamos a comprobar si el Serio ha actualizado su menú. Y, ya que has llegado tan lejos, te propondría pasar por el despacho de quien tú sabes. Creo que ahí también tienes unas cuentas pendientes —le soltó.

Andreani se levantó de su silla. El pasillo estaba desierto y la moqueta absorbió el ruido de sus pasos. La puerta de cristal estaba abierta. Sentada tras el ordenador, trabajaba con la mirada fija en la pantalla. Se quedó mirándola unos segundos sin decir nada hasta

que ella se dio cuenta de su presencia y levantó la cabeza.

—¿Philippe?

—Yo… he pensado… bueno, quería ir con Laurent…

—¿Al Serio? Un momento, que cojo mi abrigo.

—Escuche, Francesca…

—Ah, perdone, pensaba… que quería que fuese también.

—No, bueno, sí —contestó embarullándose—. Me gustaría mucho que viniese, pero lo que quería decirle era…

—Lo sé, Philippe. Sé lo que quería decirme. Y no cambia nada.

La ayudó a ponerse el abrigo, dejando sus manos reposar sobre sus hombros unos segundos más de lo necesario. Ella apoyó su mano sobre la suya y le sonrió.

—Vamos a buscar a Laurent —le propuso.

El bar estaba cerrado. Andreani hizo visera con la mano para poder observar el interior del local. Sentado en una mesa, el Serio parecía concentrado en unos papeles. El policía tocó en el cristal, el dueño levantó la mirada y acudió a abrir.

—Pierre, pensábamos…

—¡Vamos, vamos! Nada de excusas entre nosotros. No estaba más que haciendo el papeleo, que como buen procrastinador que soy dejaré para mañana. Pasen. ¿Tienen algo que festejar?

—Un caso resuelto, Pierre.

—¡Magnífico! Eso hay que celebrarlo. Siéntense, voy a por las raciones de combate.

Se instalaron en una mesa alrededor de un plato de charcutería y una botella de Irancy.

—¿Me cuentan la historia? Supongo que tiene algo que ver con lo de Gurs.

Andreani asintió.

—Laurent se lo explicará mejor que yo —contestó lanzando una mirada a su compañero.

Couturier levantó la cabeza de su salchichón y se lanzó.

—Allá vamos, Pierre. Mosela, en 1940. Con la invasión de Francia por los alemanes, Jacob Silberman…

Mientras picoteaba los aperitivos, Couturier desgranó el caso

completo de Fournier y se remontó a los hechos que les habían llevado hasta Isabelle Lamy. El Serio le escuchó sin interrumpirle.

—Así que, en el acto final, Rémi Fournier e Isabelle Lamy se encuentran cara a cara, se pelean, el incendio se produce y el dicho se cumple.

—¿Qué dicho?

—Quien vive por el fuego, morirá por el fuego.

—¿No era más bien algo de una espada? —corrigió Andreani, asombrado de esa inexactitud de parte de Couturier.

—Poco importa. El destino atrapa a Isaac Silberman, alias Rémi Fournier. Grandieu denunció probablemente a Jacob y es el responsable de la muerte de Sarah. Rémi Fournier tiene a tres muertos sobre su conciencia e Isabelle Lamy será acusada de homicidio involuntario. Y nosotros hemos resuelto tres crímenes.

El Serio no parecía convencido.

—Parece una verdadera tragedia griega, y me perdonarán si les parezco un aguafiestas, pero hay algo que no acabo de comprender.

—Sí, le noto escéptico desde el principio, Pierre —dijo Andreani.

—No comprendo, Philippe, no lo comprendo.

—¿Algún detalle que nos hayamos saltado?

—Dirán que le busco tres pies al gato, pero… Su Grandieu delata a Jacob, sí. E incendia la casa de Sarah después. Hasta ahí, le sigo. Pero todo esto ocurre en un pueblecito, ¿no?

—Sí, en Eberviller. ¿Y?

—Pues que me parece extraño. ¿Nadie dice nada?

—No le entiendo.

—¿Cuántos habitantes tiene esa aldea? ¿Quinientos? Todos se conocen. Tras la delación, Grandieu se queda con todos los bienes de Jacob y ¿nadie dice nada? ¿No hay envidias ni resentimientos? Y en lo que respecta al incendio, ¿nadie vio nada? Era por la noche, sí, pero permita que lo cuestione.

—Grandieu habría podido comprar el silencio de los otros —conjeturó Francesca.

—Es posible. Puede que siga habiendo preguntas sin respuestas en esta siniestra historia, pero nuestro muerto era Rémi Fournier y la

culpable sin discusión se llama Isabelle Lamy —repuso Couturier mientras hincaba su cuchillo en una terrina que el Serio acababa de poner sobre la mesa.

—Laurent, ¿estás seguro?

43

—¡Se ha saltado usted mis órdenes!

En el despacho del tercer piso reinaba un silencio total. No había que pararse a escuchar ante la puerta para comprender lo que pasaba.

Sentado frente al inspector general, Andreani esperaba a que pasase la tormenta.

—Le dije que no siguiese, le dije que archivase el caso.

—Isabelle Lamy ha confesado todo.

Detravers hervía de ira.

—Es cierto, sí. Pero me pone usted delante de los hechos consumados. Aunque me parece exagerado hablar de confesión total. ¿Cree usted haber resuelto el caso del siglo? Un accidente, lo más.

—Homicidio. Involuntario, sí, pero sigue siendo homicidio. Que ha sacado a la luz algunos hechos…

—¡Hechos prescritos! ¿Lo hace usted a propósito? ¿Es usted tan ingenuo como parece? La señora Lamy es una catedrática reconocida y su detención ha hecho mucho ruido. La prensa no va a tardar en meter las narices en el asunto, pero, claro, en eso usted no ha pensado. Es usted un elefante en una tienda de porcelana, Andreani. Actuaré en consecuencia. Salga ahora mismo.

Se lo esperaba y estaba incluso extrañado de que no hubiese sido peor. Había ignorado a Detravers, se había saltado sus órdenes, se había empeñado en seguir. Pero tenía razón y habían descubierto las circunstancias de la muerte de Rémi Fournier. En cuanto a los hechos anteriores, la delación de Jacob, el incendio de la granja de los judíos y el de la casa de los Grandieu, se tendrían que contentar con hipótesis, unas más seguras que otras. Pero todo eso ya no importaba. Era Córcega lo que tenía en mente. Una voz le arrancó

de sus pensamientos.

—Tiene usted un aspecto muy soñador, Philippe.

Levantó la cabeza, asombrado al ver delante de él a la psicóloga, y se incorporó.

—Perdone, Francesca, pero salgo de una cita a solas con Dios padre en persona.

—¿Le ha felicitado?

—Si era esa su intención, no lo he comprendido bien.

—¿Intenta usted ser ingenioso, teniente?

Estalló a reír y le contó la entrevista con el inspector general.

—Ah, ahora entiendo mejor… Su reacción es normal. Es de la vieja escuela, eso es todo. Bueno… supongo que es inútil, ahora, pero…

—¿Pero?

—La discusión que tuvimos en el Serio. ¿Se acuerda de las parcelas?

Andreani la miró, sorprendido. Ella repitió.

—Las parcelas, Philippe. Las tierras de Jacob Silberman. Tengo todos los extractos del catastro desde 1911.

—¿Un regalito de su amor platónico?

—Es un hombre encantador. Y en vez de burlarse de él, haría usted bien en seguirme si el caso le interesa todavía.

El funcionario de Metz le había enviado a Francesca los registros catastrales del municipio de Eberviller desde principios de siglo hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Delante del ordenador, Francesca le enseñó el plano.

—Mire, está todo ahí. 1911, antes de la Primera Guerra Mundial, 1924, seis años después de la firma del tratado de paz, 1939, 1942 y el del 1953, el primer registro de después de la guerra.

Andreani se acercó, se inclinó sobre la pantalla e hizo desfilar los planos por orden cronológico.

—Le explico —continuó Francesca—. En 1911, cada familia, incluidos los Silberman (que ya eran los más grandes terratenientes del pueblo), tenía su parte de tierra. En 1924, la mayoría de las parcelas —señaló con el dedo la pantalla—, todas las que aparecen

ahora en azul, están ya en manos de los Silberman. En el 39 no cambia prácticamente nada. Pero en el registro de 1942 todas las parcelas que antes eran azules se vuelven verdes. Todas, salvo una: la casa de la calle de la Mâche, que sigue azul, o sea, de los Silberman. Al estar inscrita a nombre de su hermano Isaac también, Jacob no la pudo vender. El cambio es la consecuencia de la venta de Jacob Silberman a Émile Grandieu del 13 de junio de 1940. Todas las tierras Silberman pasan a ser propiedad de Grandieu. En 1953, tras la muerte de Sarah Silberman, y ahí está lo que quería enseñarle, once parcelas fueron restituidas a sus propietarios originales de 1911.

—Así que tenía usted razón… Grandieu compró el silencio de los otros.

—En cuanto a la delación de Jacob, todo parece indicarlo, sí. Piense en la época que era… Pero en cuanto al incendio de Sarah, tengo mis dudas. Pudo jugar a ser Robin Hood con las tierras, reequilibrar la balanza de alguna manera, pero que un pueblo entero cubriese un acto criminal me resulta más difícil de creer. Puede ser que, si fue él, simplemente no hubiese testigos.

—Pondría mi mano en el fuego por que fue él… pero, en cualquier caso, la desaparición de Sarah le vino bien a muchos de ellos. Es comprensible que nadie dijese nada.

44

El teléfono sonó cuando abandonaba el edificio.

—Mierda, Philippe, ¿dónde estás? ¡Te he buscado por todas partes! Le tengo.

Andreani quiso contarle lo que había descubierto Francesca, pero Couturier estaba tan excitado que no le dejó hablar.

—Me lo cuentas más tarde. Ponte las pilas. Por fin tengo el expediente de 1952; la gendarmería de Eberviller no me lo había mandado todavía, así que lo he conseguido por un atajo. Créeme, vas a alucinar. Te espero con Blaz en el sótano. Muévete.

A los cinco minutos se encontraron ante una puerta blindada.

—¿Qué coños se nos ha perdido en la Científica, Laurent?

Couturier le ignoró y pulsó el timbre. Blaczykowsky acudió a abrir.

—Qué hay, Blaz…

Couturier era el único que se atrevía a llamar al ingeniero jefe de la Científica por ese diminutivo.

—Blac-zy-kow-sky —le amonestó el otro—. Tampoco es tan complicado, joder. Blaczykowsky.

—Siéntate, Philippe —dijo señalándole una silla como si estuviese en su casa—. Blaz y yo tenemos algo que enseñarte.

El científico suspiró. Couturier, ignorándolo, le hizo una señal para que empezase a hablar.

—Como sabrás, aunque los análisis grafológicos siguen siendo una prueba frágil, hemos progresado una barbaridad los últimos años. Gracias al Logiciel Morphograph podemos trabajar ahora sobre lo que se llama el trazado constitutivo.

—Joder, eso es latín, Blaz.

—Vale, vale. Couturier, ¿tienes el género?

Este sacó el expediente que le había llegado por la mañana desde los archivos de París y se lo tendió.

—Ahí va el análisis. Sólo hay que apretar ahí y lo que antes nos llevaba semanas y tres peritajes diferentes va a… aparecer… ahora… mismo en la pantalla. ¡Ya!

Algo parecido a un cubo de Rubik tridimensional se dibujó en el ordenador.

—¿Ves, Andreani? Durante años nos hemos dejado la piel para demostrar que un pelo que nos habíamos encontrado en una escena pertenecía a un tipo determinado, aunque le hubiesen pillado in fraganti, pero hace…

—Abrevia, Blaz, ¿a dónde quieres ir a parar?

—Pfff… eso es lo jodido con vosotros, los de la Criminal. No tenéis ningún sentido de la puesta en escena.

Andreani se colocó las gafas encima de la cabeza y se frotó los ojos.

—Vale… Sin Bertillon estaríamos todavía en la Edad Media. Pero gracias a él sabemos que cada ser humano tiene sus propias huellas digitales. Estas constituyen una prueba irrefutable en casos de reincidentes, identificación de cadáveres y de autores de delitos. Hasta ahí, te lo sabes. Claro que con los descubrimientos de los años cincuenta en el campo del ADN. ¿Crick y Watson te dicen algo?… Watson… es gracioso, ¿no?

—No.

—Bueno, con el ADN dimos un paso enorme. Pero nuestros primos belgas han ido más lejos. Desde hace unos años, gracias a unos científicos de la Universidad de Lovaina, sabemos que cada persona tiene su escritura propia. Es de locos, ¿verdad? Es lo que se llama el trazado fundamental constitutivo. Nosotros lo llamamos el TFC, es más corto. Y lo que tienes ante ti es lo que se llama una firma gráfica.

Andreani observó otra vez el cubo multicolor que flotaba en la pantalla.

—¿Y eso es fiable?

—Tanto como el ADN.

Con un gesto, Blaz le pasó el relevo a Couturier.

—Mira. A la izquierda tenemos la carta anónima de denuncia a Jacob Silberman de nuestro glorioso patriota y a la derecha la declaración, firmada del puño y letra de Grandieu, que se encontraba en el expediente de la gendarmería de 1952 disculpando al peón de granja Louvel. Lanzamos el análisis y… aquí tenemos el resultado. Aplaudan, señoras y señores.

Andreani observó escéptico la imagen de la pantalla.

—¿Y?

—Que es negativo —dijo Couturier—. Negativo. Grandieu no escribió la delación de Jacob Silberman.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Andreani se volvió a quitar las gafas y suspiró.

—¿Seguro seguro? —volvió a preguntar.

—Nos hemos equivocado, Philippe. No hacemos otra cosa que dar palos de ciego desde el principio.

Ante la mirada atónita de su compañero, Andreani sonrió. Ya no tenía ninguna importancia.

—¿Te hace gracia?

—No, continúa. Supongo que no me has hecho venir a toda velocidad para enseñarme sólo esto, supongo.

—La verdad es que ha sido Blaz el que lo ha encontrado. Un poco por casualidad.

—Y ¿qué ha encontrado el querido Blaz?

Couturier le hizo una seña al técnico, que retomó el discurso.

—Bueno, la máquina, cuando no encuentra, empieza a buscar donde puede. Algo así como si se aburriese, ¿te imaginas? Así que ha comparado las otras pruebas grafológicas del documento. La declaración de los bomberos, la del alcalde, el interrogatorio de un sospechoso, las pruebas técnicas y…

—Ve al grano, Blaz, por favor te lo pido —le suplicó Andreani.

—Una demostración vale más que…

—Sí, vale más que mil palabras, ya lo sé —añadió Andreani impaciente.

Blaczykowsky retiró la declaración de Grandieu del cristal y colocó la transcripción de un interrogatorio del expediente, firmado con una letra torpe y muy apretada y repitió el proceso de reconocimiento grafológico. Pasados unos segundos, el resultado aparecía en la pantalla.

—Ahí lo tienes. En el blanco.

—¿Qué me estás dando a entender, Laurent?

—Míralo tú mismo —le dijo alargándole las dos hojas que acababa de escanear.

Andreani se colocó las gafas, observó la copia de la carta de la delación y posó su mirada en el documento del interrogatorio que acababa de analizar el técnico.

—¿No hay error posible?

—El margen es mínimo. Hasta hace poco, los análisis grafológicos tenían algunas contradicciones. Pero ahora no, los resultados los avalan los jueces.

—Pero la escritura cambia, se puede tener artrosis en las manos, no sé…

—Sí, claro. Pero esos parámetros están todos integrados. Cada una de las facetas incluye una de las evoluciones potenciales, ¿entiendes?

No estaba seguro de comprender todo, pero Couturier se lo resumió.

—Vamos, que el tipo que escribió la carta anónima de delación en el 42 es el mismo que firmó este interrogatorio diez años más tarde.

Pregúntate quién, entre estos pueblos y tú, las ha merecido más…

45

Con los codos apoyados en la barra, Andreani reflexionaba sobre el descubrimiento de Couturier. Émile Grandieu no había delatado a Jacob.

—Tempura de verduras —le anunció el Serio colocándole un plato de fritos de colores delante.

Blaz había detallado el análisis, aunque Andreani tenía todavía dificultades para aceptar sus conclusiones. ¿Cómo podían haberse equivocado hasta ese punto? En lo que respectaba a la ortografía, era imposible decir si las faltas estaban hechas a propósito o no, aunque los marcadores morfosintácticos, como le explicó el técnico, tendían a que fuesen artificiales. Demasiado típicas para ser ciertas, las había juzgado el científico. Pero la escritura no había sido modificada. Habían pasado la muestra por la criba de los prototipos de escritura de los años treinta, cuarenta y cincuenta. El que había escrito la carta debía tener unos doce o trece años en la época. Un chaval. ¿Era posible?

El científico explicó que la forma de las letras había ido evolucionando según los útiles de escritura de las diferentes épocas. La «o» había ganado «densidad» con la aparición del bolígrafo, pero la «f» se había «encogido» al mismo tiempo. La muestra correspondía a un niño, al final de la escuela primaria, a principios o mediados de los años cuarenta. El hecho disculpaba a Grandieu, por lo menos de la delación. Porque del incendio, de eso Andreani estaba seguro, era culpable. Pero habían quemado sus últimos cartuchos y otra falta con Detravers significaría tarjeta roja y un fuera de juego para los dos. En lo que le afectaba a sí mismo, le daba igual. Pero no podía hacer correr el riesgo a su colega.

Recapituló los hechos. Rémi Fournier, incendiario de la granja

Grandieu en 1973. Tres muertos. Ninguna prueba y ningún testigo. Muerto, no podía responder de sus actos. Émile Grandieu, responsable de la muerte de Sarah Silberman en 1952. Ninguna prueba, ningún testigo fiable. También ahí, la acción judicial sería nula. ¿De qué serviría juzgar a los muertos? Recientemente, la ley sobre la prescripción de cuestiones criminales había aumentado de diez a veinte años. Los hechos de los que hablaban habían sucedido en la prehistoria. Puede que hubiesen encontrado al que fue el origen de toda la historia, ¿pero de qué servía insistir en sacarla a la luz? ¿Por qué se empeñaba? En la esencia, sólo había una verdad: la de los muertos. Jacob, Isaac, Sarah, Rémi e incluso Grandieu. No volverían, ni de los campos ni de las llamas. Tampoco Isabelle Lamy se recuperaría jamás. Había llegado el momento de escuchar los consejos, de pasar página, de mirar las cosas desde otro ángulo, de cambiar de aire y de horizonte.

—Me pone uno más, Pierre, por favor…

—¿Por favor? Pues no, Philippe. No le hago el favor. No me gusta nada ver a mis clientes emborracharse, y menos a usted. Me perdonará usted la franqueza. Ya sé que algo le preocupa, pero sea cual sea la naturaleza de su problema, no me parece adecuado ahogarla. Y menos en un Frapin XO.

Salió. No podía reprocharle nada a Timonier, sabía que tenía razón, beber no iba a cambiar nada. Pensó amargamente en su descubrimiento: Grandieu no era el autor de la monstruosidad, había sido un chaval. Pero si las tierras no habían sido el motivo, ¿qué quedaba? ¿La ignorancia? ¿El odio a los judíos? Jacob no se había hecho muchos amigos, la verdad, y eso si tenía alguno. Otra cosa le preocupaba: no sabía cómo se iban a tomar Francesca y Couturier la noticia.

46

—¡No sirve de nada olerle el culo!

Se volvió.

—¿Perdone?

—El melón de invierno no huele a nada. Es un melón verde, la carne se mantiene firme y no desarrolla su sabor más que acompañado por un oporto o un moscatel —explicó el tendero—. Tome, coja este.

—Tiene razón, Rodrigo, ha sido un gesto ridículo. Me pongo en manos del especialista. Por cierto, ¿qué tinto de su país me recomendaría? Uno ligero, sin demasiados taninos…

—¿De mi país? —repitió el español con un aire soñador—. ¿Sabe usted? Cada vez que vuelvo a España me siento más extranjero. ¿Lo ha oído usted? No se habla más que de fronteras. Mi madre es catalana, mi padre andaluz. Emigraron a Francia en los años sesenta dejando tras de sí una nación que se llamaba España. ¿Y ahora? Mis primos me hablan de otro país, de colegios en los que está prohibido hablar el castellano. Y me lo cuentan ¡a mí! en catalán. Verá usted, dentro de poco, hasta nos van a prohibir llevar un nombre español… Y yo, ¿qué soy? Y eso que esperábamos que con Europa la época de los nacionalismos se hubiese acabado. Pues no, al final vamos a acabar siendo todos apátridas. Me gusta mucho Francia, sí, pero nunca será mi casa. No sé si puede comprenderlo… Dos patrias, pero sólo un corazón… Bueno, quería usted un tinto ligero…

Pensó en una de las citas del Serio. Duas esse patria… Algo parecido. Dos patrias, una del corazón, la otra por necesidad. Dos patrias que se repelen como las polaridades de los amantes entre las que Rodrigo se sentía dividido, desgarrado. El amor y la razón, de

alguna manera. Dos patrias que… Dos patrias. Las dos palabras se entrechocaban como electrones bombardeados los unos contra los otros.

La idea que acababa de nacer en él fue como una descarga de adrenalina. Al entrar en su apartamento dejó las llaves en el mueble abarrotado de la entrada. Al hacer sitio para la cartera, un compacto cayó al suelo. Mingus, por qué no. Nunca había comprendido del todo al contrabajo, no había conseguido mantenerse a la escucha más que algunos minutos sin desconcentrarse. Metió las compras en la nevera y se decidió a darle una oportunidad más al músico. Fue al salón y metió el disco en el lector. La pieza comenzaba de manera poco habitual con un solo de batería. Burned Lands. Tierra quemada. Tres minutos treinta de estridencias, erupciones volcánicas amplificadas monótonamente en un ritmo hipnótico. Como Coltrane en A Love Supreme, el jazzman se había dedicado a repetir ad libitum la composición con una voz sepulcral. ¿Por qué le parecían esas dos palabras tan evocadoras?

Recordó el discurso del Serio; la guerra, las llamas, la tierra quemada. Se puso a buscar el libro que le había dejado Timonier; buscó en la estantería, les dio la vuelta a los almohadones del sofá y acabó por encontrarlo bajo una pila de facturas. Ahí estaba el párrafo que buscaba:

> *No te indignes, Albión, pues te pertenecía la antorcha que desde el Rin hasta el Tajo encendió parecidas hogueras. Cuando vengan estas calamidades a fundirse en tus orillas, pregúntate quién, entre estos pueblos y tú, las ha merecido más.*
>
> *Una vida por otra, tal es la ley del cielo y de los hombres, y en vano lamentará la catástrofe, aquella que prendió fuego al conflicto.*

No conseguía apartarlo de su mente. Había abierto el Ribera del Duero que le había recomendado el tendero y había escuchado una y otra vez la misma pieza. Leído y releído el párrafo del libro de Timonier. Revisado sus notas sobre el caso Fournier, dejando de lado los hechos para concentrarse en el contexto. La guerra, las tierras, las modificaciones en el catastro, los nombres de los sitios, el

monumento a los caídos.

De los campos calcinados emergía una Mariana enfurecida con los labios ensangrentados y una espada vengadora levantada amenazadora sobre su cabeza. Tras ella, una nube macabra que no dejaba más que desolación a su paso. Una hidra de largos cabellos rojos flotaba por encima de una fosa y le miraba, recriminadora, para transformarse en la cara sonriente de Bardel con las cuencas de los ojos vacías. El policía le hizo signos para que se acercase. Una deflagración retumbó en sus oídos. Se despertó con su propio grito, bañado en sudor y con la boca como si hubiese atravesado el desierto. Se levantó del sillón en el que se había dormido y fue a la cocina a por un vaso de agua.

Se masajeó la espalda dolorida e intentó poner orden en su cabeza. Una idea descabellada le asaltó. Se puso a buscar su teléfono por el apartamento sin encontrarlo; rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y acabó encontrándolo en la nevera. Preguntándose todavía cómo había podido llegar ahí, marcó el número de Francesca. Esta contestó tras varios pitidos.

—¿La despierto?

—¿Philippe? ¿Ha pasado algo?

—Perdone la hora, Francesca. Quería… preguntarle…

—Dígame…

—Ya, ya sé que es tarde… pero he tenido una idea.

—¿Una idea? Bueno, no dormía todavía… es sólo que estoy sorprendida, eso es todo.

—Quería proponerle… que mañana, si no tuviese nada que hacer…

—¿Proponerme qué exactamente, Philippe?

—Pues… ¿no echa en falta ese precioso pueblecito de la Mosela?

47

Eberviller, noviembre de 2016

—¿Qué quieren ahora? —les espetó la dueña del restaurante de la Hersch al ver a Francesca y a Andreani entrar en su local.

—Sólo hablar con usted.

—Tengo cosas que hacer.

—Soy policía en la Brigada Criminal de Nancy —dijo Andreani, omitiendo que su visita no tenía nada de oficial—. Estamos investigando un caso vinculado al pueblo. Y buscamos información sobre la familia Silberman.

—Ya sabía yo que escondían algo. Y yo que creía que eran periodistas… No tengo nada que decir. No sé nada.

—Creo que miente usted —afirmó Andreani—. Mienten todos ustedes. ¿Qué es lo que esconden? ¿A quién protegen? ¿Al delator de Jacob Silberman?

El rostro de la dueña quedó petrificado. Clavó los ojos en los del policía.

—No sé de qué me habla.

—Sí, claro que lo sabe usted. Lo saben todos. Sabe muy bien quién denunció a Jacob Silberman. Como apuesto a que también sabe quién pegó fuego a su casa en 1952.

—Pero ¿qué dice? No se viene a molestar a la gente de bien con cuentos chinos. Déjenos en paz.

—¿Prefiere usted que la cite en la brigada? —preguntó, lanzándose un farol.

—¿Citarme? ¿Y por qué, si se puede saber? ¿Qué es lo que he hecho?

—Ocultación de crímenes. El incendio de 1952 en el que murió

una joven, Sarah Silberman.

—Eso es una historia de hace mil años y no hay nada que contar. Fue un accidente.

—¿Cómo está tan segura?

—Pues… es lo que se dice.

—¿Quién lo dice?

—Yo… No sé nada, por Dios, déjeme tranquila —respondió la mujer con la cara desencajada.

—¿Conocía a los Grandieu? ¿A Émile Grandieu?

—Al Grandieu le conocía todo el mundo. ¿Y qué?

—Sí, ya sabemos que en el pueblo era muy apreciado.

—No tengo ni idea. Era pequeña en esa época.

—Su madre estará más enterada…

—Deje a mamá fuera de esto, ella no tiene nada que ver con esa historia.

—¿Qué historia?

—Yo… los…

—¿Qué historia? —repitió Andreani levantando el tono.

—No…

—¡No mienta!

La mujer se sobresaltó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Déjeme, por Dios —imploró—. Nosotras no tenemos nada que ver.

—¿Que no tienen nada que ver? Entonces, ¿quién? ¡Quién!

—Nosotras no. No nosotras. No hemos hecho nada —repitió, la voz entrecortada por los sollozos.

—En ese punto tienen razón. Sabían, pero no hicieron nada para evitarlo. Un hombre fue deportado para morir en un campo de concentración, y no hicieron nada; una mujer ardió viva, y como todos los otros, tampoco hicieron nada. Sólo compartir el botín.

—¡Nosotras no! ¡Nosotras teníamos el restaurante! ¡No recibimos ninguna tierra! ¡No tenemos nada que ver!

—Pero no dijeron nada. Dejaron hacer. Miraron cómo ardía viva la joven de la granja de los judíos. Miraron cómo se llevaban a Jacob Silberman sin decir nada.

El rostro de la mujer cambió.

—¡Fue justicia, nada más que justicia! —gritó—. ¡Eran sus tierras! ¡Suyas! ¡El judío se las había robado! ¡Robado, las robó!

—Esas tierras… ¿valían eso, esa mierda de tierras? —gritó Andreani, la cara roja de rabia, los ojos exorbitados.

La mujer abrió la boca para replicar cuando sus ojos se cruzaron con los de Francesca. Su rostro se desmoronó, dando paso a la congoja.

—No puede comprender, no tiene ni idea —replicó, antes de desaparecer en la cocina.

Francesca no le había visto nunca en ese estado. Se acercó para cogerle del brazo.

—Philippe…

Se giró bruscamente para observarla con una mirada asesina.

—Vámonos. Por favor.

—¿Era necesario, Philippe? ¿No le ha parecido desmesurado? ¿A dónde le ha llevado esto? —le preguntó Francesca, levantándose el cuello del abrigo.

Tenía razón. ¿A dónde los había llevado la visita? A nada, lo sabía. Pero estaba decidido a ir hasta el final. Tenía que acabar.

—Lo sabe todo, como lo saben los archivos de la prisión y el catastro. ¿Se da usted cuenta? Esta historia pasó hace décadas y, sólo con mencionarla, todos se cierran en banda. ¿Por qué, si no tienen nada que ocultar?

—No hablarán, Philippe. Hace años que viven con ello sobre la conciencia. Se ha convertido en parte de ellos.

—¿Cree que tienen el más mínimo remordimiento? ¿Algún sentimiento de culpabilidad?

—Sí. Una culpabilidad colectiva, que les permite diluir la responsabilidad. Unidos los unos a los otros, aunque no viviesen los acontecimientos, como esa pobre mujer.

—¿Pobre mujer? ¿Eso es lo que cree usted?

—La hace usted el chivo expiatorio de todo el pueblo. La hace

responsable de la delación, aunque no hubiese nacido cuando ocurrió. Responsable de la muerte de Sarah Silberman, aunque llevara pañales cuando sucedió. Todos los protagonistas están muertos, llega usted tarde. ¿Es eso lo que no puede aceptar?

No contestó.

—Dígame, Philippe, ¿qué es lo que busca exactamente? —dijo mientras se dirigía al coche.

El policía arrancó bruscamente, la grava chirrió bajo las ruedas. Cogió la calle principal. Al pasar por delante de la iglesia, Francesca posó la mano sobre su brazo.

—¡Deténgase!

Sin mostrarse sorprendido, Andreani frenó de golpe y detuvo el coche.

—Sígame —le dijo abriendo la puerta.

Al ver que se quedaba sentado, las manos fijas en el volante, insistió.

—Venga conmigo.

Dudó y salió. Se acercaron al monumento por los caídos en la guerra del pueblo.

—Yo también he tenido una idea. Mire, Philippe.

Andreani recorrió las inscripciones grabadas en la piedra y recitó, irritado, los nombres.

—1914-1918. A nuestros muertos. Grandieu, Jeannot, Grandieu Marcellin. Silberman, Aarón… ya me lo enseñó usted la última vez.

—Lo sé, Philippe. Y no me di cuenta.

—¿De qué? Los Grandieu al lado de los Silberman, sí. Lo que no le impidió quemar a Sarah viva.

—Sí, Philippe, pero no es eso lo que le digo. Mire otra vez, pero intente mirar más allá —le dijo señalando la parte trasera del monumento.

Dio unos pasos, rodeó el monumento y siguió con los ojos los nombres grabados en la piedra, parándose en la mitad. La psicóloga continuó.

—No lo vi. Y cuando lo comprendí, fue como una bofetada.

«Karl Lanzmann», el nombre estaba grabado en la piedra, sin

dorar. Eberviller había sido a la vez francés y alemán: su misma memoria lo atestiguaba.

48

Aldea de Deckange, noviembre de 2016

—«Yo, Charles Lanzmann, gendarme de Eberviller, Mosela (57) —leyó en voz alta Andreani—, declaro: en la noche del 21 de noviembre de 1952, hacia las once y cuarenta y cinco, Pierre Colinet, alcalde del municipio de Eberviller, Mosela (57), declara haber denunciado un siniestro de naturaleza incendiaria afectando el inmueble de la calle de la Mâche 3 en la población mencionada. El declarante afirma haber informado al cuerpo de bomberos de la brigada de Hackange, que se personaron en el lugar de autos. El declarante afirma...». ¿Es este su informe, brigada?

Pues claro que era su informe, si su nombre estaba ahí. Pero ya se lo había contado todo la última vez. ¿A qué tanta pregunta? Fue la primera vez que llevó un caso con su padre, que le dijo que escribiese el informe para irse haciendo la mano al papeleo. ¿Qué es lo que quería ese tipo, que aparecía así, sin avisar, con esa mujer que se las daba de gran dama?

—No sirvió usted en la guerra, ¿no, señor Lanzmann? —continuó Andreani.

¿Él? No, claro que no. Era del 29, demasiado tarde para la primera y demasiado pronto para la segunda.

—Pero su abuelo, él sí que combatió, ¿no?

¿El abuelo? Pero ¿qué podía importarle si su abuelo o él habían luchado en el siglo pasado? Sí, su antepasado había luchado en la Gran Guerra, pero no volvió, como daba fe el nombre grabado en el monumento a los caídos.

—Y su padre se hizo gendarme, ¿es eso correcto?

¿El padre ahora? Por Dios, claro que su padre era gendarme.

Como él, que le siguió, y su hijo que cogió el relevo. Habían tenido que resignarse a vender los campos que no conseguían cultivar y el padre, con una recomendación de su primo, el Lucien, que estaba en la policía de Metz, había entrado en el cuerpo de gendarmes.

—Y al igual que su hijo, lleva usted el nombre de su padre, si no me equivoco.

—¡Pero por Dios! —explotó el anciano—, ¡claro que me llamo Charles! ¿Qué son estas tonterías?

—¿Su padre no se llamaba Karl? —preguntó Andreani.

El hombre le observó, receloso.

Karl Lanzmann.

Los ojos del anciano gendarme se posaron sobre una fotografía amarillenta. ¿Había que volver sobre esa historia?, se preguntó.

Tras el desastre de 1870, cuando los boches anexionaron la zona, trazaron la frontera sin preguntar a nadie. Eberviller se quedó del lado francés, pero la aldea de Deckange, que hasta entonces pertenecía al pueblo, se convirtió en Deckingen. La nueva frontera pasaba a unos metros de la granja de los Lanzmann. Y como los otros campesinos del pueblo que vivían a ese lado, de la noche a la mañana, los Lanzmann se convirtieron en alemanes. ¿Qué hubiesen podido hacer?

Una maldita frontera, sí, eso fue lo que destrozó su vida. Una frontera, que, tras la capitulación de Francia ante Prusia, había hecho de Eugène Lanzmann, su bisabuelo, nacido francés en 1849, un ciudadano alemán de la noche a la mañana. Un prusiano, un casco de punta, vamos.

Y en 1874, Eugène había sido padre.

—¿Cómo se va a llamar el niño? —le había preguntado el funcionario del Reichsfamilienstand.[8]

—Charles, Eugène, Paul.

—Gut, dann sagen wir…[9] *Karl, Eugen…*

—No, no, no Karl. Charles, Charles.

El funcionario levantó la pluma.

—Eugen und Paul, kein Problem. Charles? Nein, das geht gar nicht. Karl.[10]

Con su segundo hijo, el Martin, no había tenido problemas. Sólo que se pronunciaba de manera diferente, nada más. Efectivamente, no había ni que pensar en darle a un niño nacido en el Reich alemán un nombre galo. Ningún elemento francés debía subsistir, ni en la lengua ni en las leyes, ni en las almas ni en los corazones. Alsacia-Lorena ahora era alemana.

Eugène lo contaba, por las noches, a la hora de la cena. Los topógrafos alemanes y franceses no conseguían ponerse de acuerdo. En 1871, el Tratado de Fráncfort había impuesto la partición de la Mosela. En Eberviller, la situación era complicada. El pueblo se encontraba justo en la mitad de la línea trazada por los vencedores entre Mont-Saint-Martin y Uckange. Tardaron semanas. Al final, propusieron seguir la frontera natural y, como la zona era más bien plana, siguieron el curso del río. De la noche a la mañana, su granja se encontró en el lado alemán. Eugène no estaba contento, pero se tuvo que aguantar. Después de todo, no podía meter sus tierras en una maleta y llevárselas. Así que se quedó. Rápidamente, los prusianos impusieron sus leyes, su administración y sus costumbres. Los primeros colonos, unos ásperos campesinos de Pomerania y Sajonia, hicieron su aparición. Había que reconocer que para el trabajo de la tierra eran buenos, sí. Unos tipos bajos y robustos, de espalda encorvada y labios prominentes, de palabra dura y mirada hostil.

También en el colegio empezaron a darse cuenta de lo que la frontera significaba. Para los críos de la orilla izquierda nada cambió, seguían yendo a la escuela de Eberviller. Pero los de la orilla derecha tenían que ir a la Grundschule de Deckingen, y ahí, ni pensar en hablar una palabra de francés. Al principio, los niños seguían jugando juntos después del colegio. Pero poco a poco el foso se había ido ensanchando.

En 1914, los dos hijos del Eugène no tuvieron ni la fuerza ni el valor de unirse a los insumisos y luchar por la patria de su corazón, y se integraron en las trincheras con el uniforme gris. Después de todo,

para ellos, el Deutsches Reich era el país en el que habían crecido; el alemán, la lengua que habían aprendido en el colegio; Gott mit uns la divisa escrita en su libro de moral y Heil dir im Siegerkranz el himno que cantaban por el trono y por el imperio. Por el emperador Guillermo II cayó Karl en 1917, dejando a un huérfano tras de sí. Karl, segundo del nombre, nacido en 1906. Por el Vaterland saltó Martin sobre una mina en la colina de Vauquois, donde se dejó un brazo y la mitad de la cara.

Pasada la guerra, ¿qué quedó de tanto absurdo dolor?

Para la mayoría de los habitantes, un sentimiento de orgullo, de júbilo y de alivio. Para los Lanzmann, no quedó más que la vergüenza cuando la madre y el tío Martin, con la careta de caucho que le tapaba lo que le quedaba de cara mal ajustada, deambulaban por las calles del pueblo.

Nada más que una cólera contenida cuando había que ir a pie al pueblo de al lado para comprar algo que comer, tras la negativa de la carnicera de Eberviller de venderles nada.

Nada más que la impotencia del pequeño Karl, que intentaba ayudar como podía a la madre y al abuelo en la granja.

Nada más que la angustia, cuando los chicos del pueblo, el Émile Grandieu y el Isaac Silberman a la cabeza, le molían a palos diciendo que su padre era un traidor. «No eres de los nuestros». ¿Pero qué? ¿Era su culpa, la suya, que los prusianos hubiesen trazado la frontera en el río, importándoles bien poco quién pudiese estar de un lado o del otro? No, no era su culpa, pero eso no cambiaba nada. No cambiaba nada de nada.

Nada más que la pobreza, cuando se vieron obligados a vender la granja y las tierras al judío Talmi Silberman, cuya explotación no paraba de prosperar.

Nada más que la rabia, cuando unos años más tarde, en 1924, se inauguró el monumento que los escarnecía cada día de Dios.

—¡No se puede hacer eso! —protestaron aquellos cuyos hijos habían caído por Francia—. No podemos grabar sus nombres en el mismo sitio.

—Aunque los que cayeron lo hiciesen del lado de los alemanes,

eran gente de aquí, eran nuestros primos, tíos, cuñados, ¿no? ¡Es culpa de la maldita guerra, todo esto!

Algunas buenas almas sugirieron que ello constituiría un gesto de concordia para las siguientes generaciones, pero la sangre derramada había anulado todo sentimiento de fraternidad entre los hermanos convertidos en enemigos. Los alemanes se habían ido, Deckingen había vuelto a ser Deckange, pero nadie lo olvidaba.

Un día de mayo, el alcalde, que volvía de la feria agrícola de Ventrange-Grande, tuvo una discusión con sus concejales: ellos, los de Ventrange, habían encontrado una solución.

—Como aquí, sus hombres lucharon en los dos lados. De alguna manera, cayeron juntos, sólo que cada uno de su lado. Así que lo podríamos hacer como ellos. Grabar todos los nombres en el monumento, pero cada uno de su lado.

La discusión dividió otra vez a los habitantes del pueblo. Se protestó y se riñó, pero pasados los días, la discusión se agotó y acabaron por aceptar la propuesta del alcalde.

Llovía ese 11 de noviembre que se había declarado el día del recuerdo. Llovía a cántaros, así que nadie pudo ver las lágrimas que rodaban del único ojo de Martin, que se mantenía apartado del grupo y en traje de civil —ni soñar con vestir el uniforme de la ignominia—. Tampoco fue nadie testigo de la desesperación que desgarraba al Eugène, encerrado en su sótano, aullando como un lobo a la espera de que cesase el tañer de las campanas de la iglesia.

Ese día, el orgullo inundaba los corazones de los habitantes del pueblo. Pero los Lanzmann no veían más que una cosa: su nombre grabado en letras negras en el lado oscuro del monumento a los muertos de Eberviller.

Karl Lanzmann se convirtió en gendarme. Un gendarme celoso de la ley, demasiado estricto, demasiado brutal, que multaba al uno y al otro; un gendarme que jamás tuvo un ascenso y al que la jerarquía acabó por aparcar en la inscripción de remolques agrícolas. Un gendarme que lo había intentado, sí, Dios mío. Había

intentado borrar esa maldita frontera encarnando el orden, la ley y la República misma, lo que repetía mientras se pavoneaba con el vientre hinchado en un uniforme demasiado estrecho y unas botas limpias como espejos. Lo había intentado en el 29, llamando a su hijo Charles. Charles, ¡por fin Charles! Lo que era un alivio, por cierto, porque empezaba uno a perderse en la historia de los Lanzmann.

Claro que en el pueblo se intentaba no pensar demasiado en esa maldita guerra. Los alemanes se habían ido, el dolor se difuminaba lentamente, pero las cicatrices no querían cerrarse. Karl Lanzmann, gendarme o no, era y sería para siempre el hijo del que luchó al lado de los boches. Y su hijo bien podía llevar un nombre francés, pero no cambiaba nada, porque para los habitantes del pueblo, era y sería para siempre der kleine Karl.[11] *Sí, la frontera estaba todavía en la mente de todos y cada uno de ellos y nada podría hacer desaparecer los estigmas de la familia Lanzmann.*

¿Qué podía comprender, él, der kleine Karl, nacido más de diez años después del fin de la contienda? ¿Qué entendía del mundo en el que crecía? ¿Qué comprendía él de las crisis del tío abuelo Martin que caía al suelo con espasmos y babeaba como una vaca? ¿De las lamentaciones de la madre que perdía la cabeza y de las cóleras imprevisibles del padre y los correazos que las seguían? ¿De las miradas torvas que le perseguían, las bromas que los otros chicos le escupían a la cara? ¿Cómo podía comprender por qué todo el mundo en el pueblo se empeñaba en llamarle der kleine Karl cuando se llamaba Charles? ¡No era su culpa!

Y si su padre le daba demasiado a la botella, si se le iba la mano con los golpes que le daba a su hijo en sus ataques de rabia, si estampaba las sillas contra las paredes cada vez que la campana tocaba a muertos, no era culpa del padre, tampoco. Él, der kleine Karl, lo sabía bien, de quién era. Si su abuela, viuda de guerra, había tenido que vender las tierras al judío como los otros del pueblo, no era suya la culpa. Der kleine Karl sabía bien de quién era. Y si el tío abuelo Martin había vuelto de la guerra con la mitad de la cara destrozada, der kleine Karl sabía bien de quién era la

culpa. Del judío. Todas esas desgracias eran culpa del judío. ¿No era lo que se decía por todas partes? ¿Lo que se leía en los carteles pegados por los muros? ¿Lo que les enseñaban en la escuela? Que era él, el judío, la ruina moral de la patria. Que era él, el judío, el que se aprovechaba del trabajo de los verdaderos franceses. ¿No fueron ellos, los judíos, los que se escondieron en la Gran Guerra mientras los franceses luchaban? Sí, fue el judío, el responsable del desastre de 1870, del de 1940, de todos los desastres, de todas las miserias, de la sequía, de las inundaciones, del pulgón, de la peste y la cólera y de todo lo demás. Después de todo, eran judíos. ¡Los judíos, por Dios, los judíos!

Andreani sacó la carta que el anciano gendarme había enviado a la prefectura de Mosela hacía más de setenta años, la desdobló y colocó en la mesa.

—Fue por eso, ¿no?

El anciano, los rasgos endurecidos, le miró con desconfianza.

Fue durante una conversación en voz baja entre el Émile Grandieu y la Jeanne cuando der kleine Karl, a sus trece años, se dio cuenta de que por fin tenía la oportunidad de cambiar todo. Subió al bosquecillo de Froidcul y ahí le vio, al judío, al Jacob.

¿Qué se dijo entonces der kleine Karl? Que, si se llevaban a ese Jacob, que les había quitado la granja, el padre dejaría de azotarle con el cinturón. Que, a lo mejor, a su madre le volvería la cabeza. Que, después de todo, en el pueblo, todos le odiaban, al Jacob. Que a nadie le importaría que desapareciese. Sólo tendría que escribir una carta, lo que, además, era su deber como patriota, como les repetía el maestro en la escuela. Y como el padre era el gendarme, puede que hasta le mandasen a él a arrestar al judío. E incluso era posible que los alemanes le concediesen una medalla. ¡Una medalla, eso sí que impondría respeto a los del pueblo! «Gracias, Karl, gracias, Charles, gracias por habernos librado de esa basura», les dirían. Sí, eso fue lo que creyó der kleine Karl a sus trece años.

Habían ido a arrestar al Jacob al bosque de Froidcul, y aunque

no todo salió como lo había imaginado der kleine Karl, las cosas cambiaron en el pueblo. La gente saludaba a su padre y hasta se quitaban el sombrero al verle y los otros chicos ya no se burlaban de él en el colegio.

—¿Qué importa eso ahora? El Jacob está muerto. Parece que la palmó en uno de los campos esos, donde los gaseaban en las duchas o los pasaban por el horno, nunca lo he sabido muy bien. Hasta se dice que son mentiras, todas esas historias. ¿Debería darme pena? —Lanzó una risa socarrona—. Puede que hasta tuviese que excusarme, fíjese. ¿Y él? ¿Se excusó él de todo el mal que hizo? ¡Lárguense! ¡Váyanse! Hagan lo que quieran, pero si creen que me arrepiento…

Ahí están los males, extraños para aquellos que nunca inclinaron la frente bajo el yugo vencedor.

—Su padre sabía lo del contrato, ¿no? El pacto que firmaron Grandieu y Jacob para proteger las tierras.

—¡Todo el mundo lo sabía! ¿Y qué?

—Le volvía loco, supongo. No podía soportar que el judío Jacob se escapase así.

—¿El judío Jacob? —El anciano soltó una risa burlona—. No ha entendido usted nada. ¿Qué importaba que fuese judío o no, el Jacob? Nos importaba un bledo su mierda de religión. En esa época, todo el mundo odiaba a los judíos. ¿Cree que nos parábamos a preguntarnos por qué? Qué quería que hiciésemos, ¿eh? No era nuestra culpa, ¿no? Era así, siempre había sido así. ¿Por qué iba a cambiar? Judío o no, a nosotros nos daba igual. El Jacob era un cabrón, un ladrón. Aunque es verdad que los alemanes estaban obsesionados con eso; no bromeaban con ello, no. ¡La ocasión era perfecta, eso es todo! Sobre todo, no había que dejarla pasar, porque una oportunidad tan buena no volvería otra vez. Judío o no, fueron nuestras tierras las que robó. ¡Nuestras tierras! ¡Nuestras tierras! —repitió.

—La ocasión era única, sí… Y, denunciando a Jacob, condenaba al mismo tiempo a Grandieu.

El viejo lanzó una carcajada.

—¿Grandieu? ¿Ese mariquita? Era peor que el otro, si eso es

posible. ¡Un oportunista! El perro que espera a que le lancen un hueso. Y cuando después de la guerra nos devolvió nuestras tierras se tomaba por no sé quién. Se creía el Rey Sol. Hasta la gente le llamaba señor, a ese mierda. ¡Y eso que tuvimos que suplicar como mendigos para que nos devolviese lo que era nuestro! Puede estar seguro de que me hubiese encantado que los boches se lo llevasen también.

—Pero los alemanes no vinieron a detenerle.

—No, y eso sí que fue una pena. Le hubiesen mandado también a Polonia o a no sé dónde, le hubiese ido bien, a esa basura. Pero desgraciadamente eso no podía pasar.

—¿Qué no podía pasar?

—¡Que viniesen los alemanes! Pero usted ¿qué se cree? ¿Que había uno en cada esquina aquí, en Eberviller? ¡Pues claro que no! ¡Los que hacían la limpieza por ellos, por los boches, eran los vuestros! ¡Vosotros, la policía! ¿Creía usted que fueron los alemanes los que vinieron a por el Jacob? ¡Fue uno de sus colegas de la Brigada de Metz! ¡Sí, fue Lucien Bontemps el que se lo llevó! Era incluso un primo de mi padre. Uno de los vuestros, sí, la policía francesa con sus amigos de la milicia.

Detravers. Andreani comprendió por fin. El papel de la policía durante la guerra. Las palabras de aviso de su amigo Jean François. La placa conmemorativa de la comisaría de Nancy, delante la cual pasaba cada día. Édouard Vigneron, el jefe de los servicios de extranjería, y Pierre Marie, su segundo, que bajo la ocupación avisaron a 385 judíos antes de que los arrestasen para deportarlos. Había que mantener la fachada bien al sol, de manera que los nombres de los Justos, grabados en letras de oro, pudiesen brillar. Y ahora, más que nunca, cuidar de que el otro lado nunca saliese de la oscuridad.

—El judío no era ningún problema. ¿A quién coño le importaba? Pero se querían llevar a los del pueblo también. Querían saber quién le había escondido, al Jacob. Menos mal que mi padre estaba ahí… Cuando se enteró de que venía la milicia, les salvó a todos el cuello, que si no hubiese estado ahí…

8 Registro civil.

9 Bien, entonces digamos. (En alemán en el original).

10 Eugen y Paul están permitidos. ¿Charles? No, eso es imposible. Karl.(En alemán en el original).

11El pequeño Karl.

49

Casa Hersch, Eberviller octubre de 1942

—¿Quién escondía a esa basura?

El policía había reunido a los hombres del pueblo. En el restaurante reinaba un silencio de muerte.

—Por Dios, Lucien, ya tienes a tu judío. ¿No es suficiente ya?

—Escucha, Karl, no puedo volver así. Los alemanes van a hacer preguntas.

—¿Qué nos importan los boches? Mira a tu alrededor. ¿Qué ves? Tu familia, tus hermanos. Estamos entre nosotros, ¿no? Entre franceses. Llévate al judío y les cuentas lo que se te ocurra a los alemanes, pero no puedes entregarles a uno de los nuestros.

—Karl, los alemanes castigan algo así con la pena de muerte, lo sabes. No bromean con eso.

—Y a quién vas a mandar a la guillotina, ¿eh, Lucien? ¿Al Henri, con el que eras uña y carne desde pequeños? ¿A lo mejor al Paul, el hermano de la Louison, por la que se te caía la baba? ¿Al François? Su padre luchó al lado del tuyo, por Dios. ¿O a lo mejor a mí, tu primo, ya que te pones?

—No sé, Karl —dudó el miliciano—. Qué…

—Ya se te ocurrirá algo, pero no te puedes llevar a los del país.

El miliciano acabó por bajar la mirada y aceptar los argumentos de Karl Lanzmann. Se fue dándose por satisfecho con la presa. Los hombres se quedaron todos en el bar, intercambiando miradas avergonzadas.

Fue el alcalde del pueblo el que habló el primero.

—Karl, sabes… en fin, gracias.

—Te debemos una, Karl —añadió Pierre, azorado.

—Sí, te debemos una —secundaron los otros dándole unas palmadas en la espalda mientras pasaban a su lado.

Karl Lanzmann se quedó inmóvil, impasible. Pero en su fuero interior, Karl Lanzmann, el paria, había triunfado.

En el pueblo empezaron a llamarle Charles. Después de todo, Karl no era un nombre de los nuestros. Al verle, le regalaban una botella de licor de ciruelas o un tarro de judías. Es un placer, Charles, de verdad. Se prohibió a los críos reírse de der kleine Karl. Después de todo, el chico tenía un nombre. Charles, un nombre de aquí. La mantequilla escaseaba y era impagable, pero para la mujer de Karl siempre había un trozo para mejorar la sopa. Es un placer, señora Lanzmann, es un placer…

Pero todo tiene su fin, y la guerra no es una excepción. Pasado el estupor de ver los tanques americanos rodar por las calles del pueblo, pasado el júbilo que acompañó el fin de la contienda, pasados los ajustes de cuentas, las mujeres con la cabeza afeitada, las denuncias por el mercado negro, quedó esa historia del judío. Estaba claro que había sido alguien de la zona el que le había denunciado. ¿Quién de otro lugar hubiese podido saber dónde se escondía? ¿Pero de qué servía escarbar? La guerra había terminado y lo mejor era olvidar todo. Sí, trazar una línea tras el pasado. Volver sobre él no traería más que problemas. Así fue como dejaron correr el tiempo, olvidaron la guerra, olvidaron a Jacob y olvidaron el gesto de Karl Lanzmann, que había salvado el cuello a los hombres del pueblo. Charles volvió a ser Karl otra vez. Karl Lanzmann, el hijo del que… Así que Karl Lanzmann se puso otra vez a beber, a beber más que nunca, a zurrar al hijo, a su mujer y hasta a su perro, por todo y por nada, a destrozar los muebles en sus ataques de rabia en los que maldecía a la tierra entera. Pero hiciese lo que hiciese, dijese lo que dijese, bebiese lo que bebiese, siempre sería Karl Lanzmann, el hijo del que luchó con los boches en la Gran Guerra. Y aunque el nombre grabado en letras negras empezase a desaparecer bajo el musgo que invadía la cara oscura del monumento a los caídos, eso no cambiaba nada. No, no cambiaba nada de nada. Nadie había olvidado. Nadie olvidaría jamás.

Fue el día después del 11 de noviembre de 1957 cuando se encontró, con el uniforme descuidado, las botas sucias y la cara dentro de un charco, a Karl Lanzmann. No se supo bien qué le había matado. Demasiado schnaps. O la desesperación, podría ser.

50

Centro de mayores de Thionville, noviembre 2016

Era tarde, y las visitas ya no estaban autorizadas, pero insistió presentando su tarjeta. Andreani tocó con tres golpes cortos a la puerta. Al no obtener respuesta se decidió a entrar. Solo estaba sentado encima de la cama, con las zapatillas en los pies, las manos sobre las rodillas y la mirada fija en el suelo.

—Has vuelto —dijo levantando la cabeza.

—¿Me puedo sentar?

El anciano le señaló con la barbilla un sofá tapizado de escay marrón.

—Mira, hay hormigas.

Andreani miró el suelo y las paredes de la habitación sin descubrir ningún insecto.

—He venido con una amiga. ¿Te importa que entre?

El anciano no respondió, pero volvió los ojos hacia la puerta. Francesca le sonrió, se acercó y le tendió la mano. El Solo levantó lentamente la cabeza, le lanzó una mirada fugaz y posó suavemente su mano en la de la psicóloga.

—No me lo contaste todo la última vez, ¿verdad?

Solo observó al policía. Un esbozo de sonrisa se dibujó en su cara.

—He contado todo. Solo no debe decir nada —se contradijo inmediatamente el anciano sin soltar la mano de Francesca.

Esa voz infantil. Andreani continuó.

—La granja de los judíos. Sarah Silberman.

—Sí. Sí —repitió nervioso—. Solo hizo el fuego. Solo irá a la cárcel.

—No irás a la cárcel, Toussaint. Hace demasiado tiempo de ello.

—¿No irá a la cárcel? ¿Solo no irá a la cárcel?

—No.

Andreani dejó pasar un momento, como si quisiera dejar al anciano tiempo para comprender sus palabras.

—Pero la señora…

—La señora está muerta, sí.

—Muerta —repitió con una voz vacía.

—No hemos encontrado ninguna foto de ella. Pero era bella, ¿verdad?

Solo no respondió.

—La señora de la granja de los judíos le gustaba, ¿verdad Toussaint? —preguntó Francesca con una voz suave.

El anciano levantó por fin los ojos hacia esa mujer que no había visto jamás. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Está muerta? —preguntó como si acabase de comprenderlo.

—Sí, está muerta. Murió en el incendio.

—Yo… no quería… no fui yo.

—No estabas solo esa noche, ¿verdad?

—Solo… sólo quería…

Sarah Silberman. Su larga cabellera. Pelirroja. Sí, roja como el fuego.

—Lo sabemos, Toussaint. Sólo querías mirar, ¿es eso?

Se acordaba de que hacía frío esa noche. Las cerillas que prendía mientras la observaba por la ventana. Él sólo quería calentarse las manos, palabra de honor.

—No fui yo… —juró agarrando con fuerza la mano de Francesca.

—¿Quién estaba con usted, Toussaint? ¿Quién le sorprendió?

—¡No! ¡Solo no debe! ¡No debe hablar de la granja de los judíos! ¡No puede!

Gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas.

—¿Fue Grandieu? ¿Fue el señor Grandieu el que te sorprendió?

La fatiga y el abotargamiento le habían vencido. El señor le había

despertado, sobresaltándole. Sí, el señor Grandieu estaba ahí.

—Estabas mirando a esa joven. Te gustaba. Grandieu apareció y te sorprendió. ¿Grandieu se enfadó?

—Sí —afirmó Toussaint sorbiendo por la nariz—. El señor estaba muy enfadado cuando me despertó. ¿Qué demonios haces ahí?, me preguntó…

—Pero ¿qué demonios haces ahí, haragán? ¿No les has dado el pan a los animales?

El tonto le miró asustado. Grandieu levantó la mano, amenazador, y la mantuvo por encima del joven, dispuesto a abatirla.

El tonto no respondió. El tonto se avergonzaba. El tonto tenía miedo. Miedo de que mamá se enterase.

Grandieu olió el fósforo, vio las cerillas consumidas en el suelo. Y la idea germinó en su espíritu.

—Ah, Solo… ¿Has visto a la joven? Es guapa, ¿verdad? —le susurró en voz baja. Bajó la mano—. El pelo…

Sí, había visto su pelo. Ondulado y largo hasta la cintura. La había mirado cómo se peinaba esa noche. De manera mecánica, había sacado una cerilla, la había prendido y dejado arder hasta que notó la quemadura en la punta de los dedos.

—Es guapa, ¿eh?

—Guapa… —respondió el Solo rascando una cerilla más.

Cuánto tiempo había estado mirando ya no lo sabía. Se la había encontrado en la panadería, nunca había visto un pelo como ese. La siguió hasta el despacho del Jouffroy y hasta que entró en la granja de los judíos. Fue el señor el que le había sacado de su letargo.

—¡Pero Solo! ¿Qué has hecho? Dios de mi vida, ¡si has prendido fuego! —bramó Grandieu mientras las llamas lamían los muros.

—¿Dónde, Toussaint? ¿Dónde estaban las llamas? —preguntó Andreani levantándose.

—No quería, Solo no quería… —gimió el anciano.

Se inclinó y le agarró suavemente por el brazo.

—Las llamas, Toussaint. ¿Dónde estaban las llamas?

—En… en la casa.

—Pero fuera no ardía, ¿no, Toussaint? Fuera no había llamas.

—No… sólo en la casa… las llamas estaban en la casa —balbuceó con la voz interrumpida por sollozos—. Dentro. No quería, yo no quería —repetía agitado.

El policía le puso la mano en el hombro, le atrajo hacia él y le abrazó con fuerza, como había visto que hacía la enfermera. Notó cómo las lágrimas del anciano empapaban su camisa.

—¿Te acercaste a la casa, Toussaint? —El viejo levantó la cabeza y se quedó mirando a Andreani como si no entendiera—. ¿Entraste?

El Solo negó con la cabeza. Se había quedado fuera, todo el tiempo. No se atrevía a acercarse a esa joven con esa magnífica cabellera de fuego.

—¿Y Grandieu? ¿Qué hizo Grandieu? ¿Entró en la casa?

Se encogió de hombros sin contestar.

—Pero no se quedó contigo, ¿no?

No lo sabía. Ya no lo sabía. El señor le había cogido por el brazo, se lo había apretado fuerte, muy fuerte, y le hizo jurar que jamás hablaría de la granja de los judíos. Iría a la cárcel para siempre. Y nunca, nunca más volvería a ver a mamá.

¿Grandieu había intentado apagar las llamas? ¿Había dado la voz de alarma? Toussaint no se acordaba más. Toussaint no quería acordarse más. No, no estuvo ahí, el señor. No había nadie, no había cerillas, no había ninguna sombra ante la ventana, no había cabellera de fuego, no había joven, no había llamas. No había nada.

—No fuiste tú, Toussaint. No fuiste tú. Tú no mataste a esa joven.

Aflojó la presión de sus brazos, y el anciano pareció derrumbarse. Era inútil continuar con las preguntas. Toussaint Louvel no podía comprender que Grandieu le había utilizado. Había vivido más de medio siglo perseguido por los remordimientos por algo que no había hecho.

Andreani se puso el abrigo y le tendió su bolso a Francesca.

—¿Te vas? —preguntó Toussaint con un hilo de voz.

—Sí, me voy, Toussaint. No nos volveremos a ver. Sólo quería

saber. Y que tú supieras también.

—¿Te vas para siempre?

—Sí.

—¿Y tú también? —le preguntó a Francesca.

—Sí, Toussaint.

—¿Solo va a la cárcel?

—No. No irás a la cárcel. No hiciste nada. Adiós, Toussaint —dijo Andreani con la mano en el picaporte.

—¡Espera! —dijo Toussaint de golpe.

—Rémi.

—¿Rémi?

—Vi a Rémi —dijo el anciano mordiéndose el labio y mirando hacia el suelo.

Andreani soltó el picaporte y se volvió hacia él.

—El señor le dio un puñetazo a Rémi. Estaba muy muy enfadado. El señor dijo muchas palabrotas. Mamá dice que Solo no debe decir palabrotas. Solo estaba en el cobertizo, pero Solo no tenía cerillas, palabra de honor. El señor decía que si encontraba a Solo con cerillas en la granja se lo contaría a todo el mundo.

—¿Por la granja de los judíos?

Solo bajó la cabeza como un niño castigado.

—Rémi y Grandieu se pelearon, ¿y después?

—Solo estaba escondido detrás de la granja… Esa noche, yo…

Por las noches, el Solo recorría los senderos, se tumbaba entre las espigas, escuchaba el canto de los insectos y observaba la luna.

—Rémi volvió. Encendió un cigarrillo. Mamá dice que no se puede jugar con los cigarrillos, que son como las cerillas.

—Lo tiró en la granja, ¿no es así? Y todo se inflamó. Todo se quemó —repitió Andreani para estar seguro de que comprendía bien la palabra.

—No —le contradijo el anciano con un hilo de voz.

—Pero si me acabas de decir… —dijo Andreani.

Entonces comprendió.

Comprendió por Rémi Fournier.

Comprendió por Rémi Fournier, que había creído cargar con la muerte de tres personas sobre su conciencia toda su vida.

Comprendió por Toussaint Louvel.

Comprendió por Toussaint Louvel, que había observado alejarse a Rémi antes de acercarse al sitio en el que este había dejado caer la colilla incandescente. Pero el fuego no había prendido. Porque contrariamente a lo que se cree, hace falta más que eso para incendiar un cobertizo de heno.

Vio a Toussaint arrodillarse. Soplar suavemente sobre la colilla. Colocar unas briznas de paja seca sobre el extremo incandescente. Sonreír cuando la primera llama le iluminó la cara. Entonces, Solo sopló, sopló hasta que las llamas crecientes comenzaron a lamer las balas de heno.

Una vida por otra, tal es la ley del cielo y de los hombres.

Solo lo sabía. Había comprendido siempre por Grandieu. ¿Había querido vengar a Sarah?

—Era bella, ¿verdad Toussaint?

Por el espacio de un instante, el rostro del anciano se iluminó. Clavó sus ojos en Andreani, una sonrisa triste en su rostro marcado de arrugas, y bajó la mirada a sus zapatillas una vez más.

Sentado en el borde de la cama, las manos sobre los muslos, la mirada perdida y los rasgos relajados, sonrió abiertamente. Llamaron a la puerta. La enfermera que había expulsado a Andreani durante su primera visita apareció con paso enérgico y una bandeja en la mano. Miró a Andreani recelosa.

—Buenas noches, Solo —se dirigió al anciano—. Te traigo la cena, tienes sopa…

—Señorita —la interrumpió Andreani con calma.

La mujer, asombrada, se volvió hacia él.

—¿Sí? —preguntó irritada.

—Este hombre tiene un nombre. Se llama Toussaint Louvel.

51

Nancy, noviembre de 2016

—Dígame, teniente, ¿es por esta historieta por lo que quería usted verme?

Los dos hombres paseaban por las avenidas del parque de la Pepinière. El aire que expiraban formaba pequeñas nubes blancas delante de su boca. Detravers sacó un cigarrillo y le alargó el paquete a Andreani, que rechazó con la cabeza.

—Se ha empecinado usted, y corremos el riesgo de manchar aún más la reputación de nuestra organización. Estará usted contento. No tenemos buena prensa, y lo sabe. Para muchos, ya somos el enemigo. ¿Para qué sacar esta historia a la luz? Me temo que su carrera ha dado un buen salto hacia atrás.

Andreani escuchaba el monólogo del inspector general con los puños apretados en los bolsillos de su abrigo.

—Sabe usted tan bien como yo que nada bueno saldrá de esto. La justicia, me dirá usted. Tiene usted una faceta de cruzado… Un lado un poco pasado de moda, me temo. Se toma las cosas demasiado a pecho, de una manera visceral, si me permite expresarlo así. Es lo que hace de usted un buen policía, pero lo que le pondrá, un día u otro, en una disyuntiva. Su enfoque es una calle sin salida. Lucha usted, como suele decirse, contra molinos de viento. Como el Quijote, libro que debería leer. Comprendería usted muchas cosas.

Andreani se paró y se giró hacia él.

—¿Me ofrece un cigarrillo? —le preguntó a Detravers, que le miró asombrado.

El inspector sacó el paquete del bolsillo y se lo tendió. Andreani sacó el cigarro y lo golpeó contra el paquete.

—¿Recae usted?

—Una excepción. Sólo una excepción —respondió inclinándose hacia la llama del mechero que mantenía encendida el inspector.

Aspiró una profunda calada, guardó el humo en los pulmones y lo expulsó lentamente.

—Seguro que tiene usted razón, señor Detravers. Pero ¿no se dice que se juzga a los hombres por sus quimeras? Haga usted lo que quiera, con esta historia y con mi carrera… «Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano». A lo mejor debería usted también releer a Cervantes —dijo antes de apagar su cigarro en la suela del zapato y girar sobre sus talones.

A lo largo del fin de semana no había parado de preguntarse si Detravers no tendría razón. No había acusación posible contra el anciano gendarme Lanzmann. Más de setenta años habían pasado desde su delación, y ni siquiera era mayor de edad en la época. El informe que había redactado con Couturier sería enterrado inmediatamente. Habían identificado a la responsable del incendio de Laxou, descubierto cómo Grandieu había manipulado a Solo para servir a sus intereses cuando Sarah Silberman apareció en Eberviller para recuperar sus bienes. Habían obtenido también la desgarradora confesión del anciano. No tenía ninguna prueba de sus afirmaciones, pero, en su fuero interno, sabía que decía la verdad. Había sido él quien había incendiado la casa de su patrono. ¿Por qué? ¿Era necesario buscar una respuesta?

No conseguía olvidar el rostro demacrado, descompuesto por el odio, y las manos secas y nudosas del antiguo gendarme. Charles Lanzmann, der kleine Karl, no se arrepentía de nada.

Habían escarbado hasta las raíces de una historia que iba mucho más allá que un simple odio. Detrás de Jacob, detrás de Sarah, detrás de Grandieu, de Lanzmann y de Rémi también, era la historia de unas tierras divididas la que habían sacado a la luz. De esos campos fértiles en los que había germinado la envidia, el rencor, la maldad y la intolerancia. Bajo las manos de los hombres, se habían secado,

cuarteado lentamente, para convertirse en áridas e infecundas. Eran esas tierras, esas tierras calcinadas, las que habían acabado por devorar los corazones y las almas.

Pero ¿qué quedaba en el fondo? ¿De qué había servido todo? ¿Por qué se había empeñado en ir hasta el final? ¿La búsqueda de la justicia, como creía Detravers? Era una ilusión absurda. ¿La verdad? No habían descubierto ni la punta del iceberg. Entonces, ¿qué, Philippe Andreani? Ducunt volentem fata, nolentem trahunt, había escrito el Serio sobre el texto de Byron que le había dejado. El destino conduce a quien se somete y arrastra a quien se resiste. La historia de los Lanzmann era la prueba de hasta qué punto la máxima era cierta.

Podía haber llegado el momento de dejarse ir, se dijo.

Rellenó su taza y se acercó el líquido hirviendo a los labios. Siempre se hacía el café demasiado fuerte. Dos cucharadas, cuando una habría sido suficiente. Tenía ante él la foto del monumento a los caídos que había sacado Francesca en Eberviller. Los nombres de Aarón Silbermann, de Jeannot y Marcellin Grandieu relucían bajo el primer rayo de sol. El de Karl Lanzmann estaba condenado a desaparecer en los últimos recodos de la memoria de los habitantes del pueblo, enterrado bajo una capa grisácea de liquen y de musgo. Todo estaba ahí, ante sus ojos. Pero había mirado sin comprender. Se había regocijado en el encadenamiento obvio de los acontecimientos, en su inserción lógica, en la sucesión evidente de causas y consecuencias, dándose cuenta de que iba por mal camino sin alcanzar a retomar la ruta. Desde que salieron del despacho del perito Ravalet, sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. No había querido enfrentarse a ello, no había querido luchar con los demonios que habitaban su interior; no había querido mirarse al espejo. Había sido él, él solo, el que había jodido la investigación.

Sí, sin duda había llegado el momento.

El lunes por la noche, antes de salir de la brigada, había reunido el valor para ir al despacho de Couturier.

—¿Córcega? ¿Y las rayas de Adidas como extra? Capitán Andreani, hace efecto, sí… —había comentado con un tono admirativo pero que sonaba falso.

—No sabía cómo decírtelo.

—Bueno, no me debes nada, somos sólo colegas, después de todo —dijo Couturier encogiéndose de hombros—. Lo comprendo, claro… un ascenso así no se rechaza.

—Lo he rechazado.

—¿Perdona?

—Lo he rechazado.

—¿Estás loco o qué? ¡Córcega! ¡Y las tres rayas! Nunca más tendrás una oportunidad así, Philippe. No seas idiota.

—Yo… creo que…

No conseguía seguir.

—Que estás haciendo una gilipollez, eso está claro.

—No podría trabajar con nadie que no fueses tú, Laurent —consiguió por fin articular.

—Mierda, te repito que no me debes nada. Nada de nada. Eres un imbécil de primera, no hay pasivos entre nosotros, no tenemos deudas. Nada, ¿te enteras?

Andreani se mantuvo en silencio unos segundos. Su rostro se iluminó por una gran sonrisa.

—Lo sé. Es justo por eso por lo que me quedo.

Volvió a su casa. Su bolsa de viaje seguía en el suelo, en el mismo sitio en el que la había dejado cuando llegó. Los vinilos de Bill Evans también seguían encima de la mesa del salón. Se acordó de la sensación de pérdida que tuvo al escucharlos. La desaparición de Scott LaFaro. En su última noche en el Village Vanguard, LaFaro no había apartado los ojos de una mujer del público. Cuando terminaron el segundo set, LaFaro se había inclinado hacia el pianista y le había pedido que tocase una última pieza, que dedicó a esa mujer. What are you doing for the rest of your life? Mientras se desvanecía la última nota, LaFaro había descendido del escenario

para sentarse con ella, con la que estuvo hablando hasta más allá la hora de cierre. Nadie sabía lo que se habían dicho. Evans sólo pudo decir que el bajo, antes de marcharse, le había dicho que ponía fin a su carrera y que iba a encontrarse con las estrellas. ¿Era cierta la historia?

¿Qué busca usted verdaderamente?, le había preguntado Francesca. Sí, ¿qué buscaba de verdad? Lo acababa de comprender. La luz. Sí, era la luz lo que buscaba. Sabiendo que la absorbía sin restituirla y que tenía que aprender a aceptarlo. Pensó en Lisa. ¿Iba a pasar el resto de sus días acumulando polvo?

Abrió el periódico. El Caméo proyectaba todavía Gran Torino. Cogió el teléfono y marcó su número.

—¿Philippe? Le estaba esperando.

Nota de los autores

Alemania y Francia disputaron durante siglos el dominio de su región limítrofe: Alsacia-Lorena.

En 1871, tras las guerras franco-prusianas, Francia cedió la región al Imperio alemán en la Paz de Fráncfort. La frontera se trazó en algunos casos siguiendo los accidentes geográficos, por lo que algunas poblaciones atravesadas por un río fueron divididas en dos. Los alemanes impusieron sus leyes, su administración y su lenguaje.

Cuando empezó la Primera Guerra Mundial, los jóvenes fueron llamados a filas y se integraron en gran parte en el ejército alemán, junto al que lucharon y cayeron. Al final de la contienda, con el Tratado de Versalles, Alsacia-Lorena volvió a ser francesa, y cambiaron la administración y las leyes de nuevo. Aquellos que habían luchado en las filas alemanas perdieron, en muchos casos, junto con su nacionalidad, su pensión de invalidez. A los ojos de los franceses eran unos traidores, y los alemanes no los reconocían como tales.

Durante la Segunda Guerra Mundial, tras el armisticio de 1940 entre Francia y Alemania, Hitler anexionó Alsacia-Lorena considerándola parte del Reich. Se impusieron una vez más las leyes, la administración y el idioma alemanes, y se prohibieron los franceses. Los jóvenes fueron obligados a enrolarse en el ejército, muchos de ellos contra su voluntad, por lo que se les conocía como «los malgré nous». Tras la capitulación alemana, la región volvió a manos francesas.

Hoy en día, múltiples centros y museos intentan llevar luz al destino trágico de aquellos que durante décadas pasaron de un lado a otro, y vivieron y lucharon contra amigos y familiares en un ejército que no habían elegido. Sea este libro un homenaje a todos

ellos, que por fin tienen una identidad que no admite discusiones: la europea.

Agradecimientos

A Eva y a Kay por su paciencia.

A Cécile Mirande Migozzi por su preciosa relectura.

A Wolfgang Holtkamp por compartir su saber sobre incendios.

Al señor Koenigsaecker, de la asociación La Relève du Saillant de Barst, por su tiempo, amabilidad y su magnífica visita guiada de la línea Maginot.